DOC SAVAGE

por

KENNETH ROBESON

HOMBRES AUDACES

TERCE NDACIÓN

LOS HOMBRES MOTEADOS

LOS HOMBRES MOTEADOS

Kenneth Robeson
Doc Savage/82

Capítulo I

EL MOTEADO ROJO

EL cochecito de carreras era casi tan largo como el joven de cabellos rubios, de haber estado éste tendido. Pero Tink O'Neil no estaba tendido. Hubiérase dicho que intentaba pasar por debajo de la capota levantada del coche su cuerpo largo y delgado. Su cabeza pelirroja quedaba oculta.

De pronto la mitad superior del cuerpo del muchacho surgió de debajo de la capota, y Tink O'Neil se enderezó. Sus facciones simpáticas y curtidas aparecieron manchadas de grasa. El muchacho semejaba más bien un engrasador de un garaje que un joven inteligente muy versado en ingeniería, aceros y cochecitos de carreras.

Tink O'Neil se volvió hacia el hombre que estaba sentado en la valla, sonrió y anunció:

—Ya está a punto para una prueba de velocidad, míster Mason. Y ahora fíjese bien; valdrá la pena. Más adelante, Tink O'Neil habría de preguntarse por qué había formulado aquel comentario. Casi se lamentaba de haber subido a la rueda trasera del cochecito de carrera.

Ajustó la capota. El motor del cochecito funcionaba ya con suave ronroneo.

El hombre que estaba sentado en la valla dijo:

—Yo cronometraré la velocidad. Dé una vuelta y póngalo a toda marcha cuando pase por delante de mí.

El hombre sentado en la valla parecía ser alguien de importancia. Bien vestido, de cabello gris acerado y facciones agradables, era un tanto grueso. Probablemente era uno de los hombres mas ricos de América. Por lo menos era presidente de una

de las más grandes compañías de acero de América.

Era J. Henry Mason, un hombre conocido en todos los Estados Unidos.

El magnate del acero dijo entonces:

—Tenga cuidado, Tink. Recuerde que ésta es una prueba del nuevo acero empleado en los discos de freno y en el eje trasero y que no se trata de una carrera en la cual se expone a romperse la crisma.

Tink empezó a acomodarse detrás del volante y permaneció unos segundos ocupado en introducir sus piernas largas y flacas por debajo de la caperuza. Luego se ajustó los anteojos.

J. Henry Mason bajó de la valla. Para un hombre de su corpulencia se movía con paso rápido y seguro.

—Sólo un par de vueltas, Tink —recomendó:— No olvide que tengo una cita con Molly y esa muchacha Pat Savage. Esta mañana van a probar el nuevo aeroplano de Molly. Han empleado el acero T 3 en la construcción de las alas. De manera que no me queda mucho tiempo.

Tink O'Neil asintió con la cabeza. Aceleró el motor y el suave ronroneo convirtióse en rugido. Se percibía el olor de aceite de ricino, que se emplea en todos los coches de carrera. Detrás del cochecito veíase el polvo repelido por los gases.

El coche arrancó. Tink manejó la palanca de velocidades y el vehículo se lanzó a unos noventa kilómetros por hora en torno a la pista de media milla.

Con leve sonrisa, J. Henry Mason observaba la carrera.

Vió cómo Tink recorría las dos últimas curvas más distantes y entraba en la pista recta. El auto bajó hacia el punto de partida como un brillante cometa amarillo.

J. Henry Mason esperaba con el cronómetro en la mano. Al pasar fugaz el joven Tink, lo cronometró.

El polvo cubrió al rey del acero. Este pestañeó, bizcó el ojo y finalmente logró ver cómo el coche entraba rugiendo en la primera vuelta.

Tink O'Neil tomóla al principio con excesiva amplitud, atravesando el arco y tomando la peligrosa curva, cuando ya había recorrido la mitad, por el lado interior de la barrera.

Mason meneó la cabeza en signo de aprobación. Sabía que era

así como se tomaban las curvas.

Tink se hallaba entonces en la porción lejana de la pista disminuyendo la velocidad para tomar la curva más lejana. Se introdujo en ella envuelto en una nube de polvo. Casi instantáneamente salió de ella corriendo en dirección al punto de partida.

Con el cronómetro en la mano, Mason disponíase a registrar el tiempo. Pero sucedió algo.

¡El coche parecía correr sin control, se desviaba!

J. Henry Mason quedó boquiabierto al descubrir la causa del fenómeno.

¡Una de las ruedas traseras, la izquierda, se salía del eje! ¡Y junto con ella, parte del eje trasero!

La pieza se soltó repentinamente, destrozó la baranda de madera de la barrera y arrancó y arrojó sobre la pista un trozo de aquélla, de unos doce pies de longitud.

El coche zumbó formando un círculo espantoso, dio dos vueltas completas, luego media vuelta y retrocedió velozmente a lo largo de la pista.

J. Henry Mason dio un salto y gritó horrorizado. Un momento más, figuróse, y Tink O'Neil quedaría hecho trizas. Porque en aquella clase de coches de carrera no había suficiente espacio para que el conductor pudiera introducir completamente el cuerpo bajo la caperuza protectora del motor.

Pero, por milagro, el coche no se volcó, sino que fué a detenerse con fuerte golpe contra la empalizada. Por un momento, el humo del aceite y el polvo lo ocultaron. J. Henry Mason contuvo el aliento. Quizá...

La nube se alejó y vio a Tink O'Neil saliendo del cochecito. A consecuencia del accidente, los anteojos de Tink habían girado en torno a su cabeza, y el sitio en que las llevaba puestos para protegerse los ojos daba la impresión de dos platillos blancos rodeados de mugre y porquería.

Tink O'Neil dijo con aire ceñudo:

—Vea, mister Mason, este T 3, que creemos es más flexible y fuerte que cualquier acero conocido, ha sido empleado en los ejes y en los tambores de los frenos, ¿no es verdad?

Mason asintió con la cabeza.

—Con toda seguridad, puesto que yo mismo inspeccioné los trabajos.

—Lo sé —dijo Tink.— ¿Pero sabe lo que ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el millonario con curiosidad.

—El eje trasero estaba cristalizado. Oí el ruido especial mientras funcionaba. Se partió cabalmente en dos.

—Pero...

—Y lo mismo sucedió con los tambores. Espere, se lo demostraré.

Tink estaba ya en tierra deslizándose hacia una parte del cochecito que sobresalía de la pista, y prosiguió:

—No lo comprendo, mister Mason. Todos los tambores han quedado completamente rajados, y eso que apenas frené cuando advertí que la rueda trasera se soltaba del eje. Se han rajado de tal modo que parecen haber sido construidos con latón.

Mason parecía estar a punto de ahogarse, y exclamó: —¡Pero si el T 3 es el mejor acero que jamás se ha producido! Es un acero que revolucionará la industria. Es un metal que...

De debajo del coche, Tink O'Neil preguntó:

—¿Qué ha dicho usted, míster Mason? No hubo respuesta. Tink puso mala cara, pues el rey del acero había pronunciado sus palabras con brusquedad, y volvió a inquirir: —¿Que ha dicho usted, míster Masón? Tampoco hubo respuesta esta vez. Desde el sitio en que se hallaba, Tink no pudo ver al gigantón que había salido de entre los arbustos próximos a la vista llevándose a J. Henry Mason.

Al no obtener contestación de Mason, el joven Tink O'Neil se figuró, al principio, que el rey del acero había vuelto probablemente a la pista para examinar el eje roto adherido a la rueda que se zafó en el accidente.

Por consiguiente, Tink continuó examinando atentamente la pieza rota del tambor del freno que halló al deslizarse por debajo del coche de carrera. El tambor se había roto y en la mano tenía ya un trozo desprendido del mismo. Deseaba ansiosamente comprobar lo que había sucedido con el T 3.

Según las mismas palabras de J. Henry Mason, el T 3 era la última invención de sus inmensas fábricas de acero. Se trataba de una fórmula que iba a originar profundas modificaciones en la

construcción de aeroplanos, armamentos y buques. Porque aquel acero era el más flexible y más fuerte que se conocía, como asimismo el más ligero en cuanto al peso.

Mason había insinuado algo sobre un nuevo avión cuyas pruebas llevaba a efecto su hermosa hija, Molly, a solas con una muchacha llamada Pat Savage. Y Tink recordó haber oído hablar de ello a la misma Mollie, a quien conocía bastante bien. La chica le gustaba, y tenía la esperanza de que algún día...

Una joven llamada Pat Savage debía efectuar el primer vuelo con ella. Al parecer, Molly conoció a aquella muchacha en un salón de belleza de su propiedad, en Nueva York. Pero Pat Savage era, según opinión de Molly, una de esas muchachas que preferían volar en avión y llevar una vida algo aventurera a permanecer quietas en la gran urbe.

Tink O'Neil pensaba en todas estas cosas mientras salía de debajo de su coche de carrera, cosas que adquirieron, de pronto, un horrible significado.

En efecto, el muchacho se hallaba contemplando con atención el tambor del freno que tenía en la mano y el acero con que había sido construido y observó que era de la misma calidad que el empleado en las alas del nuevo avión de velocidad de Molly Mason.

La boca del operario pelirrojo se abrió para soltar una exclamación: —¡Diantre, esto es!...

Se detuvo y escudriñó con ojos espantados los alrededores en busca del rey del acero. Luego volvió los ojos hacia atrás para comunicar el asombroso informe a Mason, a quien creía aún en la pista. Pero no se veía a éste por ninguna parte.

—¡Qué extraño! —pensó Tink O'Neil.

Y tenía sobrada razón, puesto que la pista aludida era un pequeño terreno de pruebas privado que sólo usaban Tink y el rey del acero.

Estaba desierta. Había una pequeña tribuna vacía y un palco elevado para uso de los árbitros en el interior de la pista y a medio camino. Hubiera sido muy fácil ver a una persona en el trecho recto de la ruta.

Pero no había millonario ni sonido alguno, sino la quietud de la mañana temprana y el suave susurro de las aves posadas en los árboles que poblaban la parte interior de la empalizada que

protegía la pista en forma de óvalo.

Asombrado, Tink O'Neil llamó al millonario por su nombre. Colocó en el suelo la pesada pieza del tambor y empezó a mirar en torno suyo. Así descubrió las huellas de pisadas impresas en el polvo, no lejos del sitio donde se produjo el choque.

Las huellas de una serie eran más grandes que las de la otra, procedentes, al parecer, de unos pies enormes.

Tink vio en el acto que los zapatos de J. Henry Mason no eran ni con mucho tan grandes como éstos, y frunció el entrecejo.

Las huellas formaban una línea quebrada dentro de la empalizada y desaparecían bajo la espesa hierba que llegaba casi a la altura de la baranda protectora de la empalizada.

Tink se introdujo, agachado, por entre los arbustos, vagó acá y allá durante quince minutos y... ¡no halló nada!

De pronto se le ocurrió pensar que eran de carácter verdaderamente extraordinario los sucesos acaecidos en la última media hora. Primero, el accidente que casi le cuesta la vida, y ahora la súbita desaparición del magnate del acero.

De nuevo pensó Tink O'Neil en las declaraciones de J. Henry Mason relativas al nuevo avión de Molly y al ensayo que había de tener efecto aquella misma mañana, y quedó sobrecogido de horror. El T 3 formaba parte del nuevo avión... y Molly corría hacia la muerte.

Con pánico indescriptible, Tink O'Neil empezó a atravesar la pista polvorienta, Su andar se convirtió en carrera. Recordó que había un locutorio telefónico debajo de la tribuna. Desde allí podía llamar a Molly y prevenirla...

Y entonces advirtió que no tenía ni la menor idea del sitio en que debía tener lugar la prueba del avión. ¡No había medios de ponerse en comunicación con la muchacha!

Pero, sí, ¡los había!

Se le ocurrió a Tink con la velocidad de un relámpago. Pat Savage, que debía volar con Molly aquella mañana, era prima o algo por el estilo de una persona que se llamaba Doc Savage, acerca de quien oyó varias veces detalles sorprendentes.

Recordó que Doc Savage, lo llamaban el hombre de bronce, era considerado como un gigante intelectual, como una especie de genio científico. Tal vez Doc Savage pudiera ponerse en

comunicación con la joven Pat Savage...

Tink O'Neil llegó a la cabina telefónica, sacó de su chaqueta grasienta una moneda de níquel y pudo al fin comunicar con el interurbano. Recordó que Doc Savage tenía su cuartel principal en Nueva York, pero no sabía qué explicación dar para que le pusieran en comunicación con él. Por fin dijo:

—Escuche, señorita, no tengo cambio aquí, pero necesito urgentemente comunicar con una persona llamada Doc Savage, en Nueva York. Tendrá que hacer pagar el coste de la conferencia a destino, si puede. Tal vez la operadora de Nueva York pueda encontrar la dirección de Doc Savage. O quizá...

Las palabras de la operadora sorprendieron a Tink O'Neil.

—¡Oh, no es ninguna molestia! —dijo.— Puedo encontrar a Doc Savage enseguida. No deje la línea.

Oyó que conectaban y que la operadora hablaba con un hombre que decía que aquel era el cuartel general de Doc Savage, y deseaba saber quién llamaba. La operadora repitió la pregunta.

—Dígale que es James O'Neil —exclamó Tink con excitación.— Pero eso no significará nada para él —pensó al instante.— Escuche, infórmele que se trata de su prima Pat Savage. Dígale que es terriblemente urgente, una cuestión de vida o...

Tink se interrumpió bruscamente. Escuchó con profunda admiración la voz clara y, sin embargo, tranquila que transmitían los hilos, una voz que poseía una extraña cualidad dominadora y la sonoridad de una campana de elevados tonos, a pesar de la gran distancia desde donde procedía.

—Habla Doc Savage. ¿Qué desea usted decir acerca de Pat Savage?

Falto de aliento, Tink O'Neil refirió lo que sabía de la cita de Molly Mason y de su propósito de volar con Pat Savage en el nuevo aeroplano. Intentó contar algunos hechos relacionados con el accidente que le había ocurrido en la pista, pero estaba tan excitado que sus palabras eran incoherentes.

Debido a ello, volvió a referirse a las dos muchachas y gritó:

—Escuche, míster Savage; he oído hablar de esos receptores de radio de onda corta —y de otros aparatos que usted emplea en sus trabajos. Creo, pues, que de algún modo le será posible comunicar con ellas. Deténgalas y evite que vuelen en el nuevo avión.

—¿Por qué?

El tono algo extraño de la pregunta calmó algo a Tink O'Neil.

—Porque —continuó Tink,— están en gravísimo peligro. Escúcheme bien, se trata del T 3 y...

Tink O'Neil se interrumpió bruscamente y miró con ojos de espanto. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se clavaron en la figura que se erguía al exterior de la puerta de la cabina.

Era un hombre de talla gigantesca, pues debía tener unos siete pies de altura, y aparecía con el torso completamente desnudo.

Durante un instante, las facciones de Tink demostraron reconocerle. Aquel gigantón era Jeff Hanson, uno de los obreros que trabajaban en la fundición libre número 5, situada a una milla de allí.

Pero, un momento después, exclamaba, asombrado:

—¡No! ¡No puede ser!

Porque, a pesar de su sorprendente masa muscular, el enorme Jeff Hanson era un obrero tranquilo y laborioso que nunca se atrevió a alzar la voz ni a mostrar el más insignificante sentimiento de ira. Era un bruto manso como un buey.

Pero aquel hombre allí...

Tink retrocedió atemorizado. Llevaba el ojo izquierdo cerrado y bizcaba de manera tan particular que todo su rostro adquiría la expresión idiota de un enajenado. Reía suavemente, mientras observaba a Tink O'Neil.

Y aquello sólo representaba una ínfima parte del horror que infundía su aspecto.

Desde la cintura hasta la cabeza, parte del cuerpo que llevaba desnuda, su carne aparecía cubierta de manchas de un rojo lívido, semejante a tumorcillos rojos e inflamados. Las manchas rojas le cubrían también el rostro, lo cual, unido al bizcar de su ojo izquierdo, daba al gigantón el aspecto de un payaso pintado.

¡Un payaso loco de atar!

Con la rapidez de un relámpago, una palabra vínosele a las mientes al pobre Tink O'Neil. ¡La viruela! Las manchas rojizas le hicieron pensar en la temida enfermedad.

Pero todo aquello no era tan espantoso como la mirada de locura del individuo, quien hizo un movimiento para acercarse a Tink.

Todavía con el receptor en la mano, Tink O'Neil gritó al micrófono:

—¡Está loco! ¡Loco como una cabra! ¡Y tiene el cuerpo lleno de manchas rojas! Yo...

Las palabras de Tink O'Neil terminaron en un estertor cuando el gigantón lo asió, lo amordazó con una mano y lo sacó a rastras de la cabina telefónica.

Capítulo II

LOS LOCOS

TINK O'Neil no era cobarde. No obstante su delgadez, era tan duro como el acero que manipulaba desde hacía tantos años.

Y es muy probable que no hubiera hecho resistencia al gigante medio desnudo a no ser por una sola razón: el temor que le infundían aquellas motas rojas. Le daban mala espina, le sobrecogían de temor. Por eso peleó como un león.

Se deshizo de la garra del gigantón, agachóse muy bajo y golpeó al sonriente lunático con la cabeza. Tink O'Neil puso en el golpe todo él ardor de que era capaz.

Tuvo la sensación de haber chocado contra un muro de piedra. El gigantón quedó con los pies separados, guiñando siempre el mismo ojo, y no hizo más que sonreír como un loco. Luego soltó una risita de mofa y se abalanzó de nuevo sobre el joven operario.

Temblando de miedo, Tink O'Neil se apartó y esquivó los enormes brazos que intentaban apresarlo. Se estremeció al ver el dorso velludo cubierto de motas rojas, y empezó a correr como alma que lleva el diablo, huyendo del gigantón.

Pero el loco lo persiguió acortando la distancia que le separaba del fugitivo a medida que sus pesados pies golpeaban el terreno. Tink logró evitar la tribuna, llegó de nuevo a la pista y regresó, corriendo, al sitio donde el coche siniestrado aparecía casi empotrado en la barrera.

Inhalaba ávidamente grandes cantidades de aire a medida que el gigante se le acercaba. En su cara sucia y llena de grasa negra se veían sus ojos grises desmesuradamente abiertos. Tenía que aguantar un momento más, porque detrás del cochecito de carrera había algo...

El gigante, que conservaba su sonrisa idiota, lo había casi alcanzado cuando Tink O'Neil llegó al montón de objetos situado cerca de la empalizada. Eran herramientas que el joven pelirrojo llevó consigo al conducir al cochecito de carrera hasta la pequeña pista. En el montón había una pesada llave inglesa.

Tink tomó el instrumento, giró y trató de asestar un golpe a su agresor. Por una fracción de pulgada erró el golpe dirigido contra la cara del gigante. Si lo llega a alcanzar, probablemente hubiera destrozado el cráneo al loco.

Luego, de un modo extraño, el gigante clavó los ojos en Tink. Hubiérase dicho que algo ocurría en su cerebro, si es que acaso se le podía conceder capacidad de concentración.

Con movimiento repentino giró y empezó a correr como un loco en dirección opuesta.

Por un instante, Tink O'Neil le miró, asombrado, y luego echó a correr tras él. Como el hombre moteado no se pudo apoderar de él, ya no tenía tanto miedo. Quería saber algo más de aquel misterio.

Misterio que envolvía el accidente del cochecito, la desaparición del millonario J. Henry Mason... y la aparición de un loco moteado de manchas rojas.

Tink estaba seguro de que el gigante era un obrero que trabajaba en aceros. En realidad, se parecía mucho a un hombre que Tink había conocido en la fundición. Y sin embargo...

Bruscamente, Tink gritó:

—¡Eh!

Porque de repente, el gigante que perseguía se dirigió hacia el coche siniestrado. Al pasar al lado del auto el individuo se agachó y recogió la pieza del tambor roto que Tink había examinado momentos antes. Con el tambor en sus manos enormes, el perseguido se lanzó de un salto sobre los arbustos y matorrales que crecían precisamente en el lado interno de la empalizada interior, y desapareció.

Pera Tink O'Neil pudo seguir el ruido estrepitoso que producían sus pies al pisar la hierba. Desgraciadamente, Tink avanzaba más lentamente.

Finalmente apareció en el lado más distante del óvalo y vio, a cierta distancia más allá, cómo el gigante atravesaba, con dirección incierta, los matorrales, para llegar hasta una ruta que serpenteaba

a través de los árboles, más allá de los terrenos de prueba. Tink continuó la persecución. Diez minutos después supo adonde se dirigía el gigante, pues más allá aparecía a la vista la gran línea de inmensas chimeneas. Se veían los penachos de humo y se percibía el olor de las grandes fábricas de acero. Era la imponente fundición número 5. Se aproximaban a la fábrica por la parte trasera, y el camino serpenteaba entrando y saliendo entre los árboles. Más allá, Tink pudo oír aún el ruido que producían los pies del gigante, aunque sólo vio al gigante moteado a intervalos distantes.

Por fin Tink llegó a la puerta del alto vallado de acero que rodeaba los grandes talleres. No había nadie, pero vio las huellas de los zapatos del gigante en el camino polvoriento.

Tink echó a correr y penetró en el largo patio de almacenaje que rodeaba los elevados edificios ennegrecidos por el humo.

Y a una docena de yardas más lejos, un tren de mercancías, que consistía en cinco o seis vagones abiertos cargados de hierro fundido, penetraron en el patio obstruyendo la marcha del joven operario.

Cuando hubo pasado el lento tren, la presa de Tink había desaparecido ya. No vio rastros del gigante.

Pero vio, en cambio, un grupo de obreros excitados que se encaminaban hacia las enormes puertas de entrada del taller de fundición. Tink corrió hacia ellos.

Oyó las voces inflamadas de los que hablaban, los gritos de espanto que partían de las roncas gargantas de los obreros. Al igual que el gigante loco, llevaban sólo zapatos de trabajo de espesa suela y pantalones. Sus torsos desnudos aparecían tiznados y sudorosos. Era indudable que aquellos hombres acababan de salir corriendo de algunos de los talleres y se dirigían hacia le vasta bóveda que llevaba el número 5. Tink preguntó:

—¿Qué sucede?

Los obreros conocían al joven ingeniero pelirrojo. Tink había introducido gran número de mejoras en los diferentes talleres de acero, y los hombres lo estimaban.

—¿Qué sucede? —exclamó uno de ellos. ¡Cosas muy malas, Tink, muy graves! Venga conmigo.

Tink se reunió con el grupo de hombres excitados, y otro de ellos le dijo:

—Oiga, ¡quizá le pueda usted hablar!

—¿Hablar a quién? —inquirió Tink.

—A Johnson.

—¿Qué le sucede a Johnson?

—Se ha vuelto loco. El calor lo ha vencido. Está trabajando en el número cinco, y dice que está completamente loco.

Tink O'Neil se estremeció. ¿Qué maldito misterio venia a interrumpir la tranquilidad de la fábrica de acero? Un obrero la había atacado y otro perdía el juicio.

El muchacho condujo al grupo de obreros hacia el vasto espacio de la fundición. El calor, un calor que pasaba de cien grados, azotaba sus rostros como una ráfaga de aire que saliera de los hornos.

Se sentía la atmósfera nebulosa y pesada del acero fundido y el calor de los hornos y se oía el rugir del aire que se inyectaba en el fondo de las elevadas cúpulas. Un inmenso crisol de acero fundido pendía de una grúa alta, pero el maquinista permanecía sentado, en una actitud de asombro, incapaz de bajar el acero fundido a causa de la confusión que reinaba en el piso sucio que yacía debajo de él.

Unos cincuenta trabajadores, todos ellos vociferando con ronca voz, se hallaban alineados sobre aquel piso, observando con asombro a uno que se encontraba en la galería de arriba.

La galería era una plataforma situada frente a la línea formada por hornos gigantes. Desde allí se manipulaban los hornos y se extraía el metal candente para ser vertido en los grandes crisoles. Pero todo el trabajo estaba paralizado.

El obrero solitario andaba por la plataforma, con ojos vidriosos, la boca entreabierta y emitiendo un sonido semejante a una risita idiota.

Tink O'Neil, como los demás próximos a él, miraban horrorizados. El hombre aludido era Johnson, un obrero que poseía un historial largo y excelente. Nadie había visto nunca a Johnson perder el tino, y siempre se comportaba bien con sus compañeros de trabajo. Vivía con su mujer y cuatro chicos, y nunca faltó un día al trabajo.

Pero en aquel momento el hombre estaba completamente loco. Con un estremecimiento, Tink advirtió que Johnson cerraba uno de los ojos en un guiño muy semejante al del gigante que le había

atacado. Y llevaba también los horribles granos rojos, las horripilantes motas que vió en el dorso desnudo y en la cara del primer loco.

El demente dejó de andar por la plataforma, se asió a la baranda de hierro y miró de soslayo a los que le observaban desde abajo. Fué entonces cuando Tink se adelantó. Un murmullo de expectación se elevó tras él cuando colocando las manos sobre sus labios a manera de bocina, gritó: —¡Johnson, baje aquí enseguida! El hombre abrió la boca y de su garganta salió un sonido sordo parecido a un regaño. Intentaba hablar, decir algo coherente. Los espectadores se lo figuraron al notar la expresión de angustiosa tirantez que adquirió la cara de Johnson. Tink O'Neil exclamó:— Está bien, Johnson. Baje. Nadie le molestará.

El hombrón moteado pareció entender algo de las palabras de Tink O'Neil. Movió apenas la cabeza en señal de asentimiento y se dirigió hacia una escalera de hierro que conducía al piso. Alguien dijo, aconsejando precaución: —¡Cuidado, Tink; ese hombre está loco! Pero Tink no se movió. Johnson se le acercó, observando al joven detenidamente mientras andaba lentamente sobre el duro piso del taller. Luego se detuvo guiñando un ojo a medias y con las horribles manchas rojas brillándole bajo el sudor de su dorso desnudo. Tink le preguntó con voz tranquila:

—¿Qué le sucede, amigo? El hombre continuaba mirando con fijeza. Los demás obreros habían retrocedido hasta una pared algo alejada. Miraban con ojos desorbitados.

De repente, sin el menor aviso, el corpulento Johnson profirió un grito espantoso y dio un salto dejando atrás a Tink O'Neil. Uno de los trabajadores había sido más lento que sus compañeros al retirarse del lugar.

El gigante de ojos huraños asió al obrero, lo levantó por encima de su cabeza como si fuera un niño y echó a correr con él a lo largo del piso del taller.

Un hombre gritó. Tink O'Neil dio un salto y echó a correr tras el loco; pero al hacerlo ya sabía que era demasiado tarde.

A unos doce pies del crisol lleno de acero fundido que pendía sobre el piso, se detuvo el corpulento Johnson y arrojó violentamente al pobre diablo dentro de la inmensa caldera como si fuera un simple juguete.

Un momento después huía el loco. Después de su acto escalofriante, continuó corriendo por la larga fundición y salió por una puerta situada al fondo del taller.

Varios de los obreros más valientes lo persiguieron y lo buscaron por los espaciosos patios de la fábrica de acero. Quinientos hombres se unieron a aquéllos, provistos, en su mayoría, de mazas y armas.

Pero no encontraron trazas del moteado Johnson.

Tink O'Neil informó de la desaparición de J. Henry Mason. Pero no lo hizo saber a los obreros de los talleres, sino que se dirigió a un teléfono de una pequeña oficina situada en un extremo de la inmensa fábrica. Llamó a la oficina principal y comunicó el misterio al director del taller.

No perdía el tiempo en explicaciones. No había tiempo para ello en aquel momento. Tenía que alcanzar a Molly que iba a volar en un avión en el cual se había empleado el acero T 3. ¡Tenía que salvarle la vida!

Evitando a los otros, Tink salió a toda prisa del taller y pronto se encontró junto a su pequeño cupé, situado, no muy lejos, al interior de las puertas de la gran fábrica. Sólo invirtió diez minutos en llegar en su auto a la espaciosa morada de J. Henry Mason. Tal vez allí podía obtener una indicación exacta acerca del lugar adonde se había dirigido Molly.

Pues, aunque Tink habló por teléfono con Doc Savage, dudaba de que el extraordinario hombre de bronce pudiera intervenir eficazmente. Estaba demasiado lejos.

Tink lanzó el coche a toda velocidad. La suntuosa residencia del millonario estaba situada en la ruta principal que conducía a Búfalo. Por suerte para Tink, no se vio obligado a introducirse en el tránsito de la gran ciudad. La mansión se hallaba situada en las afueras, a corta distancia, en auto, de la gran fábrica de acero.

El terreno de la residencia hallábase al borde de la ruta principal, pero la gran casa solitaria, construida de piedra, estaba situada bastante más atrás, protegida por árboles y arbustos cuidadosamente dispuestos.

Tink hizo subir el coche por la calzada en forma de círculo, frenó delante de un largo porche y saltó a tierra. Vio a un hombre en el pórtico frontal.

Era Walter Mason, primo de Molly.

Ni el ruido estrepitoso que produjo la llegada de Tink O'Neil pudo despertar al joven gordinflón del pacífico sueño que dormía tendido en un cómodo sillón.

Walter Mason era más que gordo. Era obeso. Tenía varias barbillas; su enorme estómago sobresalía de su pecho y sus labios gruesos se hinchaban cada vez que dejaban escapar sus felices ronquidos. Su pelo era rubio y fino y parecía dar a su enorme cabeza proporciones aun mayores.

Tink O'Neil lo sacudió y gritó:

—¡Por amor del cielo, despiértese, hombre!

Walter Mason se movió o, mejor dicho, parte de su cuerpo se movió quedando el resto temblando como la jalea, y abrió los ojos.

Enseguida reconoció a Tink O'Neil y se incorporó con un esfuerzo. Extrañado preguntó:

—¿Qué diablos le ocurre, Tink? Cualquiera diría que ha visto un fantasma.

—¡Escuche! —contestó Tink, jadeando.— Habrá de decirme dónde podré encontrar a Molly. Es horrible, terrible. Tenemos que prevenirla contra el T 3 y decirle que su avión podrá estrellarse, y...

El obeso Walter Mason no intentó de nuevo levantarse. Hubiera sido un esfuerzo demasiado grande, y el perezoso joven nunca se molestaba a menos que fuera absolutamente necesario. Con un suspiro rogó a Tink: —Por el amor de Dios, ¿quiere sentarse y no gritar más? Venga, voy a pedir que le traigan un whisky. Bien se ve que necesita un trago...

El obeso extendió la mano hacia un botón adherido a un cordón colgado cerca de la cabecera de su sillón y empezó a tantear con el propósito de asir el cordón sin levantarse.

—Escuche —exclamó con arrebato Tink O'Neil.— Me parece que voy a necesitar tiempo para decirle...

En pocas palabras le refirió el accidente del cochecito de carrera, la extraña desaparición de J. Henry Mason y la escena de los obreros locos en la fábrica de acero. Y terminó diciendo:

—No me pregunte lo que es y no crea que exagero. Lo que ocurre es algo desconcertante... y tenemos que encontrar a Molly. ¡Su vida está en peligro!

Por fin, a medida que Tink hablaba, Walter mostró interés y luego fastidio, y se levantó. El sillón crujió bajo su persona. Pero sus

ojos brillantes y vivos tomáronse entonces penetrantes.

—¡Qué pena! —exclamó.— Tenemos que hacer algo.

Tink O'Neil suspiró. —¡Eso es lo que he estado tratando de decirle! Bueno, dígame, pues, ¿dónde podremos localizarla?

Walter Mason se acarició una de sus barbillas.

—Veamos —dijo con aire meditabundo.— Salió esta mañana mucho antes de que yo me levantara, y ahora estaba yo echando un sueñito. No tengo la menor idea... —añadió haciéndose crujir los dedos,— pero quizá lo sepa la servidumbre.

Walter penetró en la casa. Tink lo siguió. Y cinco minutos más tarde, después de interrogar a media docena de criados, sabían tanto como al principio. Al parecer, la bonita Molly Mason no dijo a nadie adonde iba para probar su nuevo aeroplano.

Pero el obeso Walter parecía más preocupado por la suerte de J. Henry Mason, y dijo:

—¿Pero qué le habrá sucedido? ¡Santo Dios, no nos queda otro remedio que llamar a la policía o hacer algo!

Tink ordenó:

—¡Espere!

—Pero...

—Ya he solicitado la intervención de un hombre que puede hacer más que la policía. ¡Me he puesto en contacto con Doc Savage!

Walter Mason miró a Tink.

—¿Quiere decir con el Doc Savage tan conocido?

Tink O'Neil asintió con la cabeza.

—Y ahora, en cuanto a Molly...

Pero ya Walter se dirigía hacia el teléfono que se hallaba en el espacioso hall central.

—¡Caramba, Doc Savage conoce a J. Henry! Voy a asegurarme de que va a ayudarnos —dijo.

Tink observó al joven obeso. No se preocupaba el gordinflón por la suerte de la hermosa Molly, sino que sentía temor por la del millonario. Tink lo comprendía. J. Henry Mason había constituido para él un fondo en obligaciones, y el obeso y perezoso individuo temía perder la fuente de aquellos ingresos. Un solo día de trabajo hubiera acarreado la muerte a Walter. Eso lo sabia Tink.

En pocos minutos quedó establecida la comunicación entre

Walter y el cuartel general de Doc Savage, en Nueva York.

Walter habló unos instantes por teléfono y luego, colgando el auricular, informó a Tink:

—Contesta uno de los ayudantes de Doc Savage —informó Walter.— Ha dicho que dos hombres llamados Monk Mayfair y Ham Brooks están buscando a las muchachas en sus aviones. Parece que ya han estado en comunicación con ellas, y...

Los ojos de Tink se iluminaron de esperanza.

—¿Dónde se encuentran? —inquirió.

—Despegaron de un campo privado que se encuentra cerca del lago Erie, en las afueras de Búfalo. Y han...

Pero Tink se alejaba ya hacia el porche. Volvióse e informó:

—Entonces también iré yo a ese aeropuerto. ¡Quizá pueda alquilar un avión y localizarlas!

Un momento después Tink O'Neil salía a toda velocidad de la calzada circular. No se daba cuenta de que su persona presentaba un aspecto deplorable. Llevaba su cabello color de paja en desorden: su camiseta blanca, llena de grasa y suciedad. Pero sus agradables ojos grises brillaban.

¿Así, pues, dos auxiliares de Doc Savage estaban en contacto con las dos muchachas, en el avión? Tal vez le habían notificado ya el peligro que ofrecía el acero T 3.

Tink se sintió repentinamente más tranquilo. Se decía que los auxiliares de Doc Savage eran buenos. Hacían las cosas maravillosamente bien y deprisa.

Tink frenó al penetrar en la aguda curva de la ruta que le conduciría al aeropuerto. Tal vez encontrara aquellos dos auxiliares de Doc Savage a tiempo para prestar ayuda a las...

Pero, en aquel preciso instante, le pareció que no iba a llegar a tiempo para ayudar a nadie. Porque el gigantón medio desnudo surgió de entre los árboles próximos y saltó sobre el estribo del auto en marcha.

Tink retrocedió, horrorizado. El individuo presentaba las horripilantes motas rojas. Cerraba el ojo izquierdo, guiñando de aquella manera particular, y dejaba escapar una risita idiota.

Era el gigantón que le había atacado en la pista.

Capítulo III

EL AEROPLANO NEGRO

DE haber visto Tink O'Neil, en aquel momento a los dos auxiliares de Doc Savage que volaban en avión hacia Nueva York, no habría estado tan seguro de que los dos hombres iban a serle de alguna utilidad.

Los dos hombres se comportaban de tal modo que parecían más interesados en exterminarse mutuamente que ir en socorro de las dos lindas muchachas.

Uno de ellos estaba sentado delante del cuadro de control del veloz aeroplano. Era un individuo habituado a detener el transito en cruces muy concurridos. En realidad, lo hacía a menudo.

Casi tan ancho como alto, todas las partes visibles de su cuerpo aparecían cubiertos por un vello de color rojizo que semejaban pequeños clavos oxidados. Tenía la cabeza plana, y pequeños ojos brillantes hundidos en las órbitas. Se parecía mucho a un gorila vestido con harapos.

Debido precisamente a aquella semejanza, al teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair le habían puesto el apodo de Monk.

El hombre alto y elegante que permanecía en la cabina de control del aeroplano mirando de hito en hito a Monk presentaba un sorprendente contraste en la traza de simio de éste.

Una palabra lo describía: era airoso. Llevaba el traje más elegante que autorizaba la moda: usaba un bastón negro, muy brillante; era moreno y nada feo con rasgos expresivos. Era el brigadier Theodore Marley Brooks, pero todo el mundo lo conocía por Ham. Su pasatiempo favorito era pelearse con Monk; en realidad, aquella pareja, buenos amigos de verdad, estaba a punto de venirse a las manos.

Sin embargo, el ruido de un altavoz colocado en la cabina hizo que los dos auxiliares suspendieran su argumento y se pusieran a la escucha.

Poco después una voz agradable preguntó:

—¿Ham navegáis todavía en dirección a este aeropuerto? Monk dio un salto.— ¡Es Pat! —dijo.

Ham se adelantó de un salto hacia un pequeño micrófono de mano suspendido de un clavo cercano. Era la segunda vez en aquella mañana que habían estado en contacto con Pat Savage por medio de una radio de onda corta.

Ham contestó:

—Sí, Pat; pronto llegaremos. Esperadnos en ese aeropuerto, según ha ordenado Doc. El abogado impidió, de un manotazo en el brazo del otro, que el velludo se apoderase del micrófono.

La voz de Pat volvió a sonar en el altavoz.

—Escúchame —dijo la voz irritada.— Molly Mason y yo nos hemos figurado los propósitos de Doc. No le gusta que yo vuele. Ha sido todo una estratagema para impedírmelo. Así, pues, despegaremos enseguida.

Ham hizo el gesto de quien se traga algo lleno de tachuelas. Se quedó blanco. Monk exclamó:

—¡Dios mío! ¡Doc dijo que podrían matarse!

Alocado, Ham agarró fuertemente el mango del micrófono, y gritó:

—¡Escucha Pat las alas del aeroplano en que vais a volar...!

Y luego se interrumpió, pues el ruido del altavoz que se hallaba a su lado había cesado. Pat cortó la comunicación.

Monk gimió. La mano del abobado temblaba. Todas las ideas relativas al argumento que acababa de surgir entre los dos cayeron en olvido bruscamente.

Pues ambos sabían cuánto significaba Pat para el hombre de bronce. Además, los dos estaban locos por Pat Savage.

Monk tomó la resolución de obtener toda la velocidad posible del aeroplano, y dijo:

—¡Por todos los demonios, tenemos que impedir que vuelen!

—Sí —asintió Ham, con un suspiro que parecía una oración.

Media hora más tarde, Monk, que continuaba controlando el aparato, divisó los contornos imprecisos del lago Erie. Pronto se

encontró sobre los lindes de Buffalo buscando el pequeño aeropuerto que Pat, en su primera comunicación con los dos auxiliares, había indicado como punto de despegue.

Era una mañana clara, tibia y sin nubes, y a Monk no le fué difícil localizar el aeropuerto. Se volvió a su elegante amigo y le aseguró:

—Llegaremos dentro de un minuto. ¡Diantre! Espero que esas chicas no han...

Monk se interrumpió, mirando a Ham. Pues el abogado, en lugar de escuchar a su compañero, miraba fijamente hacia arriba por una ventana que se hallaba situada sobre sus cabezas.

De repente Ham contestó:

—¡Ese milano... o lo que sea... seguramente debe volar con gran velocidad!

Monk dobló la cabeza hacia atrás y miró a su vez. Sus ojillos brillantes se cerraron en un guiño. De pronto gritó:

—¡Un milano... el demonio! —gritó con espanto.— ¡Es un aeroplano, y el condenado desciende directamente sobre nosotros!

Monk tenía razón.

Porque la mancha negra que parecía una inmensa ave, siguió adquiriendo forma hasta presentar el aspecto de un avión negro del último modelo. Descendía velozmente sobre sus propias cabezas.

Monk dio un alarido y comunicó al aparato un vertiginoso movimiento lateral tratando furiosamente de alejarlo del curso de descenso tomado por el otro.

Un momento después, el aeroplano negro pasaba por delante de ellos alejándose velozmente. Debía hacer más de trescientas millas por hora.

Monk respiró.

—¡Maldito loco! —graznó.— Debe ser uno de esos pilotos de prueba. Supongo que ni siquiera nos ha visto.

Pero no había ninguna expresión de alivio en las palabras de Ham al exclamar:

—¡Tal vez intentaba evitarnos! ¡Mira!

Y antes de que pudiera señalar hacia el cielo se encontraron envueltos en una nube negra. Era el humo espeso y negro como la tinta que salía del escape del aeroplano que volaba delante de ellos. Este desapareció, y Monk se encontró volando a ciegas a través de

aquella materia más espesa que la niebla.

Ham gritó:

—¡Es una trampa! ¡Sal de esta niebla! —Y echando una rápida mirada al altímetro, añadió:— No desciendas. Estamos solamente a dos mil pies. ¡Sube!

Monk empujó la palanca y el avión subió velozmente a través de la substancia negra. Por el ángulo que formaba el aeroplano sabían que ascendían casi verticalmente.

Y luego, súbitamente, Monk frunció el entrecejo y tiró nerviosamente de la palanca de control de los gases... —¿Qué sucede ahora?— preguntó Ham. —El motor se atasca. ¡Se nos para! Ham, el abogado, era hombre que pensaba con rapidez en casos de emergencia. Monk andaba enloquecido con el tubo de los gases, blasfemando porque el motor fallaba y el aparato no obedecía a la maniobra intentada para salir de la nube negra que lo envolvía.

Ham dio una orden enérgica. —¡Nos metemos en un lío, condenado idiota! ¡Baja, baja cuanto puedas y tal vez podamos salir de esta nube!

Monk reaccionó mecánicamente. Hizo dar al avión una rápida caída y abrió completamente la llave de los gases. El motor continuó fallando, amenazando con pararse de un momento a otro. Ham gritó:

—Algo que había en el escape de aquel avión ha debido atascar nuestro motor. Procura continuar así, quizá encontremos aire puro de nuevo.

Momentos después los dos auxiliares intentaban abrir los cuellos de sus camisas. Sus caras enrojecían. Una parte de la nube negra había penetrado en la cabina del avión, y aparentemente, la substancia carecía de oxígeno, pues les era difícil respirar.

Monk era el químico de la organización de Doc Savage. Y no obstante parecerse a un mono, era un buen químico, uno de los mejores.

El velludo Monk, entre jadeos en busca de aire puro, resollaba ahora fuertemente. Y anunció:

—El olor de esa substancia negra me dice... que es una fórmula química que se usa... en los aeroplanos... que combaten... los incendios en los bosques. Contrarresta... la acción del oxígeno.

Los ojos de Ham estaban inundados de lágrimas. Pero miraba

con fijeza el altímetro. De repente señaló el aparato con el índice y exclamó:

—¡Cuidado! ¡Estamos a sólo trescientos pies de altura!

Y en el mismo instante en que decía aquellas palabras, salieron de la nube negra y vieron de nuevo la clara luz del día. Habían descendido doscientos píes más mientras hablaba Ham.

Y ambos hombres se vieron encima de una superficie liquida rizada. ¡El lago Erie! ¡Un momento más y se hubiesen hundido en él!

Pero Monk enderezó el aparato, el motor volvió a funcionar normalmente a medida que el carburador aspiraba aire fresco, y de nuevo subieron zumbando.

Los dos auxiliares se fijaron en la nube negra que flotaba sobre ellos.

Monk refunfuño:

—¡Maldito sea! ¡Voy a buscar a ese avión negro para derribarlo con piloto y todo! ¡Espera a que yo!...

Ham se arreglaba el cuello. Volvía a respirar mejor, y, observando el cielo en torno al avión, repuso:

—La nube se ha disipado lo bastante para que puedas ver bien. Pero me parece que no encontrarás a nadie.

Era verdad. El aeroplano negro había desaparecido.

Pero el misterioso ataque dejó perplejos a los dos hombres. Monk preguntó:

—¿Qué relación podía tener ese individuo con las muchachas? ¿Por qué intentó detenernos? Ham se encogió de hombros. —Lo único que sé es que Doc fué requerido por un individuo llamado Tink O'Neil para que impidiese que Pat volara con una chica llamada Molly Mason. Nuestra misión era detenerlas a causa de cierta cosa que se llama T 3.

—Y el loco que telefoneó —añadió el velludo químico,— habló de un gigantón con motas rojas en la piel. ¡Debe estar chiflado!

Repentinamente, el altavoz volvió a sonar. Ham corrió hacia el micrófono al objeto de contestar en caso que hablara Pat Savage.

Y ella era, en efecto.

El altavoz reprodujo la voz apagada de Pat:

—¡Ham, Monk! ¡Estamos en dificultad! ¿Estáis escuchando?

El abogado sincronizó inmediatamente en la longitud de onda de

Pat.

—¿Qué sucede, Pat?

La voz de la hermosa prima de Doc Savage prosiguió:

—Hemos despegado en el nuevo aeroplano. Creo… creo que Doc tenía razón, después de todo. ¡Ham, hay algo que no funciona en uno de los cables del timón!

Los ojillos de Monk brillaron.

—¡Pregúntale dónde se encuentran! —dijo con voz aguda.

Ham obedeció, y la voz de Pat replico:

—En un pequeño aeropuerto, a cinco millas del sur de Buffalo. Ham, el cable…

Hubo un corto silencio, y de nuevo oyóse la voz ansiosa de Pat:

—¡Estamos… estamos bajando en picada! ¡No podemos enderezar!

El altavoz quedó en silencio. Ambos auxiliares se miraron, con espanto.

Capítulo IV

LOS HOMBRES ESQUELÉTICOS

EL aeroplano era una pequeña cámara alargada con un ala de metal sencilla. El interior estaba decorado con tonos de un azul claro. Los asientos de cuero eran del mismo color.

Las caras de las dos muchachas metidas en la cámara del aparato aerodinámico también presentaban, más o menos, el mismo color.

La joven alta y bien formada que manipulaba los aparatos de control tenía el cabello rubio, los ojos azules y una bonita boca. A no ser por un inconveniente hubiera parecido sorprendentemente hermosa. Pero su belleza quedaba, ahora, menguada por contraste con la otra joven sentada a su lado.

La que manipulaba los aparatos de control era Molly Mason, una de las chicas más ricas de los Estados Unidos.

La segunda muchacha, más hermosa, era Pat Savage, prima del extraordinario hombre de bronce.

Pat acababa de soltar el micrófono. Con los ojos asustados y desmesuradamente abiertos, miraba a su compañera, Molly Mason.

Pat Savage exclamó: —¡Dios mío, qué vamos a hacer! Se veía que la joven que manipulaba los instrumentes de control trataba furiosamente de hacer funcionar un timón de avión. Este descendía en picada hacia la tierra, a una velocidad fantástica.

Molly Mason jadeó:

—¡Está… está atascado! ¡No puedo mover el timón! ¡Nos estrellaremos!

Pat se agarraba a un soporte. Inclinóse, hizo señas a su compañera de que abandonara su asiento y dijo:

—Espera, déjame hacer a mí.

El vertiginoso movimiento de descenso del aeroplano debilitaba y hacía temblar a Molly Mason. Se dejó caer sobre el asiento contiguo y miró con terror. Pudo gritar:

—El nuevo acero… T 3 se empleó en los cables del timón. Es el más fuerte que se conoce. Pero ahora —agregó, señalando con una mano temblorosa la ventana próxima a ella,— se ha roto. ¡No podremos hacer funcionar el timón!

Pat Savage era la más tranquila de las dos. Apretando fuertemente los labios, manipuló las palancas. De repente comunicó al aparato un movimiento lateral. El aire entró con fuerza en la cabina del avión. Pat hizo mover el aparato de atrás hacia adelante.

Y bruscamente el aeroplano se enderezó y continuó volando hacia adelante en vuelo plano. De momento la horrible caída se había evitado.

Con la atención concentrada, Pat tomó los controles, respirando apenas a medida que obligaba al avión a descender lentamente describiendo una amplia espiral.

Con firmeza, anunció:

—Creo que podremos descender así. La presión del aire hizo girar el timón. Si nada ocurre…

Molly Mason asintió moviendo la cabeza, con su esbelto cuerpo bien erguido. Miró por una ventana lateral y exclamó:

—Ya estamos sobre el campo. Aquí es donde dije a papá que viniera a encontrarnos. ¡Cuidado, Pat!

Pero Pat no necesitaba ningún consejo. Logró obtener un control parcial del avión, y ahora efectuaba cada maniobra con infinita precaución.

Continuaron bajando siguiendo una larga espiral, y pronto el pequeño campo de aviación apareció debajo del avión. Era apenas algo más que un gran claro entre bosques circundantes. No había más que un solo hangar, y era evidente que el campo se usaba rara vez. No había nadie sobre el terreno que contemplaban desde arriba.

Pero a medida que Pat enderezaba cuidadosamente el avión para una toma de tierra fácil, Molly Mason exclamó:

—¡Mira allí… enfrente, al extremo del campo, el coche de papá! ¡Debe esperarnos!

Pat estaba demasiado ocupada para mirar. Ahora parecía que el

campo volaba hacia ellas. La muchacha púsose tensa, sus labios musitaron una pequeña oración y el avión tomó contacto con la tierra.

El aparato saltó impetuosamente una vez, se estabilizó, luego permaneció sobre el terreno y corrió furiosamente hacia los árboles que bordeaban el seto del minúsculo aeropuerto. Por un momento pareció como si fueran a estrellarse contra la colosal limosina detenida en el mismo borde de la hilera de árboles.

En el último momento, Pat pudo, no obstante, comunicar al avión un movimiento semicircular y detenerlo bruscamente en medio de una nube de polvo. Cuando el aparato quedó inmóvil, la punta de una de sus alas hallábase a menos de seis pies del auto, ahora medio oculto por la nube de polvo.

Molly Mason profirió un grito de alivio y saltó hacia la puerta de salida. Su figura alta y graciosa había perdido ya todo rastro de tensión, y exclamó:

—¡Eres maravillosa, Pat! ¡Nunca hubiera hecho lo que tú…!

Pero al saltar a tierra, las dos muchachas retrocedieron, horrorizadas.

Pues los bandidos que se les acercaron procedentes de la limosina eran mucho más amenazadora que la tierra vista desde cuatro mil pies de altura.

Eran tres individuos de estaturas diferentes. Uno de ellos era pequeño y delgado; el otro, mediano y también delgado y el tercero, una especie de lambrija, más flaco aun que los otros dos.

Pero lo más extraño del trío era la expresión tétrica de sus huesudos rostros. Los tres estaban vestidos de luto riguroso y parecían, con aquella expresión tan sombría, tres famélicos empresarios de pompas fúnebres contemplando la fuente de juventud eterna.

La preciosa Molly Mason gritó. Miró con asombro la limosina y exclamó:

—¡Papá!

Uno de los hombres la asió y le dijo, sin expresión alguna:

—Ya puedes gritar, nena. ¡Tu papá se encuentra a cincuenta millas de aquí!

Los labios suavemente curvilíneos de Molly Mason se entreabrieron para exclamar, con horror:

—¡Pero si me dijo que nos encontraríamos aquí!

El que la asía dijo gravemente:

—¡No vendrá!

Molly Mason reprimió un sollozo. Pataleó, se retorció, arañó a su aprehensor. Pero el bandido, y era el más pequeño, debía estar hecho de cuero de látigo y alambres. Manejó a la alta y elegante muchacha con facilidad y empezó a arrastrarla hacia el enorme automóvil.

Para Pat Savage fueron necesarios los otros dos.

Pat se deshizo del lambrija, le golpeó la cara con sus puños, echó por tierra a su compañero y corrió hacia la puerta abierta del avión. El traje de Pat giró en torno a sus bonitas piernas. Llegó a la puerta del avión, cerróla tras sí con violencia y echó el cerrojo antes de que los hombres, aturdidos, pudieran apoderarse de ella.

Hubiérase dicho que Pat había determinado dejar a su amiga sola en la pelea.

Pero no era aquella la idea de Pat. Supo instintivamente que no podían luchar solas con aquellos hombres flacos. Había en la expresión de aquellos bandidos algo tan siniestro y amenazador, que Pat no dudó de que obtendrían lo que habían venido a buscar.

Pat intentaba sencillamente mantenerlos fuera del avión el tiempo suficiente para dejar un mensaje a Doc Savage.

Los dos individuos golpeaban con sus puños la puerta del aparato. Pat halló su bolso y se agachó lo bastante para que los hombres no vieran lo que hacía. Tal vez Doc no encontrara nunca su mensaje pidiendo socorro. Pero valía la pena intentarlo. Doc había descubierto llamadas menos importantes en el pasado.

En un pedazo de papel que sacó de su bolso escribió, con frenesí:

"Doc, tres hombres flacos nos han capturado. Es evidente que saben algo de J. Henry Mason que debía reunirse con nosotras aquí, en el campo de aviación a cinco millas del sur de Buffalo.

"Pat".

Pat dobló la nota y la escondió debajo de un asiento. Dudaba de que aquellos hombres se apoderasen del avión. Era seguro que habían advertido las dificultades experimentadas por Pat al aterrizar y sabían que algo extraño ocurría.

Y si Doc hallaba el aeroplano más tarde, lo examinaría minuciosamente en busca de huellas que le permitieran encontrar la

pista de las muchachas perdidas, y hallaría el mensaje.

Pat giró entonces y se dirigió a un sitio donde había colgado un extinguidor de incendios. Lo hizo en el momento en que uno de los asaltantes rompía el cristal de la ventana del avión. Pat proyectó el líquido del extinguidor contra el rostro del que aparecía.

Esperaba que los hombres supusieran que había entrado en el avión para apoderarse del extinguidor.

El primer hombre, el más alto, se las arregló para introducir la mano por la ventana rota, y quitar el cerrojo, y entró farfullando y andando de un lado a otro mientras el líquido le azotaba la cara.

Gritó:

—¡Eh, condenada loca; suelta eso!

Pat se alejó retrocediendo, sin dejar de accionar el extinguidor.

Fué el mediano de los tres quien hizo uso del cuerpo de su compañero mayor.

Se agachó detrás de su compañero, esperó a que estuvieran cerca de Pat, luego giró rápidamente en torno de aquél y agarró a la muchacha de la muñeca.

Su garra de acero arrancó el extinguidor de la mano de Pat. La joven se estremeció de dolor. A pesar de su fuerza, aquellos individuos eran los más duros que Pat había encontrado.

Pronto fué dominada y metida a rastras en el interior del automóvil. Atadas de pies y manos, las dos muchachas fueron depositadas en el suelo. Dos de los hombres permanecían en pie mirándolas con aire sombrío desde la puerta abierta del auto. El tercero había desaparecido momentáneamente.

—Si esto es un secuestro —gritó Molly Mason,— y mi padre ha desaparecido también, ¿cómo van ustedes a cobrar?...

—No es un secuestro, señorita —contestó el pequeñuelo con voz inexpresiva;— al menos no lo parece.

—Entonces, ¿qué? —repuso Molly.

—¡Cállese! —ordenó el pequeñuelo.

Pat permanecía quieta, escuchando. Se arrimó a la otra muchacha atada y le susurró al oído:

—He dejado en el avión un mensaje para Doc.

Molly Mason se calmó entonces. Había oído decir muchas cosas del hombre de bronce llamado Doc Savage. Tal vez las encontrara pronto.

El tercer hombre se volvió bruscamente y se sentó detrás del volante del inmenso auto. Los otros dos se colocaron en la trasera. Las muchachas fueron amordazadas. Las dejaron sobre el piso del auto, y los dos hombres se sentaron en el asiento de atrás para asegurarse de que Pat y Molly permanecían donde estaban.

El auto arrancó, salió del campo y se introdujo por un camino secundario, a través del bosque. Al parecer, el pequeñuelo era el jefe, pues los otros dos se dirigían a él respetuosamente de vez en cuando.

De repente, el conductor comentó:

—¿Sabes una cosa, Wart? Esa dama creía que era lista. Aparentemente, Wart era el nombre del jefe.

—Lista, ¿eh? —inquirió torpemente.— ¿Cómo?

El conductor le pasó algo por detrás del asiento.

Torciéndose un poco, Pat Savage pudo ver la hoja de papel. Se sintió desfallecer.

El conductor terminó diciendo: —La muchacha dejó esta nota para Doc Savage.

El jefe, llamado Wart, echó una ojeada a la nota. Por primera vez, algo que quería ser una sonrisa alteró sus facciones sombrías. Dijo:

—Ya me figuraba que Doc Savage se interesaría en este asunto. Así, pues, nos cuidaremos de él.

Capítulo V

LA MUERTE EN EL ACERO

UNA parte de la declaración del pequeño bandido llamado Wart, era exacta. Doc Savage estaba interesado. A las doce de aquel mismo día aterrizó en su avión ultraveloz en un campo desierto situado no lejos del sitio en que Tink O'Neil sufrió el accidente en su cochecito de carreras.

El campo se encontraba aproximadamente a media milla de la alta valla de alambre que rodeaba los largos edificios ennegrecidos por el humo del taller de fundición número 5.

El hombre de bronce descendió del avión y sacó de él varias cajas grandes.

De pie, a solas, Doc Savage no parecía extraordinariamente grande. Pero su aspecto era sorprendente.

Su piel era de un tono áureo, como si hubiese estado expuesta durante largos períodos de tiempo al sol tropical. Su cabellera dispuesta como un gorro que ajustara perfectamente al cráneo, era del mismo riquísimo tono, con un matiz ligeramente más oscuro.

Lo más sorprendente de Doc Savage eran sus ojos. Eran como un rico destello de oro, y en sus profundidades se notaba una agitación continua, inquieta. Eran dominadores, casi hipnotizantes.

A cualquier otra persona le hubiese sido necesario subirse sobre un objeto elevado para introducir los brazos por la puerta de la carlinga y alcanzar las cajas. Pero Doc Savage las sacó sin tener siquiera que ponerse de puntillas. Su gigantesca estatura era engañosa y sólo se mostraba tal cual era cuando se hallaba de pie al lado de otros hombres. Era el resultado de la perfecta simetría de su cuerpo, científicamente desarrollado.

Cada caja pesaba más de cien libras. Sin embargo, el hombre de

bronce levantó las tres fácilmente, colocólas debajo de sus brazos y partió en dirección a los bosques que rodeaban el campo desierto.

Doc Savage caminaba en silencio por entre los bosques hasta que llegó a un punto desde donde percibía la gran fábrica de acero. Vio a numerosos trabajadores sentados en torno a los inmensos patios con fiambreras a su lado. Era la hora del almuerzo del mediodía.

Casi todos los hombres estaban divididos en grupos, discutiendo, al parecer, algo muy importante. Doc Savage tenía idea de lo que eran aquellas conversaciones. Pues una llamada telefónica le había impuesto del misterio del trabajador moteado y loco.

La llamada fué recibida por Doc Savage algún tiempo después de la desaparición de J. Henry O'neil. El informador no dio a conocer su nombre, pero indicó que el rey del acero, el millonario, había desaparecido misteriosamente y en circunstancias extrañas.

No hizo mención alguna de la fórmula T 3. Y, sin embargo, el hombre de bronce sabía algo. Pocos días antes J. Henry Masón había consultado con Doc Savage, pidiéndole consejo con relación a una parte de la fórmula.

Doc Savage era conocido como genio científico. Importantes ingenieros y químicos requerían a menudo su opinión.

De consiguiente, no era extraño que hubiese estado en contacto con un potentado como Mason en el pasado.

Doc Savage consideraba que la amistad que le unía al rey del acero, era suficiente para investigar su desaparición. Desde luego, se sentía intranquilo por la suerte de Pat, que siempre se estaba metiendo en peligrosas aventuras. Pero ya había designado a Monk y Ham para que cuidaran de su prima.

El hombre de bronce no sabía, claro está, que las dos muchachas habían sido capturadas por los hombres flacos. En aquel momento se interesaba en conocer el misterio de los locos moteados y de la desaparición de J. Henry Mason.

El hombre de bronce hizo entonces una cosa muy extraña: empezó a desnudarse.

Pero momentos después pudo verse el porqué de su acción. Empleando objetos que extrajo de una de las pesadas cajas, pronto quedó vestido como uno de los trabajadores de acero medio desnudos.

Unas ojeras especiales, muy delgadas ocultaba el extraño

centelleo áureo de los ojos magnéticos del hombre de bronce. Ahora semejaban los ojos inyectados de sangre de un obrero de las fundiciones.

Su cuerpo, desde la cintura hacia arriba, estaba teñido con lo que parecía ser hollín procedente de los talleres. Los zapatos y los pantalones presentaban aproximadamente el mismo aspecto. Incluso el cabello de Doc era ahora negro. Cualquiera hubiera dicho que era un sucio obrero recién salido de la inmensa fundición.

Doc ocultó las cajas de equipo en el bosque, avanzó y pronto entraba como si tal cosa en la vasta fábrica de acero por las grandes puertas de entrada. Hubiérase dicho que era uno de los doce o catorce hombres que regresaban del almuerzo.

A la una, cuando sonó el pito, trabajaba en el largo piso del taller de fundición número 5.

Otros hombres habían sido contratados ya para reemplazar a algunos de los que fueron atacados por la extraña locura. Así Doc Savage pasó inadvertido entre los trabajadores. Todos eran altos y corpulentos, y Doc fué considerado como uno de tantos.

El hombre de bronce escuchaba la conversación de aquellos hombres sudorosos, mientras trabajaban. Al parecer, varios otros hombres se habían vuelto locos en los grandes hornos y se hallaban hospitalizados. Un hombre había muerto. Se creía improbable que los otros sobrevivieran.

Con el cuerpo bañado en sudor y las cavidades nasales inflamadas por el calor y llenas de polvo procedente del inmenso taller, Doc Savage trabajaba al lado de un corpulento hombrachón cuya misión era sacar el metal fundido de uno de los gigantescos hornos.

Doc trabajaba en silencio, en medio de aquel calor horroroso y la atmósfera sofocante del taller. Oía todo lo que se decía a su alrededor.

Había inquietud entre los trabajadores. Hablaban de abandonar el trabajo. Muchos de ellos vieron las significativas motas rojas en los cuerpos de los locos, y temían que fuera la viruela.

Ciertamente, muchos de aquellos trabajadores de acero estaban casados y tenían familias que mantener. No disponían de medios para permanecer parados. Eran los que incitaban a los otros a que permaneciesen en el trabajo.

A las dos de aquella tarde, un trabajador de poderosa corpulencia se acercó a Doc Savage y le susurró:

—Deseo verle —e indicó un sitio alejado de los hombres que trabajaban.

Doc siguió al hombre. Era difícil decir gran cosa del color de su piel y su cabello. Estaba negro de tizne.

El hombre salió del taller seguido de Doc y se volvió hacia una fundición tan vasta como la primera.

A la entrada de la segunda fundición, Doc se detuvo y comentó:

—Bien podría decirme lo que significa todo esto.

El enorme y sudoroso trabajador miró fijamente al hombre de bronce.

—Usted es Doc Savage —declaró.

Doc permaneció silencioso. Sus facciones no acusaron sorpresa. Sospechaba que alguien le descubriría a pesar de su atavío. Además, tenía el presentimiento de que alguien sabía que se había dirigido a aquel sitio.

—Pues bien —prosiguió el hombre— puedo enseñarle algo con relación al T 3.

Las facciones de Doc no se alteraron.

—¿El T 3?

El hombre movió la cabeza, asintiendo.

—El T 3 es un nuevo acero —explicó.— Este condenado trastorno empezó después que se efectuó el primer temple. Creo que podré ayudarle.

Al parecer, el hombre pensaba que Doc estaba allí únicamente con el propósito de descubrir el misterio del T 3 y saber por qué los hombres se volvían locos. No se hizo mención de la extraña desaparición de J. Henry Mason. Hasta entonces, no se había revelado a los hombres de los talleres la súbita desaparición del millonario.

—¿Qué es lo que tiene que revelar? —inquirió Doc tranquilamente.

—Venga conmigo.

Se dirigieron a la fundición de enfrente. Sobre sus cabezas iban y venían grúas gigantescas, deslizándose con estruendo por sus sólidos carriles. Los hombres gritaban y blasfemaban contra el calor. Máquinas impresionantes recibían secciones de acero caliente

hasta el blanco, las pasaban por una serie de cilindros que las comprimían como voluminosas y pesadas manos y expulsaban las planchas de acero, ya más delgadas, por el otro extremo.

Hacia una de aquellas máquinas se dirigió el hombre en compañía de Doc Savage.

Al otro extremo de una máquina, una inmensa lámina permanecía, de canto, sostenida por un gancho procedente de una grúa elevada. La lámina medía diez pulgadas de espesor y diez pies en cuadro.

—Plancha acorazada —explicó el acompañante de Doc.— Se dice que no hay bala que pueda atravesarla.

Doc asintió con la cabeza. Conocía bastante bien la manufactura de planchas pesadas para la armada. Juzgó que aquella sola sección podía pesar unas diez o quince toneladas.

Ambos se hallaban detrás de la imponente pieza de acero, y el acompañante de Doc prosiguió:

—Primeramente le diré lo que descubrí hace precisamente dos horas. No tiene nada que ver con el T 3, y sin embargo, se relaciona con esa fórmula. Es un solo hecho que podría explicar todo este condenado alboroto. Por eso...

—Puede explicármelo-sugirió Doc.

—Primeramente-continuó el trabajador, —quiero enseñarle algo...

Se interrumpió y se agachó para indicar un lugar cercano a la base de la plancha acorazada.

Doc se inclinó para ver lo que indicaba el hombre.

De pronto se oyó, cerca de ellos, el grito salvaje de un hombre:

—¡Cuidado!

Pero ya la inmensa pieza se inclinaba sobre ellos.

El ruido de la gran fundición apagó el grito del hombre. El alto techo abovedado recogió los sonidos y los despidió con eco ensordecedor mientras funcionaba la pesada maquinaria. Por eso no oyó el grito el acompañante de Doc Savage.

Pero los sentidos del hombre de bronce estaban bien entrenados por sus muchos años de experiencia científica. Sentía, incluso, el movimiento antes de que lo observaran los demás.

Y así, en aquella última fracción de segundo, captó el movimiento lento, prácticamente invisible, de la gigantesca plancha

de acero al instante de empezar a inclinarse.

Doc dio un salto. Ya la pieza acorazada se había inclinado lo bastante para que su gran peso comunicara a su movimiento descendente una velocidad rápida y silenciosa.

El hombre de bronce evitó la gigantesca pieza de acero por una fracción de segundo antes de que golpeara el suelo. No tuvo tiempo de echar mano a su acompañante. Doc evitó la muerte milagrosamente.

El choque de tantas toneladas de peso contra el suelo hizo estremecer toda la fundición. El suelo tembló y se estremeció bajo los pies del hombre de bronce. Y un hombre yacía bajo aquella pieza acorazada, aplastado de tal manera, que entre la imponente lámina y el piso apenas había una pulgada de espacio.

El rostro de Doc se contrajo con una expresión de horror. Acababa de presenciar el aplastamiento de un hombre que deseaba hacerle revelaciones.

Los ojos de Doc se dirigieron hacia el inmenso gancho que pendía de la grúa elevada, el gancho que había mantenido de canto la plancha acorazada. Vió que habían aflojado la tensión del cable que sujetaba el gancho. ¡Habían bajado el gancho casi más de tres pies!

El hombre de bronce miró hacia la cabina de la grúa movible. Y vio al obrero saltar de la cabina y escapar por el pasillo paralelo a los rieles de la imponente grúa.

Alguien señaló y gritó desde el piso de la fundición: —¡Mirad! ¡Otro loco con motas rojas! Un grito de terror partió de dos docenas de gargantas. Los hombres empezaron a salir corriendo de la fundición. Todos temían al que les miraba sonriendo desde los rieles de la grúa.

Durante un momento nadie advirtió lo que hacía el hombre de bronce. Doc, con la facilidad obtenida por un largo entrenamiento, saltó y se agarró al gancho que aun se bamboleaba al extremo del cable. Con movimiento suave y rápido de sus manos empezó a subir por el cable.

Llegó al brazo de la grúa, encaramóse, y corrió por el brazo hasta encontrar los rieles. A cincuenta pies de él, el loco se volvió y empezó a reír idiotamente.

Doc Savage vio las horribles motas rojas en el cuerpo medio

desnudo del hombre y el bizcar peculiar de uno de sus ojos. El loco saltó en dirección a Doc. Desde abajo, en el piso del taller, un hombre gritó: —¡Cuidado! ¡Ese loco te matará! Pero Doc Savage saltó hacia adelante para recibir el ataque del enajenado. Sus poderosas manos hicieron presa en el musculoso brazo de su enemigo; lo atrajo hacia sí, levantólo en brazos y empezó a andar a lo largo del estrecho pasillo.

El loco se retorcía y trataba de deshacerse. Parecía inminente que ambos hombres cayeran de la angosta viga y se estrellaran contra el suelo.

El cuerpo sudoroso del hombre se removía como una serpiente entre los brames de Doc Savage. El loco poseía una fuerza sobrehumana, y les músculos del hombre de bronce se hinchaban como nudos de cuerdas mientras se esforzaba por impedir que el hombre demente les hiciera perder la vida a los dos.

Luego, repentinamente, el hombre quedó inerte en los brazos de Doc. Su cara torcida se volvía hacia la de Doc y murmuró, casi incoherentemente:

—¡Me engañaron! ¡Ellos... los flacuchos se llevaron a las muchachas!... ¡Engañaron a Monk y Ham!...

El hombre quedó aún más inerte. Los efectos de la locura debieron debilitarlo y agotarlo.

Doc miró con fijeza. El anuncio de la captura de Pat Savage y Molly Mason fue para él una sorpresa inesperada. Se había figurado que sus ayudantes Monk y Ham estaban con las dos muchachas.

Asimismo, el repentino colapso de la fuerza sobrehumana de su cautivo, hizo que el hombre de bronce olvidara sus precauciones.

Pues un instante después el hombre profería un grito de locura y se deshacía de la presa de Doc. E inmediatamente asestó a Doc un poderoso puñetazo en la cabeza.

El tremendo golpe derribó a Doc haciéndole vacilar y caer del angosto pasillo. Pero sus poderosas manos se extendieron e hicieron presa en el borde del pasillo. Los tendones de sus vigorosas manos se hinchaban a medida que su cuerpo se levantaba lentamente buscando una posición de seguridad.

Pero el loco, al lanzar el puñetazo, perdió el equilibrio. Su cuerpo se inclinó hacia atrás, salió del estrecho pasillo de hierro y fué a caer sobre el piso desde cincuenta pies de altura.

Cubierto de sudor, Doc Savage miró hacia el suelo. El loco había caído sobre el cuello. La posición torcida de su cabeza indicaba que se lo había roto.

Doc Savage sólo sintió piedad por aquel pobre diablo que se había vuelto loco furioso. Era preferible que hubiera cesado de sufrir.

Y, sin embargo, en aquel momento de agotamiento momentáneo, el hombre murmuró palabras relacionadas con la captura de las muchachas y la estratagema de que fueron víctimas Monk y Ham.

El hombre de bronce comprendió, al instante, que debía volar en socorro de aquellos seres. La seguridad de Pat Savage significaba para él más que la solución del misterio del T 3 o de los hombres que, sin razón aparente, se volvían locos.

Durante la agitación que se produjo abajo, Doc Savage bajó de los rieles de la grúa y salió, sin ser visto, del edificio.

Capítulo VI

EL HOMBRE DE LA MASCARA

MONK y Ham aterrizaron en el aeródromo privado situado cerca de la orilla del lago Erie. No había ningún otro avión en el campo, ni tampoco la menor traza de las dos muchachas.

Monk se hallaba manipulando los botones de un detector de ondas perteneciente al avión, y miró a su elegante compañero.

—¡Caramba! —exclamó el velludo químico.— ¡Este aparatito me dice que no hay ningún avión volando por las cercanías! Creí que habías dicho que éste era el campo sobre el que volaban las muchachas.

Ham miró a su amigo con indignación. —¡Lo era!— declaró, —pero eso no excluye la posibilidad de que se hayan estrellado en alguna otra parte.

Ninguno de los dos sabía, naturalmente, que las muchachas habían aterrizado en un campo que distaba cinco millas de aquel punto. El abogado salió del avión, comentando: —Bien podríamos echar una ojeada por los alrededores. Tal vez demos con alguien que las haya visto.

Abandonando el detector de ondas, Monk salió con su amigo en dirección al terreno de aterrizaje. Entonces vieron dos series de huellas. Impresiones perfectas de los zapatos de las muchachas. Había caído una fuerte rociada la noche anterior, y las trazas se veían aún claramente en la tierra medio húmeda.

Los ojillos del químico se iluminaron. Aquella era la prueba de que Molly y Pat habían estado en aquel campo. Monk, con los andares de pato que sus cortas piernas comunicaban a su persona, empezó a seguir las huellas.

Estas conducían a un hangar situado a un lado del aeródromo. A

veinte pasos del edificio metálico, Monk se fijó con más atención en el terreno. Otro par de huellas se unían a las de las muchachas o, mejor dicho, parecían unirse formando ángulo y continuar.

El cerebro del velludo químico llegó a esta conclusión: alguien, un hombre, había seguido a las dos jóvenes. Tal vez las forzó a enviar un mensaje anunciando que su aeroplano no obedecía a las maniobras. Monk hubiese apostado a que todo era una estratagema.

Las huellas se perdían en la arenilla que bordeaba el hangar. Monk circuló en torno al edificio una vez, notando que las grandes puertas de la fachada estaban cerradas con llave.

Pero una puerta más pequeña que encontró en un lado del edificio, estaba abierta, y penetró por ella.

En el interior del hangar vió un viejo avión de los que volaban diez años atrás. Pero había espacio para dos o tres aeroplanos más, y los espacios estaban vacíos. Era muy posible que el aparato de las muchachas hubiese estado allí.

Monk se puso a andar en torno al viejo aeroplano, examinándolo cuidadosamente. Si Pat y Molly Mason se habían encontrado en un aprieto, que lo descubriera Doc Savage.

El químico miró debajo de las alas y buscó posibles señales en la hélice. Se subió sobre un ala y metió su vulgar rostro por la abertura del fuselaje del avión de tipo abierto.

Los pliegues de un paracaídas de seda salieron por la abertura, formaron un saco sobre la cabeza del feo químico y, éste fué derribado al suelo de cemento a consecuencia de un golpe.

Monk había recibido un puntapié en la cara.

Monk no podía ver y trató de deshacerse de los innumerables pliegues que le envolvían la cabeza. Pero cuanto más forcejeaba, más se enredaba.

Cada vez que se incorporaba sobre sus piernas, el hombre lo volvía a derribar de un puntapié. El agresor no apuntaba a un sitio determinado, aunque parecía tenor preferencia por la cara, el estómago y las costillas.

Enfurecido, Monk agarró la tosca seda, tiró de ella y la desgarró como si fuera paño viejo del vil precie. Por primera vez el químico avistó al joven pelirrojo.

Se apoderó del muchacho, lo derribó al suelo, lo volvió a levantar y lo golpeó repetidas veces contra un ala del viejo

aeroplano.

El pelirrojo jadeó:

—¡Espere! Hay un error.

Monk refunfuñó:

—¡El único error es que vas a necesitar una ambulancia!

—¡Escuche! —exclamó el otro vivamente.— No hay más que uno como usted en el mundo. Usted debe ser la persona que llaman Monk. Pues bien, yo soy Tink O'Neil. Soy el que llamó a Doc Savage.

Fué lo bastante para serenar al químico. Miró de soslayo las facciones flacas y algo grasientas del joven Tink O'Neil.

Luego le preguntó con desconfianza: —¿Cuándo llamó usted a Doc Savage?

—Esta mañana temprano.

—¿Para qué?

—Para informarle del aprieto de Molly Mason y de su prima Pat. El químico sonrió:

—Hubiera sido mejor decirme primero que usted era Tink O'Neil.

Al parecer, Monk admitía que el joven pelirrojo era el muchacho que había llamado a Doc Savage aquella mañana temprano.

Ham había penetrado tranquilamente en el cobertizo mientras Monk interrogaba a Tink O'Neil. Los animales favoritos no estaban con él. Debieron huir al bosque para continuar su pelea. Monk explicaba a Tink O'Neil: —En un momento de abandono-y el Químico señaló al elegantemente vestido Ham,— ese picapleitos entró en la organización de Doc Savage. Es un abogado suspicaz que representa a los maridos que arrojan a sus mujeres escaleras abajo.

A pesar de que se estaba palpando una mejilla contusa, Tink O'Neil sonrió. Pero su sonrisa se convirtió en expresión de disgusto cuando el inteligente Ham comenzó a interrogarlo acerca de la extraña desaparición de las dos muchachas.

El joven operario de la fábrica de acero dio breves explicaciones sobre el accidente que había sufrido en la pista, con su coche de carreras, y refirió la misteriosa y súbita desaparición de J. Henry Mason.

—¿Qué sucede con eso que ustedes denominan el T 3? —

inquirió Ham.

—Esa-informó Tink O'Neil, —es la clasificación de un nuevo acero recientemente perfeccionado en la fábrica. Va a provocar una profunda transformación en la industria del acero. Es el producto más grande que se haya inventado jamás. Pero algo terrible ha ocurrido con el T 3. Figúrese esos trabajadores que se vuelven locos y se llenan de motas rojas...

El joven operario hizo un gesto de impotencia.

—No puedo comprenderlo... —declaró.

Tink O'Neil parecía poder explicar su presencia en el aeródromo privado.

—Fué de aquí de donde partieron. Yo acababa de llegar cuando ustedes aterrizaban. Pensé que probablemente conocían algo del misterio y me escondí aquí, en ese viejo aeroplano para ver lo que hacían-explicó finalmente.

Tink salió del cobertizo.

—Vengan-sugirió, —hay otro campo de aterrizaje al Sur de aquí, cerca de donde vive Molly. Tengo el presentimiento de que han aterrizado allí.

Al hallarse nuevamente en el campo vieron a un gigantón que corría hacia el hangar.

Era un trabajador de acero que llevaba aún su traje de trabajo ennegrecido y sucio y una vieja camiseta medio abierta que le cubría el dorso. Llamó a Tink O'Neil.

—Lo he estado buscando por todas partes, Tink —explicó el sujeto con voz ronca.— Vi a Walter Mason y me dijo que usted venía aquí en busca de las dos muchachas. He venido antes que usted, pero sin duda no le encontré.

Tink explicó su demora en llegar al campo de aviación.

—Un trabajador loco me atacó cuando salía de casa de Mason, y huyó-declaró.

Tink explicó a los ayudantes de Doc quién era el hombre: capataz de uno de los talleres de fundición. Todos se encaminaban hacia el aeroplano en que había llegado Monk.

El joven operario miró rápidamente al hombre:

—¿Cómo van las cosas en el número 5? —preguntó.

El corpulento y hercúleo trabajador sacudió la cabeza.

—Mal —contestó.— Algunos hombres más se han vuelto locos, y

en su cuerpo aparecieron motas rojas. Uno de ellos casi mata a Doc Savage…

Monk dio un salto. Agarró al hombre del brazo.

—¿Doc Savage estuvo en la fábrica? —inquirió con viveza el abogado.

El informante movió la cabeza asintiendo.

—Sí, pero desapareció después de pelear con uno de los locos.

—¡Tal vez Doc se encuentra en dificultad! —explotó el velludo Monk.— ¡Tal vez!…

Los interrumpió un sonido procedente del aeroplano, al lado del cual permanecían de pie. Monk gritó.

—¡La radio! —exclamó.— ¡Apuesto a que son las muchachas!

Saltó al interior del aeroplano mientras los demás esperaban fuera. Y Monk advirtió que no era el aparato emisor de onda corta, sino el detector el que hacía ruido, y accionó un botón que indicó el origen del sonido.

El sonido se hacía cada vez más alto en el instrumento que manejaba.

Monk volvió a accionar también la radio de onda corta, en la esperanza de poder captar un mensaje de las dos muchachas o quizá de Doc Savage; pero no consiguió nada.

Escuchó un momento más el sonido del detector, corrió hacia los que le esperaban y díjoles agitadamente:

—¡He captado un aeroplano que viene hacia aquí!

Ham preguntó:

—¿Intentas alcanzar a Doc?

Monk empezó a decir:

—Claro, pero no me fué posible conseguir…

Y se interrumpió, mirando asombrado. Tink O'Neil y Ham siguieron la mirada del velludo químico.

Monk observaba al hercúleo trabajador de acero que, bañado en sudor, había llegado de la fundición número 5. El sujeto había dicho:

—Escuche, Tink; quería decirle algo acerca de las muchachas. Fueron capturadas por…

Monk explotó.

—¡Santo Dios!

Aun continuaba observando al gigantón.

En la cara del corpulento trabajador empezaron a aparecer motas encarnadas. Aunque hacía calor y todos sentían la temperatura con cierta molestia, el trabajador chorreaba de sudor. Parecía luchar con una fuerza espantosa que se apoderaba de él.

Cuando los presentes lo miraron, la cara del hombre se retorcía de modo grotesco, parecía sonreír, mientras su ojo izquierdo se cerraba en un guiño. Y empezó a soltar una risita, como un idiota, como un loco.

Los horripilantes granos rojos invadieron la parte descubierta de su pecho y se multiplicaron en sus bastas facciones, profirió un grito de loco y se abalanzó sobre el simiesco químico. Pero Monk se apoderó del loco e intentó arrojarlo al suelo. A Monk le era fácil derribar él solo media docena de hombres cuando fuera necesario.

Pero el loco fué quien derribó a Monk, lo levantó y dio muestras de que iba a hacer saltar los sesos del químico de un momento a otro.

Ham gritó, y un objeto apareció de su bastón negro.

Era una espada fina y fuerte, de acero. La punta de la hoja contenía un anestésico que, al más leve contacto con la piel herida, dejaba a la víctima temporalmente inconsciente.

Ham trató de herir con la espada al hombre que luchaba con Monk. La locura había comunicado al sujeto una fuerza sobrehumana, y la sorpresa se mostró en la cara vulgar de Monk cuando vio que no podía vencer al monstruo.

Pero, de repente, el loco se soltó arrojando a Monk como si fuera un perrillo faldero. Haciendo una mueca espeluznante, echó a correr a lo largo del campo de aviación.

Monk corrió tras él, seguido de Ham y Tink O'Neil. Habían recorrido unas cien yardas, cuando el abogado de ojos penetrantes gritó repentinamente:

—¡Miren, miren! ¡El avión!

Monk recordó el sonido del aeroplano captado por el instrumento que tenía en el interior de su aparato. Se detuvo. Para Monk y Ham, el destino de las dos muchachas era más importante que la captura del loco.

Observaron cómo el punto en el cielo aumentaba aproximándose rápidamente al campo de aviación y preparándose para el descenso.

Pero fué el elegante Ham quien exclamó repentinamente:

—¡Hola! ¡Es el aeroplano negro que vuelve.

Se refería al misterioso avión negro que había suspendido la cortina de humo irrespirable cerca del Lago Erie.

Monk dirigió una mirada frenética al loco que corría, luego otra al avión que volaba bajo y se acercaba y chilló:

—¡Dios de la clemencia! ¡Cuidado!

E indicó la boca negra que sobresalía del interior del veloz avión. El estruendo del motor se oyó entonces con fuerza, y, con este ruido, el sonido de las balas procedentes de la ametralladora, una ametralladora manejada por un aviador con anteojos y una máscara negra.

Capítulo VII

DOC DESCUBIERTO

CUANDO Doc Savage salió precipitadamente, sin ser visto, del taller de fundición donde acababa de morir un obrero, volvió al escondite del bosque donde había dejado sus maletas de equipo, y se puso el traje habitual.

Se hallaba recogiendo las tres pesadas cajas para llevarlas de nuevo al aeroplano, cuando se detuvo para mirar una de ellas detenidamente.

Sus ojos entrenados advirtieron que había sido movida una fracción de pulgada. Y por ello Doc examinó todas las maletas.

No observó nada de particular. Todo estaba intacto.

Doc levantó su equipo y regresó al avión.

Pero unos momentos después volvió al mismo sitio con una caja. Es decir, con una caja igual a una de las tres. Sin embargo, y aunque parezca extraño, estaba vacía, y la dejó en el escondrijo del bosque. Más tarde, Doc invirtió dos horas en recorrer en su avión rápido la vecindad, y localizó los dos pequeños campos de aviación.

El primero era el que se encontraba cerca del Lago Erie, donde Monk y Ham encontraron a Tink O'Neil y un trabajador que se había vuelto loco repentinamente.

Todo lo que Doc Savage vio al volar sobre el campo, fué el viejo hangar metálico, huellas de un avión que había aterrizado, aunque no había avión alguno, y un carro cargado de heno frente al borde del campo privado, que pertenecía, con seguridad, a un labrador, propietario de un vasto campo contiguo al aeropuerto.

Doc Savage hizo descender el avión lo bastante para asegurarse de que no había nadie en el campo.

Luego localizó el otro aeródromo a cinco millas al Sur, o sea el

situado cerca de la suntuosa residencia de Molly Mason.

Desde el aire, a lo lejos, se distinguía Buffalo; como asimismo, enfrente y a la derecha, la hilera de edificios de casi una milla de longitud pertenecientes a la inmensa fábrica de acero de J. Henry Mason. De las chimeneas de las fábricas, el humo salía, a aquella distancia, como hilitos diminutos de una cuerda negra.

El segundo campo de aterrizaje también estaba desierto. Desde luego, Doc no sabía que Molly Mason y Pat habían descendido allí para ser capturadas por los tres flacos y siniestros bandidos.

Ni tampoco podía saber que el avión de las chicas se hallaba aún allí, ya que los raptores habían huido en automóvil.

Doc volvió por los alrededores en busca de huellas de sus dos ayudantes y las muchachas o de quienes hubiesen podido capturarlas.

Se encontraba de nuevo muy alto sobre el primer campo, cerca del lago, cuando vio tres manchitas diminutas moviéndose en el campo. El hombre de bronce efectuó un vuelo en picado y se preparó para un rápido aterrizaje. Notó, incluso, cuando lo efectuaba, que las tres manchitas —vio entonces que eran formas humanas,— echaron a correr alocadamente hacia el carro de heno que había visto antes cerca del campo. Las tres figuras desaparecieron debajo del vehículo.

Pero cuando el tren de aterrizaje del avión de Doc tomó contacto con la tierra, las tres formas salieron de debajo de la carga de heno y corrieron hacia el avión del hombre de bronce.

Eran el velludo Monk, Ham y el pelirrojo Tink O'Neil. Cuando Doc descendió del aparato, fué Monk quien exhaló un gran suspiro y exclamó:

—¡Uf, Doc; creíamos que era el enmascarado que volvía en el avión negro! —¿El enmascarado?

Ham refirió lo del misterioso aviador del avión negro que casi los hace trizas a los tres con su ametralladora.

—Por suerte nos metimos debajo de esa carga de heno a tiempo-explicó el elegante abogado. —Había bastante heno para impedir que las balas penetrasen y nos hiriesen.

A Doc le presentaron al joven Tink O'Neil, amigo de J, Henry Mason. Interrogado acerca de la desaparición del rey del acero y de las muchachas. Tink repitió los mismos detalles que diera a los

ayudantes del hombre de bronce. No pudo suministrar ninguna explicación del misterio.

Contaron a Doc lo del capataz que había venido a buscar a Tink, lo de la erupción de manchas rojas y su súbita locura.

Monk añadió:

—Y el individuo escapó cuando el avión negro intentó acribillarnos. Nos fué imposible encontrarlo de nuevo.

Al parecer, Monk y Ham intentaron encontrar las huellas del capataz loco después que el piloto del avión negro los hubo abandonado por muertos. No habiéndolo encontrado, regresaron para estacionar su propio avión en el hangar cercano, donde se hallaba entonces.

Doc escuchó sin decir palabra, luego sugirió:

—Podríamos volver a intentar la búsqueda de ese loco.

Primero, Doc sacó de sus cajas de equipo colocadas en su avión, un par de objetos.

Uno de ellos era un instrumento portátil, de su propia invención, que servía para explorar la luz basándose en el principio de los rayos infrarrojos. Durante la noche, el instrumento podía revelar las huellas invisibles a simple vista.

Ya se hacía de noche. En los bosques cercanos, donde según Ham, había desaparecido el loco, reinaba la oscuridad. Con el revelador de luz, Doc descubrió, pronto, las huellas del obrero loco.

Las huellas conducían directamente al pequeño campo de aterrizaje donde Pat Savage y Molly Mason fueron capturadas por los tres hombres flacos.

En el pequeño aeródromo terminaban las huellas del hombre moteado. Ello era debido a que a lo largo del extremo del campo discurría un riachuelo. En aquel punto terminaban las huellas. Al parecer, el loco estuvo andando por el agua para borrarlas.

—Algún avión ha estado andando sobre ruedas por aquí.

Era Doc el que hablaba. El hombre de bronce se había adelantado más allá del riachuelo, punto en que terminaba el bosque, descubriendo huellas dobles de neumáticos en la alta hierba que crecía entre el bosque y el terreno de aterrizaje.

Todos las siguieron hasta llegar a un viejo granero en ruinas situado a un cuarto de milla del campo, y ante el cual terminaban. El granero se erguía sobre un terreno de cultivo desierto que con

seguridad no se usaba desde hacía años.

El avión de las muchachas se hallaba oculto en el granero.

Fué Tink O'Neil quien exclamó, sin aliento:

—¡Es el nuevo avión que Molly Mason iba a ensayar hoy con Pat!

Doc Savage inspeccionaba ya el aparato de líneas modernas. Al instante descubrió la avería del cable del timón, y se lo mostró a Tink O'Neil.

El joven operario era entendido en aceros. Mientras examinaba el cable detenidamente, Doc preguntó:

—¿Contiene este cable el nuevo T 3?

Tink O'Neil movió la cabeza rápidamente, asintiendo.

—Sí. En efecto, he visto fabricar parte de este producto. Es idéntico a uno de les productos de la fórmula T 3. Se supone que es el acero más fuerte que jamás se ha conocido.

—Y, sin embargo, se rompió —fue el comentario del hombre de bronce.

Tink O'Neil no encontraba la explicación del hecho. Estaba asombrado.

De un chaleco especial que usaba siempre bajo su chaqueta, Doc sacó unas tenacillas muy afiladas, cortó un trocito de cable y se lo guardó en su bolsillo.

Luego todos examinaron el avión en busca de alguna señal que Pat o Molly Mason hubiesen podido dejar en él. No hallaron nada que les pudiese indicar lo que les había ocurrido a las muchachas. El hombre de bronce ordenó a todos que se alejasen e, inclinándose, examinó el suelo pulgada por pulgada.

Finalmente declaró:

—Pat y la otra muchacha han sido aprehendidas por tres hombres de estaturas diferentes. Uno de ellos debía ser bastante pequeño, el otro de estatura mediana y el tercero más alto que los demás, pero de escaso peso.

El hombre de bronce hizo esta deducción comparando las impresiones de los zapatos de les raptores y las dimensiones de estos. La primera serie de impresiones parecía preceder de zapatos muy largos y anchos. Ello indicaba que el que los usaba era alto. Pero Doc sabia que el sujeto no podía ser pesado o corpulento, porque las impresiones hechas por los zapatos grandes eran más

hondas que las demás.

Acto seguido, el hombre de bronce escrutó las huellas producidas por los neumáticos del automóvil. El estilo y las dimensiones de los surcos indicó a Doc que el coche era grande.

En sus múltiples experimentos científicos, el hombre de bronce tuvo ocasión de estudiar millares de impresiones producidas por toda clase de objetos. Midió también la distancia entre los ejes, y de nuevo, con todo cuidado examinó las impresiones hechas por las ruedas delanteras.

A Monk y a Ham explicó: —Las huellas mas profundas precedentes de las ruedas delanteras demuestran que se trata de un tipo de coche de tracción delantera. No existen mas que dos o tres coches de esa clase, pero uno solo que tenga la misma distancia entre los ejes.

Doc mencionó una marca de autos de elevado precio, y repitió su comentario de que los raptores de las muchachas debían ser tres hombres de estaturas diferentes. Luego sugirió:

—Estos datos deberían serviros para descubrir su rastro. Seria una buena idea que Tink O'Neil os acompañase, ya que conoce a Molly Mason.

Lo primero que hicieron fué trasladarse al campo de aviación primitivo y sacar su aeroplano del hangar.

Doc se ausentó momentos después no sin ordenarles que continuaran buscando a las muchachas y el coche de tracción delantera hasta que obtuvieran cierta seguridad en la pista, y les informó que se pondría en contacto con ellos más tarde.

El hombre de bronce volvió a la fábrica de acero y aterrizó precisamente fuera de la pequeña ciudad construida más allá de los rieles del ferrocarril que penetraban en la grandiosa fábrica.

Llegó a tiempo para presenciar el pequeño tumulto que se desencadenaba en las calles de la pequeña ciudad fabril.

Sin ser visto, Doc pasó más tarde por la calle principal. Antes de salir del avión se volvió a vestir con el traje viejo y mugriento de un trabajador. Su cabello era negro y a sus facciones y manos les faltaba el acostumbrado color metálico.

No había más que la calle principal de la ciudad. Media quizá una milla de largo, y dividía el terreno da la fábrica de las hileras de casas similares, ennegrecidas por el humo, donde vivían las

familias de los trabajadores.

Aunque la pelea se desarrollaba en el medio de la calle, las inmensas fábricas funcionaban aún. Los pedidos relativos a los productos fabricados con el T 3 llovían en la fábrica. Por consiguiente, los directores tenían que recurrir a tres turnos de hombres cada veinticuatro horas.

Pero entonces algunos de aquellos obreros abandonaban el trabajo a causa del terror que les infundían las motas rojas y los súbitos ataques de locura de sus compañeros.

Doc llegó al almacén general, donde los hombres discutían y peleaban. Un obrero tosco y corpulento subió sobre los peldaños del almacén, tratando en vano de pronunciar un discurso. Algunos suspendieron la lucha para escuchar al orador. Otros se burlaban, o continuaban peleando con los que trataban de impedirles reanudar el trabajo en los diferentes talleres.

Volaban los ladrillos. Varios de los fornidos trabajadores esgrimían mazas y palos. Un pequeño cupé bajó por la calle y se estacionó. De él descendieron dos hombres uniformados que pertenecían, al parecer, a las fuerzas de policía de la pequeña ciudad.

Pronto volcaron el coche. Despojaren a los policías de sus mazas y armas, y la multitud no hizo más que burlarse de ellos.

Doc Savage estaba escondido en la entrada de una tienda de reparación de calzado que estaba cerrada y se hallaba frente a la multitud desenfrenada. Nadie lo veía mientras observaba al corpulento individuo que intentaba hablar. El hombre parecía expresar sus ideas con sinceridad y presentaba el aspecto de una persona inteligente. Trataba de poner orden en aquel caos.

Impulsivamente, Doc habló. Su voz sonó sobre las cabezas de la multitud en lucha. Por extraño que pareciera, nadie pudo localizar el origen de aquella voz imperiosa y decidida.

El gigante de bronce empleó la ventriloquía, de la cual era un adepto. Sus palabras redujeron al silencio a los hombres que peleaban. Se asombraban del tono profundo de las palabras.

—Dejad que hable vuestro jefe-sugirió Doc. —Es más prudente resolver este problema con razones que darse a la pelea. Dadle al menos una oportunidad.

El orador situado en los peldaños del almacén no tenía idea del

sitio de donde procedía aquella voz. Pero le proporcionó la pauta que necesitaba, e inmediatamente la aprovechó.

Con seriedad, dijo:

—Obreros, continuar hablando de abandonar el trabajo equivale a un suicidio. Es el único medio de vida con que contamos. ¿Queráis moriros todos de hambre?

Alguien gritó:

—¡Claro que no! ¡Pero tampoco queremos morir como perros rabiosos, como los que murieron al ser atacados por la enfermedad!

Otro de ellos expresó su aprobación a gritos.

—¡Claro! ¡Quizá la enfermedad de las motas rojas nos ataque a todos, incluso a nuestras familias... y entonces, ¿qué será de nosotros? ¡Moriremos todos!

Se oyeron nuevos gritos de asentimiento.

Pero el orador que se hallaba de pie en los peldaños de los almacenes generales, alzó la mano. Tenía el rostro contraído y torvo.

—¡Escuchad! —gritó.— Hay algo que vosotros no sabéis. Hay un hombre que ha llegado a la ciudad y que es capaz de detener esta enfermedad amenazadora. Puede ayudarnos. Es...

Alguien rió a carcajadas.

—¡Bah! ¿Qué bien han hecho nuestros médicos? ¡No pueden siquiera imaginarse qué clase de enfermedad es!

Les hombres reanudaron las discusiones.

El orador vio que volvía a perder ascendiente sobre ellos por segunda vez. Enfurecido, gritó:

—¡Escuchad! El hombre de que os habla fué visto en el taller número 5 hoy mismo. Puede ayudarnos. ¡Es Doc Savage!

Un silencio repentino reinó entre los obreros.

Luego empezaron a hablar con rapidez. De repente, alguien preguntó en voz alta:

—Muy bien. ¿Dónde está ese Doc Savage? ¡Queremos verlo!

Doc Savage continuaba aun fuertemente apoyado de espaldas contra la puerta de la zapatería. Reaccionó enseguida al oír las palabras del obrero. Su mente ágil vio un cuadro espantoso de desorden y miseria.

Hombres abandonando el trabajo, el cierre de la fábrica por falta de brazos, el hambre apoderándose de mujeres y niños. Aquellos

obreros sólo tenían una fuente de ingresos: ¡el acero!

Y, sin embargo, existía la amenaza de la terrible enfermedad de las motas rojas, la horrorosa locura que había atacado ya a varios obreros. Naturalmente, aquellos hombres pensaban en sus familias, en el terror que podía deshacer sus propios hogares. Era indudable que ninguno estaba a salvo; era imposible decir con exactitud dónde descargaría la amenaza la próxima vez.

Doc Savage decidió revelarse por sí mismo. Sus manos emplearon rápidamente una substancia que extrajo de uno de sus bolsillos. Era una materia semejante a la potea y que tenía por virtud borrar de sus facciones metálicas la grasa y el hollín. Se preparó para adelantarse y dirigirse en persona a la multitud.

Pero en aquel preciso instante, la puerta oscura contra la cual apoyaba sus espaldas se abrió de sopetón, y unas manos que parecían zarpas de acero, se hundieron en los hombros del hombre de bronce. Otras manos poderosas asieron el cuerpo del hombre de bronce por varios sitios. Algo que despedía un olor a cloroformo cayó sobre su boca y su nariz y fué introducido en el almacén por unas doce figuras voluminosas que se movían silenciosamente.

La puerta se cerró sin ruido. Doc fué rápidamente trasladado a una habitación más pequeña situada en el fondo. Las ventanas de la segunda estancia estaban cubiertas con viejos harapos clavados en los marcos. En la parte alta ardía una luz.

El hombrecillo flaco de rostro lúgubre se hallaba de pie a un lado mirando al hombre que introducían a rastras en la habitación. Habló con voz sin expresión.

—Va bien —dijo.— Y ahora, un par de vosotros saldrá de aquí para buscar camorra en cualquier otro sitio y alejar a la multitud.

Capítulo VIII

PREGUNTAS

DOC Savage yacía silenciosamente en el suelo de la pequeña estancia. Los pocos muebles que había en el lugar fueron apartados a un lado.

El hombre que había aplicado el trapo empapado de cloroformo a la cara del hombre de bronce, se levantó bruscamente y arrojó el paño en una vasija metálica, que tapó en el acto. Con una sonrisa dijo:

—Ha perdido por completo el sentido, Wart. Tan pronto como los muchachos hayan dispersado a la multitud, podremos trasladar a este bronceado.

Wart asintió con la cabeza, sin que su rostro sombrío denotara la menor impresión.

Todos los hombres que se encontraban de pie contemplando a Doc Savage, eran hombres altos y fornidos, de duras mandíbulas y mirar sombrío. Podía verse que muchos estaban vestidos como obreros de la fábrica, aunque se asemejaban más bien al tipo de hombre que jamás ha hecho una buena acción en su vida.

Todos empezaron a felicitarse mutuamente por la suerte que les había asistido en la captura de Doc Savage.

Pero el diminuto Wart contestó:

—No sería para reírnos si se despertara el hombre de bronce. ¡Vigiladle, idiotas!

Los hombres enmudecieron y permanecieron de pié en torno a la figura tendida del hombre de bronce, temerosos de que Doc Savage despertara.

Uno de ellos miró de soslayo a Doc, y contempló el poderoso cuerpo durante un largo momento.

—¡Diantre! —explotó.— ¡Me parece que está muerto! ¡Ni siquiera respira!

El diminuto Wart permitió que una breve sonrisita alterara sus facciones sombrías.

—¡Magnífico! —exclamó.— Esto va a evitarnos un dolor de cabeza. Ese demonio parece una locomotora cuando se encuentra sobre sus piernas.

Fueron interrumpidos por el regreso de dos hombres enviados momentos antes a provocar un tumulto en otro sitio con el fin de alejar a la multitud de la localidad. Uno de los llegados anunció:

—El camión está afuera, patrón. —Indicando con un gesto de la barbilla a la figura inmóvil de Doc, añadió:— ¿Todo preparado?

El pequeño Wart asintió con la cabeza.

—Mételo en el camión-ordenó.

Seis de los bandidos levantaron a Doc y lo sacaron por una puerta situada al fondo de la pequeña habitación. Las puertas traseras del espacioso camión estaban ya abiertas. Bajaron una puerta de arriba y arrimaron el camión a la puerta del almacén. El hombre de bronce fué depositado en el suelo del vehículo. Nadie hubiese podido ver exactamente lo que se llevaba a efecto.

El vehículo parecía ser un amplio camión para transportar caballos. Pero los compartimientos habían sido desmontados, y el interior era ahora un vasto espacio con alguna paja en el suelo. A cada lado del camión había ventanas con barras de hierro en cruz. Las aberturas servían para la ventilación de los caballos que se transportaban.

Un momento antes de que las puertas traseras se cerraran de nuevo, el diminuto y flacucho Wart dio severas órdenes.

—La mitad de vosotros irá en el sedán —sugirió.— Estaré con vosotros. Seis hombres bastarán para vigilar al hombre de bronce. Nos encontraremos en el sitio de costumbre.

Y así diciendo, Wart saltó del camión, después de lo cual se cerraron las puertas traseras desde el exterior. Alguien se metió en el compartimiento del chófer, el vehículo donde iba el chófer constituía una unidad separada del amplio camión por un tabique de acero, y el camión empezó a alejarse con ruido infernal.

Pronto abandonó la única calle principal de la ciudad fabril emprendiendo una ruta escabrosa y sucia.

Pero Doc Savage se levantó del piso del camión sin hacer el menor ruido.

Doc asió por las piernas a dos hombres que se apoyaban en un costado interior del camión. Lo demás sucedió con velocidad vertiginosa.

Los dos hombres, sorprendidos, cayeron sobre el piso. Los temibles puños del hombre de bronce golpearon dos mejillas. Los bandidos se desplomaron sin un grito.

Pero los otros cuatro hombres que se hallaban en el compartimiento con el hombre de bronce oyeron los puñetazos. Sólo un poco de luz nocturna, muy tenue, penetraba por entre los barrotes de las ventanas, y los cuatro se acercaron de un salto a Doc Savage, mientras uno de ellos preguntaba, rezongando:

—¿Qué diablos os ocurre?

El sujeto no había visto aún a Doc Savage de pie.

Doc golpeó al bandido una sola vez. Dirigió su atención hacia los otros tres mientras el hombre que acababa de golpear vacilaba sobre sus piernas antes de caer.

Los tres restantes poseían una ligera ventaja sobre sus compañeros. Al fin sabían que sucedía algo tremendo. Se abalanzaron con los puños levantados y la cabeza agachada para protegerse contra el hombre de bronce.

Fué un error. Debieron haber intentado vencer al gigante de bronce por cansancio.

Desde su tierna infancia, el hombre de bronce, junto con su rígido entrenamiento mental, había aprendido el arte de la defensa propia.

Doc demostraba ahora un poco de lo que sabía.

El grupo que luchaba y forcejeaba moviéndose de un lado a otro, parecía estar compuesto por tres cabras monteses atacadas por una pantera de prodigiosa agilidad. Allí había de todo: gritos, blasfemias y puñetazos.

Doc no decía nada, sino que se movía con tremenda rapidez. Tras un momento los cuerpos se apartaron velozmente de él por la tangente. Cada tangente era un hombre que continuaba moviéndose en línea recta hasta chocar contra un lado del camión. Luego, se fueron desplomando uno a uno.

Doc contempló a les seis hombres sin conocimiento esparcidos

en torno suyo. Se acordó de la voz de uno de ellos y dirigiéndose al tabique de acero que le separaba del compartimiento del chófer, empezó a golpearlo.

El ruido que hacía el camión al correr sobre la escabrosa ruta impidió que el chófer se diera cuenta de lo que sucedía detrás de él. Doc tuvo que golpear durante un buen momento para ser oído.

Imitando entonces lo mejor posible la voz del bandido, Doc gritó:

—Para este armatoste un momento, ¡Ese hombre de bronce va a despertarse y tenemos que buscar una cuerda!

El camión empezó a disminuir su velocidad sin que el chófer conociera la suerte de sus compañeros. Quedaría tan sorprendido como ellos cuando abriera las puertas traseras.

Pues Doc Savage no sufrió les efectos del cloroformo cuando intentaron administrárselo en la tienda de reparación de zapatos. En el mismo instante de sentirse aprehendido por innumerables manos fuertes, Doc Savage contuvo el aliento. La práctica permitía a Doc contener el aliento por más tiempo que cualquier buscador de perlas de los mares del Sur.

Y desde el instante de su captura sólo habían pasado muy pocos momentos.

Luego, cuando le quitaron el paño empapado en cloroformo, Doc se las arregló para llenar sus pulmones, una vez, de aire fresco. Inmediatamente después asumió un aspecto de muerto.

Era tan extraordinario el dominio muscular que el gigante de bronce poseía de su cuerpo bien entrenado que podía hacerse pasar por muerto durante cortos espacios de tiempo. Ello incluía el perfecto control de los músculos del tórax, en virtud del cual Doc hacía ver que había dejado de respirar.

Cuando hizo creer a los doce fornidos bandidos que estaba sin conocimiento, o muerto a causa de la droga, Doc tenía un propósito. Esperaba encontrar al jefe de la banda. Pero ahora estaba convencido de que el diminuto y flacucho individuo llamado Wart, no era más que un instrumento al servicio de alguien más elevado, y esperaba dilucidar este hecho haciendo hablar a los cautivos que conservaba en el inmenso camión.

El vehículo se detuvo.

Doc oyó cómo el chófer descendía y se encaminaba a la trasera.

Alterando la voz nuevamente, Doc dijo con aspereza:

—¡Date prisa!

La pesada puerta trasera del camión bajó. Las puertas se abrieron de par en par.

El hombre que se hallaba de pie en aquel sitio, era casi tan corpulento como Doc Savage. Los músculos sobresalían de su ancho tórax y de sus hombros desnudos como bloques de cemento. Sonreía como un idiota, y llevaba las motas rojas de los locos.

De un salto subió al camión en busca de Doc Savage.

Como es natural, el hombre de bronce supuso que habría lucha tan pronto como el chófer abriera las puertas y advirtiera que sus compañeros estaban sin sentido, Doc estaba dispuesto para una pelea.

El individuo era fuerte como un toro. Hizo presa en los hombros del hombre de bronce, encogió los dedos como garras de acero y cayó de espaldas. Al parecer, se figuró poder sacar así a Doc Savage del camión y derribarlo a tierra, donde habría terreno bastante para luchar.

Cometió un error. No dio el valor debido a la capacidad del hombre de acero. Y fué el hombre moteado de rojo, y no Doc, quien cayó de espaldas sobre el polvo del escabroso camino.

Doc Savage cayó de cabeza sobre él. Lo que sucedió después fué fantástico y espeluznante. A pesar de su poderosa corpulencia, recibió golpes y sacudidas como una muñeca de trapo en las garras de un buldog.

Cuando finalmente Doc lo soltó, el corpulento individuo, con su pecho desnudo comenzó a dar vueltas de un lado a otro vacilando, y a mirar asombrado. Necesitó varios segundos para saber si andaba con la cabeza o con los pies.

Mientras tanto, el puño de Doc partió como una bala. La claridad era deficiente y el hombre moteado vio el puño demasiado tarde, pues lo volvió a derribar de espaldas.

A Doc Savage no le era difícil ver en la oscuridad. Durante largos períodos de tiempo se ejercitaba en fortalecerse la vista. Veía tan bien en la oscuridad como a la luz.

Se agachó para recoger al hombrón. Este podía estar loco, pero aún conservaba una buena dosis de razón para saber que la fuga era súbita y urgentemente imperativa. Se levantó, pues, de un salto y

corrió como alma que lleva el diablo introduciéndose en los bosques que rodeaban el lugar solitario donde se encontraba detenido el inmenso camión.

La oscuridad era muy densa en aquellos bosques. Al mismo Doc le hubiese sido algo difícil perseguir al hombre moteado de rojo.

Así, pues, recurrió con rapidez a una cajita metálica instalada en la cabina del camión, de la que sacó una luz de bengala roja como las que llevan todos los camiones, y abriéndola por un extremo iluminó el paraje. Doc vio desaparecer la figura del hombrón en el bosque y corrió tras ella.

Pero quince minutos después regresaba al camión sin su presa. El hombre se había desvanecido como el humo en el aire. Era muy posible que el hombrón hubiese encontrado un auto en otra ruta que Doc había visto detrás de aquella porción de bosque. O quizás hubiera por los alrededores algún escondite cuyo descubrimiento requiriese muchas horas, algún lugar fácil de ocultar en medio de la vegetación. Era más urgente volver al camión estacionado en la ruta, pues a Doc le interesaba interrogar a los seis bandidos capturados.

Cuando regresó y se introdujo en el camión, dos de los bandidos comenzaban a agitarse.

Doc agarró al que parecía más inteligente de los dos y lo levantó. Al otro lo hizo dormir de nuevo con un corto puñetazo a la mandíbula. Los cuatro bandidos restantes no habían vuelto aún en sí.

Al único que estaba despierto, díjole el hombre de bronce:

—Dime lo que sepas de Wart y adonde ha ido.

El interrogado, que estaba de pie, miró con asombro de Doc.

—¡Vete al diablo! —exclamó, irritado.

Se veía que no estaba dispuesto a contestar a ninguna pregunta a pesar de lo que le había ocurrido. Había en el fondo de sus ojos una expresión tal que indicaba bien su temor en revelar informes.

Del bolsillo del chaleco que siempre llevaba puesto debajo de su chaqueta, el hombre de bronce sacó una brillante agujita hipodérmica. El instrumento contenía un líquido inyectable inventado por Doc.

Era una fórmula que Doc denominaba "suero de la verdad" y que siempre usaba en los individuos belicosos que se negaban

frecuentemente a hablar. El "suero de la verdad" era una droga que afectaba cierta parte del cerebro y que obligaba al sujeto inyectado a responder a todas las preguntas fielmente.

Doc administró el suero.

Tras un momento, el hombre de bronce interrogó:

—¿Cómo te llamas?

—Slugger McCoy.

—¿Profesión? —continuó Doc.

El hombre rió.

—Me dan cincuenta dólares diarios por esto-declaró, mostrando sus puños poderosos. —El patrón nos mandó a todos a Nueva York.

—¿El patrón?

—Sí, Wart. Es un buen tipo, ese pequeñuelo.

—¿Y por quién trabaja Wart? ¿Quién es el gran patrón?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Nosotros sólo recibimos órdenes de Wart. Mientras me paguen, poco me importa que sea el mismo Ratón Mickey quien persiga esa fórmula.

Los ojos de Doc estaban pensativos. Durante un momento no dijo nada. Luego preguntó:

—¿Dónde está J. Henry Masón? ¿Qué le ha sucedido?

La sonrisa del hombrón se ensanchó.

—Hermano, su sospecha es como la mía. Bien podría ser un granuja ese rey del acero, por lo que he oído decir. En fin, lo que sé es que Wart va a apoderarse de la fórmula y que vamos a obligar a hablar a unos cuantos con amenazas.

Por dos veces el hombre se refirió a la fórmula del T. 3. Pero había algo relacionado con ella que no indicó.

Doc observó:

—Los casos de locura están relacionados con el T. 3. Explícame esto.

Los ojos del sujeto mostraron verdadero asombro al contestar francamente:

—Escuche, yo me alejo de esos locos. Eso no entraba en nuestro convenio y no sé qué pensar. Pero también nos han pagado por eso.

—¿Qué quieres decir?

El hombrón rió.

—Varios de los muchachos, los más altos y fornidos, se han comprometido a imitar a los obreros locos.

La sospecha que había albergado el cerebro del hombre de hombre se convirtió en hecho positivo. Inquirió:

—El chófer de este camión tenía que imitarlos también ¿verdad?

—Sí.

Otras preguntas indicaron a Doc Savage que su cautivo desconocía en absoluto el paradero de J. Henry Masón. Incluso intentó saber algo de las muchachas, Pat y Molly Mason; pero era indudable que habían sido capturadas por algún otro grupo que actuaba por cuenta del misterioso promotor de aquel asunto.

Una última declaración obtuvo Doc del individuo que acababa de recibir el "suero de la verdad", pues dijo:

—Me parece que Wart posee ya la fórmula. Lo digo basándome en el modo de cómo actuó esta noche.

Doc dijo tranquilamente:

—¿De veras?

Y luego, con indescriptible velocidad, asió al hombre y empezó a comprimirle con un dedo ciertos nervios del cuello, hasta hacerle perder el conocimiento. Así permanecería por espacio de algún tiempo.

Doc Savage empleó el mismo tratamiento con los otros cinco bandidos. Luego, después de cerrar las puertas traseras del camión, condujo a sus cautivos al cuartel general de policía de Búffalo, donde los entregó con el ruego de que quedasen detenidos.

Ya era de mañana cuando Doc Savage volvió a la ciudad fabril. A las ocho fué a visitar al director encargado de la vasta fábrica durante la extraña desaparición de J. Henry Mason.

La misión de Doc se relacionaba con los accidentes que sobrevenían donde quiera que se producía o empleaba la nueva fórmula de acero T. 3.

El cautivo de Doc había dicho indudablemente la verdad, en el camión, al manifestar que el flacucho Wart debía poseer ya la referida fórmula.

Era muy posible que existiera una sustitución y que el nuevo acero se estaba fabricando según una fórmula no inventada realmente por J. Henry Mason.

Pero más tarde, después de un examen de la inasequible e impenetrable caja de caudales instalada en las oficinas generales de la fábrica, Doc Savage se aseguró de que la verdadera fórmula T. 3

no había sido sustraída.

Capítulo IX

EL DESCUBRIMIENTO DE DOC

RENNY llegó a la ciudad fabril. Se encontraba con Doc Savage en las oficinas generales de la fábrica cuando se abrió la bóveda y se confirmó que la fórmula estaba en su sitio.

Con voz sonora y profunda, Renny declaró:

—¡Por mi salud! Esta fórmula vale millones. Emplea un método en que nadie, hasta ahora, ha pensado jamás para la producción de un acero más fuerte y flexible y no obstante más ligero en peso que cualquiera de los mejores aceros conocidos.

Doc Savage asentía con la cabeza. Pues Renny era el ingeniero de la organización de el hombre de acero. Era probable que supiera de aceros mas que cualquiera otro especialista de la inmensa organización del acaudalado J. Henry Mason.

Además, el coronel John Renwick —titulo completo de Renny— era un personaje que causaba sensación. Su estructura personal seguía las mismas líneas que muchos puentes por él trazados. Hombre gigantesco, cuya estatura casi alcanzaba la de Doc Savage.

Renny y Doc permanecían de pie en la amplia estancia abovedada hablando con dos empleados de la importante fábrica de acero. Uno de ellos era de aspecto frío y severo y tenía el cabello de un color gris acerado. Director de la gran fábrica, asumía el control completo de la misma durante la misteriosa desaparición de J. Henry Mason, el presidente millonario. Se llamaba Leidenberg, dijeron a Doc.

Poseía un rasgo sobresaliente: la arrogancia, y lo demostraba en aquel momento.

—Como puede ver-profirió Leidenberg, —la fórmula T. 3 se halla en completa seguridad. Lo que se dice con respecto a un

posible hurto es una verdadera idiotez.— Agitó la mano en dirección a un hombrecillo de aspecto inteligente que se encontraba con ellos en la bóveda, y prosiguió: —Opino que deberíamos cerrar las fábricas hasta que regrese míster Mason. La amenaza que constituyen estos casos de locura es superior a nuestras fuerzas. ¡Todos estamos expuestos!

El grave director de la fábrica pronunció las últimas palabras casi gritando y comunicando a su cuello y a su hombro una contorsión particular, hábito nervioso, sin duda alguna que se manifestaba en él cuando se sentía contrariado.

Pero el hombrecillo a quien habló no estaba contrariado en modo alguno. Parecía un gallito de pelea muy orgulloso metido en un sombrero de paja de alas duras. En mangas de camisa y con su chaleco hubiérase dicho un triunfador que podía estar en todas partes en el mismo instante. Esa era precisamente su misión.

Doc y Renny supieron que el inteligente hombrecillo era Willie Watt, superintendente de la fábrica y tan terco y duro como convenía. Tenía que serlo, en un asunto como el del acero.

Willie Watt replicó:

—¡Cerrar la fábrica! ¡Vamos! Tenemos cien pedidos que ejecutar. Tenemos mil obreros que dependen de esos pedidos para adquirir alimentos y vestidos para sus niños. —Willie Watt sacó de su chaleco uno de los numerosos lápices que guardaba y lo agitó delante de las largas narices del director de la fábrica.— Y escúcheme, Leidenberg, ¡usted no puede cerrar los talleres sin una orden de J. Henry Mason!

Las austeras facciones del director enrojecieron. Parecía que iba a explotar.

Pero el pequeño Willie Watt continuó agitando su lápiz, y prosiguió:

—¡Y otra cosa! Estamos acabando de liquidar el importante pedido para la construcción de un muelle de acero en las proximidades de Atlantic City. El trabajo está prácticamente terminado. Y tenemos tres contratos más de planchas destinadas a otra flota de petroleros de Great Lakes. ¿Qué diablos le ocurre, Leidenberg?

Renny dirigió una mirada a Doc Savage, pues antes de salir de Nueva York, el hombre de bronce dijo al ingeniero de su

organización algo acerca del T. 3 y los grandes cambios que iba a provocar en ciertas fases del trabajo del acero.

Debido a haber estado contratado como asesor en la construcción de un nuevo túnel bajo el East River, en Nueva York, Renny no pudo salir con Doc Savage, y de ahí el retraso en su llegada aquella mañana.

Doc declaró:

—Caballeros, tal vez no tengamos que cerrar la fábrica. —El hombre de bronce indicó el voluminoso paquete de papeles valiosos relacionados con la fórmula del T. 3.— Míster Renwick, aquí presente, desearía estudiar éstos documentos. Más adelante, sería una buena idea que pudiera trabajar temporalmente en uno de sus laboratorios. Quizá descubra la causa del misterio del T. 3 y los defectos que se acumulan sobre esta fórmula.

—¡Magnifico! —profirió Willie Watt.— Estoy seguro que Renwick es el hombre que necesitamos.

Doc Savage y Renny, el ingeniero, eran muy conocidos de los dos oficiales de la fábrica. Ambos conocían, además, la amistad que existía, en el pasado, entre Doc y J. Henry Mason. Y el nombre de Renny como experto había aparecido frecuentemente en memorias y documentos publicados por una sociedad de ingenieros americanos muy conocidos. A Doc le habían informado ya que a él y a su ayudante se les iba a dar plenos poderes en la vasta fábrica.

Doc se encaminaba ya hacia la ancha puerta de la bóveda y observó:

—Renny podría empezar desde ahora.

Leidenberg, el director, sonrió. Trató de disipar los comentarios del pequeñuelo y vivo Willie Watt diciendo:

—Claro, estaba pensando en los obreros y en los horrorosos casos de locura. Quizá solucionemos todo bien dentro de poco tiempo. ¡Así lo espero! —terminó con un suspiro.

—Volveré pronto —declaró Renny. Y mirando a Willie Watt.— Empezaré por el laboratorio experimental, si no le importa.

Doc, Renny y el audaz superintendente salieron de la bóveda atravesando las grandes oficinas, recorrieron un corredor y llegaron a los largos laboratorios rodeados de cristales. Allí no había humo ni tizne como en las fábricas y talleres de fundición. Detrás de los tabiques de cristal, numerosos jóvenes aseados y provistos de

delantales de goma operaban con tubos de prueba sobre las mesas del laboratorio. Componían el cuerpo de ingenieros que experimentaban constantemente sobre el acero.

A la puerta del laboratorio, el hombre de bronce se detuvo y entregó una pequeña cápsula al corpulento Renny, diciéndole:

—Una simple medida de precaución.

Aunque el pequeño Willie Watt le mirara con viveza, no explicó su comentario. El listo y diminuto "super" enderezóse el cascado pajizo sobre la cabeza, miró a Renny y dijo:

—Venga, pues.

Doc Savage salió del edificio y empezó a recorrer la única calle principal de la ciudad fabril. Pasó por delante de la zapatería donde le atacaran la noche anterior. Las ventanas del pequeño establecimiento estaban cerradas con tablas, y el hombre de bronce se acercó a un hombre que se hallaba de pie a la orilla de la acera.

—¿Han cerrado esta tienda? —inquirió.

El hombre se sobresaltó un tanto al volverse y descubrir a Doc Savage. De gran estatura también, se sorprendió de la talla gigantesca del hombre de bronce.

—Sí, está en venta-declaró el interpelado. —El dueño se trasladó a otra ciudad fabril, hace dos días.

Doc murmuró:

—Gracias —y continuó su camino.

Doc Savage volvió a los bosquecillos situados fuera de la ciudad fabril, y se dirigió en busca de la maleta que había dejado escondida entre los arbustos.

Durante largo rato, el hombre de bronce permaneció contemplando la maleta antes de inclinarse sobre ella y abrirla. Sus ojos dorados eran pensativos.

Luego manipuló la cerradura y abrió la maleta de modo que quedaran expuestas caja y tapa sobre el terreno. Era la maleta vacía que había dejado antes en aquel sitio del bosque. Para una maleta de equipo, bien vacía estaba. Doc mostró gran interés en el examen de su interior. Un segundo después se vio por qué.

Los dedos de Doc exploraren la parte de forro correspondiente a uno de los ángulos de la caja. Se oyó un suave "clic" e inmediatamente se levantó el fondo entero de la pieza. Un segundo fondo, idéntico al primero, apareció a la vista. ¡La maleta tenía

doble fondo!

Y escondida entre el fondo falso y el verdadero había una cajita negra del espesor de un emparedado y casi tan cuadrada como éste.

Unos diminutos lentes redondos sobresalían de un lado del objeto, y cuando Doc recogió éste, pudo verse que la lente encajaba perfectamente en un agujerito hecho en la tapa de la caja.

El pequeño objeto parecía ser una cámara fotográfica; Doc Savage la había colocado en el suelo de modo que la lente enfocara a la persona que tuviera la curiosidad de inclinarse sobre un objeto que pertenecía al hombre de bronce y que éste había escondido en el bosque.

Doc volvió luego a su avión, que aún se hallaba en el campo de aviación, no lejos del bosque, y localizó la cajita portátil que contenía líquidos reveladores y placas positivas.

Luego bajó unas cortinillas para impedir que la luz entrara por las ventanas del avión.

Quince minutos después contemplaba una imagen revelada en el positivo.

Capítulo X

PERSEGUIDO

DE repente, el altavoz de la radio de onda corta sonó en la cabina de piloto, en la parte delantera. Doc se dirigió a aquél sitio y manipuló varios botones.

Poco después se oía la voz de Monk.

—¿Doc? ¿Estás bien?

Doc Savage manifestó que se encontraba en las cercanías de la fábrica de acero.

—Estamos tratando de alcanzarte, Doc. Creo que hemos localizado a Pat Savage y a Molly Mason. Tink O'Neil dice...

—¿Donde están? —preguntó Doc.

Monk mencionó una ciudad costera situada en las orillas del Lago Erie.

—Las hemos seguido hasta el punto de embarque de petroleros situado en el lugar desde donde hablo —continuó diciendo, excitado, el químico.— Vamos a subir a bordo de uno de esos infernales petroleros y a armar una bronca de todos los demonios...

Una voz más tranquila interrumpió bruscamente la de Monk. Era la voz de Ham.

—Lo que necesitamos en realidad por el momento es tu ayuda. Hemos localizado un petrolero de nuevo tipo que parece estar listo para darse a la mar muy pronto. Pero el buque es casi inasequible. Con las escotillas bien cerradas es prácticamente imposible entrar en él. Sin embargo, Tink cree que las muchachas se encuentran a bordo. Quizás puedas ayudarnos. El hombre de bronce preguntó: —¿Cuándo crees que salga ese buque? ¿Conoces su destino?

Ham sólo contestó a la primera pregunta.

—Creo que saldrá al anochecer —repuso.— Pero, escúchame,

Doc; Tink O'Neil dice que quizá conviniera que vieras a Walter Mason, primo de Molly, en la propiedad de Mason, cerca de las fábricas de acero. Tink me asegura que Walter sabe algo de estos petroleros. Al parecer, Mason posee varios de ellos y ha estado suministrando planchas de acero para las cubiertas de otros. Walter debe saber a dónde se dirige el que nos interesa. Se llama " Mary L."

Doc manifestó que se apersonaría en aquel lugar antes del anochecer y cortó la comunicación.

Uno de los empleados de la fábrica había hablado a Doc acerca del obeso y perezoso Walter Mason.

—El muchacho no es tonto —habíale dicho el empleado— pero es perezoso. Como todos los que trabajamos en las fábricas, forma parte de la familia. Todos somos parientes y tenemos algún interés en el negocio. La otra noche celebramos una reunión sobre la desaparición de J. Henry Mason, pero Walter estaba demasiado cansado incluso para asistir a ella.

Y, sin embargo, el hombre de bronce consideró conveniente entrevistarse con Walter Mason, siguiendo el consejo de Tink O'Neil. Puesto que Walter vivía en la propiedad de Mason, era muy probable que conociera los asuntos privados de J. Henry Mason mejor que los empleados, parientes suyos, que trabajaban en la fábrica.

Debía tener alguna idea acerca de la extraña desaparición del rey del acero.

Pero antes de abandonar el avión, Doc cambió algo su atavío. Llevaba un traje ordinario, pero añadió un sombrero. Por extraño que parezca, aquel simple acto cambió considerablemente la apariencia del gigante de bronce.

Pues Doc Savage nunca usaba sombrero. Si lo usaba, ocultando así su raro cabello de color de bronce, su fisonomía quedaba sorprendentemente alterada. Y en aquel momento, Doc tenía razones para no hacerse demasiado conspicuo.

Las razones constituíalas la diminuta instantánea que sostenía aún entre sus dedos.

Doc sabía que lo habían perseguido. Sabía que alguien había descubierto su identidad mucho antes de haber revelado su presencia a sólo unos pocos oficiales de la fábrica de acero.

Aquella persona, según lo demostraba la imagen impresa en la

placa, era el hombre enmascarado.

Es todo lo que decía la instantánea.

Doc Savage fué perseguido cuando abandonó el avión. No empleó su avión rápido por la sencilla razón de que deseaba que su visita a la propiedad de Mason fuese lo menos espectacular posible.

No quería atraer inmediatamente la atención sobre su persona. Como siempre, a Doc le repugnaba la publicidad.

El modo cómo Doc fué perseguido, era único.

Fué necesario que el hombre de bronce siguiera un camino que conducía a un lugar apartado de casas de labradores esparcidas. Tras un momento, el camino cruzaba una ruta pavimentada que conducía a un sitio cercano al camino principal que pasaba por la inmensa propiedad de Mason.

Había más granjas, y fué un labrador que iba en auto a Búffalo quien recogió a Doc Savage y le indicó el camino que llevaba a la propiedad de Mason.

El cartero rural que viajaba en el viejo auto seguía a Doc a una distancia respetable. El pequeño y viejo auto tenía el techo levantado, pero el conductor llevaba el sombrero bajado sobre los ojos, aunque una buena parte del cuerpo de aquél se hallaba aprisionado detrás del volante.

De vez en cuando, el cartero rural se detenía ante una de las cajas metálicas atadas a postes situados al exterior de varias granjas por delante de las cuales pasaba.

Al parecer, metía el correo en aquellas cajas.

Pero lo que en realidad introducía en ellas eran ediciones de viejos periódicos que cogía de un paquete colocado a su lado.

A la entrada de la solitaria mansión de Mason, Doc Savage abandonó el auto del labrador y subió a pie la serpenteante calzada que conducía a la casa. Pasó al lado de un jardinero que trabajaba cerca de la veranda y le preguntó por Walter Mason.

El jardinero lo condujo hacia la trasera de una amplia casa y le indicó una terraza de césped muy bien cuidado. Luego se encogió de hombros y comentó:

—Míster, si J. Henry Mason no vuelve pronto, ese hipopótamo de Walter va a morirse de sueño. Doc avanzó a lo largo de la terraza. Walter Mason, el sobrino del millonario desaparecido, hallábase tendido en una hamaca protegida por dos sombrillas de

playa. Las sombrillas estaban colocadas de modo que el sol, en su carrera, no le diese en los ojos. A su lado, sobre una mesa cubierta con un cristal, había un vaso lleno de una bebida refrescante sujeto por cubitos de hielo colocados en un amplio recipiente.

Walter Mason abrió los ojos, que parecían botones brillantes incrustados en una calabaza redonda. —¡Hola, hola!— dijo perezosamente. Doc dijo:

—¿Me permite una pregunta? Walter bostezó, pareció reflexionar y entonces contestó: —Quizá.

Desde su cómoda hamaca observaba a Doc, y éste advirtió que los ojos que le escrutaban eran bastante alertas para un individuo tan gordo.

A pesar de su extraordinaria gordura, las facciones de Walter indicaban que debía tener un cerebro bastante inteligente. Doc recordó que, en muchos casos, la gente gorda es la más aguda en entendimiento.

De repente, Walter Mason se estremeció, es decir, toda una parte de su persona empezó a vibrar como resultado de su brusco movimiento. Se incorporó... y la hamaca por poco se viene abajo.

—¡Oiga-exclamó, —usted es Doc Savage! ¡He visto muchos retratos suyos!

Doc movió la cabeza, asintiendo, sin cambiar de expresión.

—Tal vez ahora contestará a mi pregunta.

—¿Su pregunta? —preguntó el obeso, extrañado.— ¿Qué pregunta?

—El destino de uno de los petroleros de su tío, que se llama "Mary L."

Doc mencionó el dique donde, según Monk, estaba amarrado el petrolero.

—Debe hacerse a la mar hacia un punto de Los Lagos antes de que se haga de noche. ¿Sabe usted dónde?

Los ojillos de Walter eran pensativos.

—Leidenberg —contestó,— me llamó de la oficina principal y me habló de usted, Doc Savage. Usted está intentando localizar a J. Henry Mason, ¿verdad?

Doc asintió moviendo la cabeza.

—Y a las muchachas —agregó;— su prima Molly Mason y Pat Savage.

Walter encogió sus grasientos hombros.

—Debo decirle —dijo de repente,— que esa loca de Molly está haciendo siempre diabluras. Apuesto a que ella y Pat no se encuentran en ningún apuro.

Doc no hizo ningún comentario, sino qué preguntó:

—¿Y su tío, J. Henry Mason?

Walter sonrió esta vez.

—Escuche —prosiguió,— el viejo Henri no se fía de nadie. Tengo entendido que varios bandidos van tras esa fórmula, ¿no lo cree usted? Pues bien, he podido saber que J. Henry tiene guardada en la bóveda de la oficina principal una fórmula relativa a un nuevo acero más perfeccionado. ¡Pero no es la T 3!

—Ruégole se explique mejor —sugirió Doc.

—Con mucho gusto. La verdadera fórmula del T 3 se halla en poder de J. Henry. No la confía a nadie. Y estoy pensando que se le ha ocurrido desaparecer de la circulación hasta que los bandidos a que me refería lo dejen tranquilo. De manera que no está en peligro.

—¿Y en cuanto al petrolero? —repitió Doc.

—No me sorprendería que estuviera escondido en ese buque. Debe salir esta noche para Chicago.

Doc comentó:

—No parece usted muy inquieto en cuanto a este asunto.

Walter extendió sus manos rechonchas. Llevaba un magnífico solitario en el dedo anular de su mano izquierda.

—La policía ha sido informada, pero no actuará hasta que se demuestre que J. Henry Mason ha sido secuestrado.

Walter volvió a colocar sus pies sobre la hamaca y exhaló un suspiro.

—Sospecho —declaró,— que todos esos malditos parientes, todos esos ejecutivos de la fábrica no son más que una banda de ladrones. ¡Quizá intenten apoderarse de la fórmula T 3!

Un momento después se despedía Doc Savage. Al parecer, el gordinflón de Walter no iba a prestar gran ayuda.

El hombre de bronce no volvió a la carretera principal que pasaba por la propiedad de Mason, aunque pareció tomar aquel camino al salir de la casa.

Lo que hizo fué atravesar otros prados verdes situados más allá de una curva de la calzada que conducía a la mansión y esconderse

entre unos árboles que moteaban parte de la propiedad. No salió de entre los árboles hasta que hubo vuelto de nuevo a la trasera de la propiedad.

Finalmente Doc llegó a un camino reservado sin duda para la entrada, en la propiedad, de carruajes de carga. Una elevada muralla de piedra formaba el límite de la parte sur de la propiedad. El camino se hallaba al lado de la muralla, y tanto ésta como aquél serpenteaban bajo los árboles.

Después de estudiar por un momento unas huellas que distinguió en el camino, Doc trepó sobre el muro y empezó a caminar sobre él sin hacer ruido. De vez en cuando se inclinaba y apartaba cuidadosamente de su cambio algunas ramas.

Pero con todo, sus movimientos eran silenciosos.

Doc emergía de un trozo de muro cubierto de ramas, cuando vio el viejo auto estacionado debajo de sus pies. En aquel punto, el muro se encontraba, quizá, a unos doce pies de altura del serpenteante camino.

El fornido individuo que lo conducía estaba de pie, cerca del motor del viejo y destartalado auto, como si esperase a alguien. Usaba sombrero de alas bajas y el cuello de su chaqueta vuelto hacia arriba, le rodeaba el pescuezo.

Doc se agachó silenciosamente sobre el muro.

El hombre que esperaba abajo se quitó el sombrero de alas caídas para enjugarse el sudor de la frente. Había poco aire bajo aquellos árboles y hacía calor.

Al quitarse el sombrero, el hombre reveló parte de sus facciones. Era el que había estado echando periódicos en los buzones dispuestos a lo largo de los caminos rurales.

Y también su cara estaba llena de horrorosas motas rojas.

Doc Savage se levantó silenciosamente sobre el alto muro. Y al instante se arrojó al vacío con las piernas separadas. Su cuerpo cayó sobre el del individuo que esperaba al lado del auto haciéndole rodar por tierra.

Capítulo XI

¿LOCOS O CUERDOS?

CUANDO Doc Savage estuvo en el auto del labrador, miró hacia atrás varias veces. La costumbre del hombre bronceado era precisamente vigilar siempre a la persona de quien se suponía perseguido.

Y así Doc observó al extraño cartero, pues ante cada buzón el individuo se detenía para contemplar el auto en el que Doc viajaba con el labrador.

Además, el hombre se dio prisa entre varias paradas con el fin de no perder de vista el auto en que iba Doc. Este pequeño error, observado tan rápidamente por los ojos penetrantes del hombre de bronce, era la causa de su actual aprieto.

El salto inesperado de Doc no cogió desprevenido al hombrón. Pero no tuvo tiempo de apartarse de la trayectoria que trazó al caer el cuerpo del hombre de bronce.

Y así, al ser derribado, rodó y se introdujo a gatas debajo del viejo auto, seguido de Doc. El perseguido levantaba bastante polvo para cegar momentáneamente los ojos del gigante de bronce.

Un instante después, el hombre de las horripilantes motas rojas se levantaba en el otro lado del auto. Doc se encontraba entonces apenas a seis pasos de él.

Pero la pistola que empuñaba el hombrón detuvo el gigante de bronce. Mientras sus facciones metálicas asumían una expresión torva, se irguió como una estatua de bronce inmóvil.

—¡Esto —dijo con horrible sonrisa el hombre moteado,— va a asegurarme una magnífica recompensa!

Y disparó inmediatamente al pecho del hombre de bronce.

Doc Savage retrocedió, vacilando, dio media vuelta y cayó

lentamente de rodillas apisonando el polvo que le rodeaba. Tuvo un golpe de tos sofocante.

Con la pistola colgándole de la mano, el hombrón se le acercó. Echó atrás la cabeza y rugió:

—¡Que me cuelguen si no es la muerte más fácil que he hecho en mi vida!

Su equivocación fué el haber echado atrás la cabeza.

Pues Doc se levantó del suelo describiendo un movimiento giratorio y lanzando su poderoso puño contra la barbilla del moteado. Este se vio suspendido en el aire y fué a caer luego como una masa informe entre las zarzas que crecían a lo largo de la estrecha ruta. Su pistola voló en dirección opuesta.

Doc recogió la pistola y se la guardó en un bolsillo. Luego levantó al hombre como si fuera un saco de paja, y lo dejó caer sobre el asiento posterior del viejo auto.

El individuo abrió los ojos, pero había quedado demasiado aturdido para moverse o hablar. No hizo más que contemplar con ojos de espanto aquella aparición contra cuyo pecho acababa de disparar a corta distancia.

En momentos de peligro, Doc Savage usaba bajo sus vestidos una cota de malla a prueba de balas. El velludo Monk solía denominarla "el corset de hierro" pues a Doc le había salvado la vida más de una vez.

El gigante de bronce encontró un tubo interior colocado en el piso del vehículo. Con un cortaplumas, cortó rápidamente el tubo interior en tiras que empleó como correas.

Con el gigantón fuertemente atado y colocado sobre el asiento posterior, Doc se acomodó tras el volante del antiguo auto y emprendió la ruta.

Esta formaba círculos a través de los bosquecillos y finalmente desembocó en la ruta principal que se vislumbraba un poco más allá de la entrada principal de la mansión de Mason.

Doc siguió el camino real hasta llegar a la ruta menos frecuentada que le volvía a conducir hasta los alrededores del sitio en que había dejado su avión.

El hombrón que llevaba en el asiento posterior gemía. Por fin dejó escapar:

—¿Qué va a ser de mí?

—Depende —dijo el hombre de bronce. Mientras guiaba miraba de reojo una substancia que llevaba en una de sus manos.

El hombre atado expresó una excusa.

—¡Si no hubiese intentado matarle, el patrón me habría matado a mí!

Doc había colocado el espejito de visión posterior de tal forma, que podía observar los movimientos del cautivo. Miró hacia el espejito y preguntó:

—¿El patrón? ¿Quieres decir Wart?

Doc observó la ligera vacilación del hombre antes de contestar.

—Sí... Wart —contestó vivamente.

Doc sabía que el interrogado mentía. Pero no hizo ningún comentario. Más tarde administraría su suero al cautivo y conocería la identidad verdadera del que había empleado a aquel hombre maquillado como uno de los locos moteados de rojo.

Pues no era más que pintura la substancia que Doc observó en su mano.

Doc continuó:

—Tú no eres un obrero que trabaja en el acero. Varios de vosotros estáis valiéndoos del asunto de las motas rojas para atemorizar a los obreros.

El hombre soltó una carcajada cuyo sonido daba la impresión de que todo el cuerpo le dolía.

—¡Claro! —asintió.— ¡Todo esto no es más que un embuste!

Doc Savage no dijo nada más durante el trayecto hasta el aeroplano. Una vez allí, colocó rápidamente a su cautivo en la cabina, lo ató más fuertemente y le colocó una mordaza esponjosa en la boca para que no pudiese gritar.

No tenía ya tiempo para continuar interrogando al individuo. Era imperativo que Doc se acercase al petrolero del Lago Erie, el buque indicado por Monk y Walter Mason.

Pero antes, cuando hubo cerrado con llave la puerta del avión, Doc se alejó rápidamente del lugar con el propósito de llamar por teléfono al corpulento ingeniero Renny.

Había algo urgente de que Renny podía cuidarse.

Doc llamó desde una granja no muy apartada de allí y finalmente localizó a Renny en uno de los laboratorios de la fábrica de acero.

El hombre de bronce citó varias direcciones de Nueva York y rogó que se establecieran varias comunicaciones telefónicas. El tono de su extraordinaria voz indicó a Renny que muchas cosas dependían de la información que se obtuviera en aquellas llamadas telefónicas.

Doc indicó que iba en socorro de Monk, Ham y las dos muchachas. No había que apresurarse y habló brevemente del falso moteado que tenía cautivo en su avión.

Antes de colgar el receptor, Renny le confesó con acento de alarma:

—Doc, lo que aquí sucede no es un embuste. Otros cinco obreros se volvieron locos esta mañana. ¡Locos furiosos! Uno de ellos se metió en una prensa y quedó hecho trizas. Los demás fueron conducidos a los hospitales, ¡y todos han muerto!

Doc sugirió:

—Convendría que fuera a verlos.

—¡Demasiado tarde! —explicó Renny! Colocaron a esos pobres diablos en ataúdes sellados y se los han llevado para darles sepultura inmediata. Toda la ciudad teme que se trate de cierta epidemia de locura. Créeme, no hay embuste en todo esto.

—Regresaré ahí lo antes posible —terminó Doc colgando el receptor.

Pero mientras volvía sobre sus pasos en dirección al aeroplano para volar en socorro de quienes significaban tanto para él, los ojos áureos de Doc parecían extrañamente pensativos.

Unos bandidos habían situado a locos falsos alrededor de la fábrica de acero. Doc mismo había tropezado ya con un par de ellos. Y, sin embargo, muchos obreros continuaban volviéndose locos. La locura era algo que atacaba inesperadamente, sin respetar a nadie. Era algo que podía sembrar el terror en una comunidad de duros trabajadores que dependían del acero para vivir.

Dos interrogantes ardían en el cerebro del hombre de bronce: ¿Por qué se volvían locos los obreros? ¿A qué personas o cosas había que achacar el fenómeno?

Capítulo XII

¡LOS MUERTOS NUNCA CHILLAN!

EL cautivo que Doc llevaba en su avión podría contestar aunque fueran incompletamente a aquellas preguntas.

Doc notó que el individuo estaba aún fuertemente atado de pies y manos, al regresar al aeroplano. Más tarde, cuando hubiera prestado ayuda a Monk y Ham Doc volvería a interrogarle.

El viaje hasta el puerto del Lago Erie mencionado por Monk, duró sólo un cuarto de hora.

Desde el aire, Doc divisó muy pronto las siluetas largas y oscuras de los viejos petroleros. Eran barcos fuertes y pesados que permanecían muy hundidos en el agua.

Había varios petroleros amarrados a un muelle que emergía a lo largo del borde del lago. Detrás del muelle aparecían inmensos depósitos. También había una vía férrea.

Doc hizo descender su avión cerca del agua, silenció el motor y voló casi sin ruido por encima de les petroleros. No vio a nadie. No había indicio alguno de que los buques estuvieran listos para zarpar.

Asimismo notábase cierta falta de actividad en el muelle, que sugirió a Doc la idea de estar alerta.

Sabía que el mensaje radiado de Monk podía haber sido interceptado, pues los bandidos también empleaban aparatos de radio de onda corta. Incluso era posible que hubiesen preparado una trampa a Doc.

Al notar el silencio de muerte que reinaba abajo, Doc Savage tuvo idea de que algún peligro le amenazaba.

Entonces voló más allá del lugar explorado, trazó un círculo y regresó para echar otra ojeada. Inmediatamente vio un navío muy

lejos, en el horizonte, navío que al parecer se acercaba a él. Era apenas visible en la línea que formaba el agua y el cielo.

Un momento después, Doc volvió a atisbar el navío y descubrió que lo que había visto no era un barco, sino un avión que se dirigía hacia él con sorprendente velocidad.

En pocos momentos estuvo lo bastante cerca para que Doc comprobara que se trataba de un avión completamente negro, de tipo rápido. Y, al parecer, el piloto no tenía otra misión que la de destrozar el avión que él tripulaba.

El hombre de bronce comunicó a su aparato un brusco movimiento ascendente, casi vertical, para ganar altura sobre su rival. Vio al piloto metido en la carlinga del monoplano.

Llevaba un antifaz negro. Gruesos anteojos ocultaban sus ojos. Su mano derecha, enguantada de negro, descansaba sobre el mango de la ametralladora que trataba de dirigir sobre el avión del hombre de bronce.

Doc vio todo esto cuando los dos aviones se cruzaron zumbando, y comprendió que la intención de su enemigo no era provocar un choque, pues ello hubiese equivalido a un desastre mutuo. Así, cuando Doc subió, el otro piloto situó su avión debajo mismo del aparato del hombre de bronce.

Doc pensó con rapidez cuando los dos aviones quedaron en una posición que impedía el ataque. Doc no tenía ametralladora. Cualquier arma que llevara hubiese sido inútil contra el rápido avión negro. Pero era indudable que iba a ser derribado.

Doc tomó, pues, una determinación rápida. Fijando el control de gobierno por un momento, corrió hacia la parte posterior de la cabina y sacó de una de sus cajas de equipo un objeto extraño. Un instante después volvía a su asiento.

Este era semejante a un globo de cristal invertido que se ajustaba perfectamente sobre los hombros de Doc y a través del cual se veían sus facciones metálicas.

Unida a aquella máscara curiosa había un lío o fardo parecido a un arnés que se ataba a la espalda por medio de correas. El fardo era un purificador de aliento que suministraba oxígeno a los pulmones del hombre de bronce.

Doc se colocó el aparato en el mismo instante en que el avión negro volvía a arremeter contra él. A juzgar por la velocidad del

avión enemigo, debía ser uno de los aparatos más rápidos construidos hasta entonces. Hubiera sido casi imposible distanciarlo, y por ello Doc efectuó un picado.

El otro le siguió de cerca, mientras la boca de su amenazadora ametralladora vomitaba un chorro de balas. En los ojos del piloto se notaba un odio feroz.

Doc se dejó caer hasta unos doce pies del agua, lo que momentáneamente confundió a su enemigo. El avión de éste pasó a su lado, pero no sucedió así con sus balas, las cuales formaron una línea a lo largo de la armadura del avión de Doc.

El casco del avión del hombre de bronce estaba construido con un metal que desviaba las balas ordinarias. Pero las que empleaba el piloto enmascarado eran del tipo de balas que atraviesan planchas blindadas. En diferentes partes del casco del avión de Doc aparecieron agujeros semejantes a negras gotas de agua.

El piloto enmascarado volvía a formar un círculo a cierta distancia preparándose para un nuevo ataque.

Pero Doc tomó contacto con el agua y maniobró con maestría para evitar que su anfibio se volcara. Como un enorme corcho, su aparato amerizó rebosando sobre las cortas y hendidas olas.

Doc corrió hacia la cabina. Ya había parado el motor por temor de que una bala penetrara en el tubo de alimentación.

Atravesando la cabina, Doc arrebató otro objeto guardado en otra caja de equipo y luego se inclinó sobre su cautivo y le cortó sus ataduras.

Doc nunca mataba a un bandido sin necesidad. Aunque aquel hombre era un enemigo, Doc intentaría por todos los medios salvarle de la muerte que desde el cielo amenazaba a los dos. Ya se oía el estruendo del motor del avión enemigo que volvía al ataque.

Doc alargó la mano al hombre ya libre. Lo que le entregaba era un aparato de buceo que consistía en una embocadura, un obturador nasal y un purificador químico. Luego abrió la puerta de la cabina e indicó al hombre el agua. Daba a su cautivo una oportunidad de escapar a la muerte.

Pero, inesperadamente, el hombrón se irguió y asestó un soberbio puñetazo contra la cabeza del hombre de bronce, protegida por la esfera de cristal. Los nudillos del hombrón rebotaron y, con expresión de asombro, éste se miró un instante su

mano contusa. No había sospechado siquiera que el casco de Doc era de un cristal duro, irrompible.

Un momento después, las balas silbaban un canto de muerte mientras los dos hombres corrían a lo largo del avión. Doc Savage saltó por la puerta abierta del aparato. El depósito de gasolina del anfibio se incendió y un momento después quedaba éste envuelto en llamas.

El bandido libertado se demoraba aún. Dio un grito:

—Conozco a ese piloto. ¡No me molestara!

Doc Savage no esperó para hacer comprobaciones. Ya buceaba por el agua y descendía, descendía...

El casco de cristal servía, también de escafandra, usándolo, el hombre de bronce podía permanecer bajo la superficie durante periodos razonables de tiempo. Ya se hundía profundamente.

Y al mirar hacia arriba a través de su esfera protectora, vio el resplandor rojizo producido por el avión ardiendo sobre el agua.

Doc maniobró con rapidez para apartarse del lugar. Oía el impacto de las balas que penetraban en el agua. Pero eran inmediatamente desviadas y no podían hacerle daño.

Aproximadamente media hora después, Doc subió a la superficie, en un lugar cercano a la playa. El silencio fué todo lo que percibieron sus oídos al quitarse la esfera protectora y saltar sobre un viejo dique. La noche caía ya sobre el lago.

Pero a cierta distancia, sobre la superficie del agua, distinguió los indicios de un naufragio: una parte del avión incendiado. Y tendida sobre aquel despojo de muerte hallábase la figura gigantesca del hombre que Doc intentara poner a salvo del ataque del piloto enmascarado; del hombre que supuso conocer la identidad del aviador misterioso y evitar, por tanto, la muerte.

El cautivo hubiese podido identificar al piloto enmascarado. El hombre de bronce tenía la esperanza de descubrir el misterio empleando el "suero de la verdad".

Tal vez el piloto enmascarado suponía lo mismo. Pero el cautivo de Doc tuvo demasiada confianza en sí mismo para sospecharlo o para dejarse salvar por el hombre de bronce.

Por ello permanecía allí, tendido, sin vida, con el cuerpo acribillado de balas y el rostro convertido, en una horripilante máscara negra.

El avión negro había desaparecido.

Capítulo XIII

¡CAPTURADOS!

DOS mensajes que Monk había dejado para el hombre de bronce, habían desaparecido también, y sin embargo, más tarde, en la noche, Doc Savage encontró el primero de ellos.

El primer mensaje estaba escrito apresuradamente en lo que quedaba del parabrisas de un enorme automóvil estacionado cerca del largo muelle.

El muelle era uno de los que se hallaban contiguos al viejo dique donde fué a parar el gigante de bronce al salir del agua.

Lo primero que llamó la atención a Doc fué el estilo y la construcción del auto, por lo que procedió a un breve examen de sus neumáticos, la base de los ejes, y otros detalles. Era el coche que Doc sugirió a Monk, a Ham y a Tink O'Neil trataran de localizar para seguir el rastro de las muchachas.

Además de esto, el vehículo parecía haber sido el centro de una furiosa batalla.

Los cojines aparecían colocados de canto. Había sangre en las puertas. Además del parabrisas roto, otras ventanas del coche mostraban señales de haber sido expuestas a todas clases de ladrillos y otros objetos arrojadizos.

Solo había una persona capaz de causar semejante desolación: ¡Monk!

Así fué cómo Doc Savage empezó a buscar alguna señal que el químico peleón pudiera haber dejado tras sí. Fué mientras duró el examen del coche cuando Doc miró con detenimiento la pieza procedente del parabrisas destrozado.

Para un ojo no ejercitado, no había en ella nada visible. No obstante, Doc sacó de su chaleco una cajita. Los bolsillos forrados

de caucho de su chaleco eran, desde luego, impermeables, y los polvos contenidos en la cajita estaban aun secos.

Doc esparció un poco de polvo sobre el trozo de cristal del parabrisas. Una inscripción hecha en aquél hízose visible al instante. El mensaje decía: "Doc: Tienes razón. Este es el coche que recomendaste buscáramos. Los flacuchos y otros huyeron, pero creemos que se llevaron a las muchachas. Busca el nuevo petrolero."

A menudo, cuando los ayudantes del hombre de bronce consideraban indispensable dejar mensajes —mensajes que no deseaban que fuesen Vistos— escribían las frases con una tiza incolora inventada por el hombre de bronce. La escritura hecha con aquella tiza no podía distinguirse ni con un vidrio de aumento. Pero cuando la polvoreaban con el producto químico que Doc acababa de emplear, las palabras aparecían claramente. La luz de una linterna con generador de resorte que usaba Doc permitió la lectura.

Doc Savage se alejó del coche internándose en el largo muelle. La oscuridad era entonces completa y había, además de la humedad causada por la proximidad del agua, un asomo de lluvia en el aire.

Grandes tuberías redondas se alineaban a lo largo del muelle, y veíase que disponían de ensambladuras propias para recibir voluminosas mangueras de goma procedentes de los petroleros. Sin embargo, era evidente que muchos buques estaban en desuso.

Monk había indicado el nombre de otro petrolero. Doc andaba a lo largo del muelle en su busca.

El silencio pendía como un sudario sobre el lugar.

Muy lejos, al final del inmenso muelle, Doc inspeccionó el último buque de la larga hilera. Incluso éste era viejo, y al parecer, también estaba fuera de uso.

En una plancha de la cubierta de este último descubrió Doc el segundo mensaje de Monk. Aquella vez el químico no tuvo tiempo de emplear la tiza especial. Era evidente que deseó asegurarse de que el hombre de bronce encontraría las palabras.

Con letras grandes, garrapateadas, en tiza blanca visible, el químico había escrito:

"Doc: Molly Mason ha escapado y está con nosotros. Sabe el paradero de Pat y del rey del acero, Mason. Dice Molly que están detenidos en..."

Lo que quiso decir Molly quedó sin terminar. Sin duda, Monk no

pudo, por algún motivo, completar el mensaje escrito a la carrera.

Pero Monk disponía de bastante tiempo para escuchar en aquel momento nuevos comentarios de la muchacha. Con amplia sonrisa le decía:

—Escuche, Molly, voy a meterles mano a los bandidos que se apoderaron de usted y de Pat. Les arrancaré la piel a todos.

La escena se desarrollaba en un lugar próximo a la orilla del Lago Erie, que distaba varias millas del sitio donde se encontraba Doc Savage examinando los petroleros.

Los informes que Molly Mason facilitó a los ayudantes de Doc, les llevaron allí. A lo lejos, siguiendo el trecho de playa, podían distinguirse los contornos de lo que parecía ser un muelle. Pero el cielo estaba cubierto y dificultaba la observación.

Monk, Ham y Tink O'Neil encontraron a la muchacha atada y encerrada en un camarote de un viejo petrolero. Esto sucedió en el primer muelle donde Doc Savage halló el mensaje de Monk.

Primeramente. Monk dio con el coche, y más tarde, sorprendió a los dos flacuchos que volvían hacia el auto. El químico se encontraba en medio de una gran batalla cuando se les acercó el tercer bandido. Pero los hombres huyeron antes de que Ham y Tink O'Neil pudiesen acudir en socorro del químico.

Mas encontraron a Molly Mason, quien, sin aliento, les refirió que había sorprendido una conversación según la cual Pat Savage y el padre de Molly se hallaban encerrados a bordo de un nuevo petrolero, el "Mary L." y que el buque se encontraba entonces en un muelle oscuro situado a unas cinco millas de distancia de aquel lugar, en la margen del lago.

El pequeño grupo se hallaba entonces próximo al referido lugar. Monk se detuvo para hablar con la hermosa Molly. La expresión del simiesco químico indicaba que para él no había mejor ocupación... a menos que se tratara, naturalmente, de una pelea.

Sin hacer caso de Ham, Monk continuó:

—¿No le ha dicho aún nadie, miss Molly que sus ojos son como un cielo de anochecer, o que su boca es un arco iris de...

Tink O'Neil, el pelirrojo, no pudo menos de echar un jarro de agua fría sobre tanto ardor.

—Ya es hora de que partamos, Molly; su papá está en grave peligro...

La muchacha se llevó sus bien tornados dedos a la boca.

—¡Sí, es verdad; lo había olvidado ¡Démonos prisa! —exclamo repentinamente.

La parte de la playa que atravesaban describía una larga curva saliente hasta un punto próximo al cual se divisaba lo que parecía ser un muelle.

Molly Mason decía:

—Debe ser allí. Según oí decir a los bandidos, el "Mary L." debe estar atado en aquel lugar. Allí es donde se supone que tengan encerrados a papá y Pat Savage.

La muchacha se enderezó y señaló.

—¡Pero si es allí, como podéis ver ahora! ¡Se ve un viejo petrolero en el muelle.

Su declaración era exacta.

El petrolero de nuevo tipo tenía la longitud de una manzana de casas y permanecía muy hundido en el agua al lado del muelle. Al parecer, sus bodegas estaban llenas de petróleo. La mayor parte del buque aparecía como una extensión plana de acero que emergía sólo unos pocos pies de la superficie del agua. Mas en un extremo del petrolero erguíase otra construcción de acero, que contenía un pequeño camarote, un puente y dependencias.

El buque hallábase sumido en la oscuridad. No se veía a nadie por sus alrededores.

Pero Molly Mason señaló un nombre que aparecía claramente en las planchas del costado, sobre la linea de flotación.

—¡Es el "Mary L." —exclamó.— ¡El barco donde tienen cautivos a papá y a Pat!

Monk hizo sobresalir su dura mandíbula y subió a bordo seguido por los demás.

—¡Diantre —refunfuñó— voy a ver lo que pasa!

Tink O'Neil explicó: —Este es uno de los buques para los cuales suministramos acero. Es un tipo de barco que puede convertirse inmediatamente en tiempo de guerra. Monk miró al joven operario. — ¿En tiempo de guerra? —inquirió. Tink O'Neil asintió con la cabeza y echó una mirada particular a Molly Mason que Monk desdeñó. Tink continuó:

—Sí. Las planchas de la cubierta están construidas según la fórmula T. 3. Pueden resistir cualquier bombardeo aéreo. Uno de

estos petroleros puede transformarse rápidamente y emplearse en convoyes, e incluso habilitarse para atacar barcos mercantes enemigos en nuestras aguas. Son prácticamente invisibles en el agua, y en sus cubiertas pueden instalarse con rapidez cañones de bombardeo. Este es uno de los primeros para los cuales hemos suministrado planchas acorazadas.

Monk contempló la cubierta que pisaba. Era de acero y parecía tan sólida como la de cualquier buque de guerra.

—¡Madre mía! —explotó.— ¡Apuesto a que un torpedo no será capaz de perforar este material!

El grupo continuó vagando de un lado a otro a bordo del largo y oscuro petrolero.

El camarote y los alejamientos de la tripulación situados en la parte anterior del buque estaban desiertos. Pero habían indicios de que había habido vida allí no hacía mucho tiempo.

De nuevo sobre la cubierta, fué Molly Mason quien señaló hacia la popa exclamando:

—¡Mirad allá atrás! ¡Hay una escotilla abierta!

El petrolero, en su mayor parte, estaba construido con tubos de comunicación que iban hasta las bodegas herméticamente cerradas. Pero unas pocas escotillas estaban abiertas. Al principio parecía que casi todas las escotillas estaban cerradas.

Pero la alta y esbelta muchacha tenía razón. Muy lejos, hacia la popa oscura, se distinguían los contornos confusos de una tapa de acero inclinada hacia atrás.

Monk condujo rápidamente a los otros hacia aquel sitio.

Cuando llegó a la abertura de la escotilla, Monk se puso a gatas y miró hacia el fondo oscuro de la bodega. Luego sacó una linterna eléctrica y exploró de nuevo.

Pero antes de que pudiese hacer uso de su linterna de la bodega salió un sonido. Era un gemido seguido de una súplica medio ahogada. —¡Socorro!

Monk rugió y saltó hacia la abertura de la escotilla.

—¡Santo Dios! —explotó.— ¡Deben ser Pat y el padre de Molly!

Con su delicada mano en la garganta, Molly Masón suplicó:

—¡Monk, pronto, pronto; ayúdeles!

La altura de la bodega, a partir desde la escotilla, medía unos doce pies. Monk quedó un instante suspendido del borde de la

escotilla, luego se dejó caer. Ham y el joven Tink O'Neil le siguieron inmediatamente.

De pie, en la oscuridad, Monk dijo a Ham:

—Alumbra de nuevo! ¡Voy a!...

Lo que Monk iba a decir, nadie lo supo, pues un trozo de cañería le golpeó el cráneo al instante. Ham y Tink O'Neil corrieron idéntica suerte.

Y al caer los tres sobre las manos y las rodillas haciendo esfuerzos para no perder el conocimiento, un grito horroroso se oyó desde la cubierta.

Era el grito de socorro de Molly.

Capítulo XIV

EL PETROLERO TRAMPA

EL simiesco Monk fué el primero en recobrar el sentido. Inmediatamente percibió la trepidación de los motores Diesel del buque. Andaba ya, pero Monk no hubiese podido decir desde cuando.

Sin embargo, había una luz en la bodega donde los tres amigos fueron golpeados. Y gracias a aquella luz podían verse los bandidos de siniestro aspecto que permanecían cerca de los tres infelices cautivos.

Monk murmuró algo para sí. El tamaño de los ojillos brillantes del químico era tal que los gángsters no se dieren cuenta de que estaba despierto.

Y eso que Monk era un hombre duro. ¡Cuántas veces había perdido el conocimiento a consecuencia de los golpes recibidos para levantarse un instante después y reanudar la pelea como si tal cosa!

Esta vez se levantó y dirigió un soberbio puñetazo al más próximo de sus raptores. El golpe del químico hubiese sido perfecto... sólo que por tres pulgadas no alcanzó la barbilla del bandido. Y Monk se desplomó como un saco sobre el piso de la bodega con la falaz sensación de que su pierna había sido cogida por una trampa.

La trampa era un trozo de cadena pesada atada con un candado a una argolla del piso. Monk tenía el tobillo sujeto a la cadena.

Miró furioso a sus raptores. Eran seis, cuatro de los cuales tenían trazas de lo que realmente eran. Miraron a Monk, riéndose, lo que no apaciguó las ideas homicidas del químico.

Los dos restantes eran los flacuchos individuos, el de talla mediana y el más alto que parecía una lombriz, que habían

intervenido en la captura de Pat Savage y Molly Mason con la ayuda del diminuto y vigoroso Wart.

Monk miró a su alrededor. Con el pie dio un tirón de la cadena, pero no logró otra cosa que pelarse más su ya contuso tobillo. A varios pies del sitio en que se hallaba vio las figuras inertes de Ham y Tink O'Neil. Ambos estaban aún sin conocimiento, y el bastón-florete de Ham yacía en el suelo, debajo de su cuerpo. No se veían señales de los animaluchos.

Monk deseaba poder alcanzar el bastón, pero la distancia era demasiado grande. Se sentó, con los ojos fijos, pensando en que, a partir de aquel momento, llevaría siempre consigo una sierra especial para cortar cadenas de acero.

Sus raptores parecieron olvidarse de él. Entre los seis se desató una discusión.

Uno de ellos chilló:

—Pues bien, os repito que Wart va a tomar el asunto con sus propias manos. Si me queréis creer, a Wart lo han engañado como a un chino.

—¿Qué quieres decir? —inquirió otro.

—Me refiero a la fórmula que Wart debía tener en su posesión. El jefe lo engañó. Por lo que Wart dijo hoy, apuesto a que no posee la fórmula verdadera. Lo que tiene es una fórmula falsa, ¡un timo!

Los bandidos parecieron reflexionar sobre el asunto durante unos momentos.

Entonces uno de ellos dijo:

—¿Quieres decir que Wart está dispuestos a abandonar al gran jefe?

—Sí. Y no me sorprendería que lo haya hecho ya. Tendremos que tomar los asuntos por nuestra propia cuenta.

Sentado, sujeto por el trozo de cadena Monk escuchaba atentamente. Estaba a punto de hacer una pregunta, cuando alguien hablo desde la abertura de la escotilla.

—¡Eh, muchachos! ¡Hay un avión que se nos acerca! Me parece que es el jefe.

Monk miró hacia arriba para ver la cara del que hablaba, pero no pudo distinguirla bien. El cielo parecía algo más claro —el amanecer debía estar próximo—, pero reinaba aún bastante oscuridad para distinguir bien los objetos. Y llovía. La lluvia entraba

por la puerta de la escotilla formando charcos cerca de sus pies.

Monk empezó a esforzarse para tirar de la pesada argolla sujeta al piso. La ira le poseía y pensaba ya en lo que haría con aquellos bandidos tan pronto como se viera suelto.

Oyó las palabras pronunciadas por los seis bandidos cuando éstos empezaron a subir por una escala de cuerda que se bamboleaba en la bodega. Uno dijo:

—Conque el jefe, ¿eh? ¡Ahora arreglaremos este asunto de una vez para siempre!

—De acuerdo-asintió otro.

Todos subieron por la escala, abandonando la bodega.

Cinco minutos después la primera bomba caía sobre la cubierta de acero del poderoso petrolero.

Monk sintió el impacto, que fué como una ola gigantesca que golpeara los costados del buque. El petrolero se inclinó y volvió a su posición primitiva. La luz de la bodega se apagó. Los motores se pararon.

En la obscuridad, cerca de Monk, Ham murmuró: —¿Qué... sucede?

Al parecer, el abogado había vuelto ya en sí. Un momento después, el joven Tink O'Neil se movió y se incorporó.

En la semioscuridad, Ham y el pelirrojo Tink O'Neil se levantaron. Ham exclamó:

—Tenemos que salir de aquí. ¡No tenemos tiempo que perder!

Monk resopló:

—¡Magnífica idea! ¡La única dificultad es que estoy encadenado al piso!

Ham gimió y se agachó para ver si podía ayudar a su infeliz compañero. Después de palpar un segundo la cadena y la argolla en la oscuridad, Ham dijo, disgustado:

—¡Ni con un hacha podríamos hacer saltar ese candado! Monk ordenó:

—Vosotros dos, salid de aquí. Salvad vuestros pellejos. ¡O quizás podáis atrapar a uno de esos granujas que han subido y quitarle la llave!

Ninguno quiso dejar solo a Monk, pero finalmente el joven Tink O'Neil saltó sobre la escala y dijo:

—¡Buena idea!

Sí, la idea era buena; pero un momento después bajaba de nuevo el avión y lanzaba otra bomba que fué a explotar sobre la cubierta. Se oyó el estruendoso ruido del acero al hacerse pedazos. El buque empezó a inclinarse de modo amenazador. Un trozo de metal fué a parar al fondo de la bodega. Por pocas pulgadas no mató a los tres amigos.

Tink O'Neil tuvo que saltar al fondo de la bodega desde la abertura de la escotilla.

Monk comentó, disgustado:

—¡Esa cubierta debe estar construida con las planchas blindadas de que habló Tink! ¡El ruido me ha indicado que todo se ha ido al diablo!

El buque se inclinaba aún más. En la cubierta hubo gritos y confusión, y mezclado con todo aquel marasmo, el grito de horror de un hombre.

Alguien chilló:

—¡Condenado diablo! ¡Ha debido enterarse de que Wart lo abandonaba y ahora quiere borrar todos les indicios que puedan delatarlo!

En aquel preciso instante, alguien apareció arriba y arrojó algo al fondo de la bodega. Una voz gritó:

—Os damos una oportunidad, muchachos. No queremos que muráis ahogados como ratas. Así, pues, a nadar. Sólo hay veinte millas de aquí a la orilla.

Ham gritó:

—¡Debe ser la llave! —y empezó a palpar en la oscuridad.

A cada momento el barco se inclinaba más, y el abogado podía apenas mantenerse de pie. Monk se deslizó a lo largo de la suave cubierta interior con la pierna estirada fuertemente al extremo de la cadena.

Cuando Ham logró alcanzar la llave del candado, el sonido del avión que atacó el petrolero se iba alejando.

Un momento después, Ham logró acercarse a Monk y soltarle la pierna. Era difícil andar sobre la cubierta inclinada. Había muy pocas cosas que sirvieran de punto de apoyo. Pero pronto los tres compañeros trepaban por la escala y subían a la cubierta principal.

Miraron asombrados el petrolero destrozado que se inclinaba. Ya entraba el agua por un costado. El hundimiento total era cuestión

de pocos momentos.

Tink O'Neil señaló un punto a través de la lluvia y exclamó:

—¡Mirad, han escapado en una lancha motora!

Era verdad. A un cuarto de milla de distancia, la pequeña lancha motora desaparecía rápidamente en la lluvia y en la densa niebla suspendida sobre el agua. La línea de la playa, si es que había alguna, era invisible.

Monk se quitó rápidamente los zapatos y la chaqueta. Dijo con determinación:

—Espero que vosotros dos no tengáis prisa por tomar el desayuno...

Se lanzó desde el costado del petrolero que ya bañaban las aguas de Lago Erie.

Ham y Tink O'Neil, también sin chaqueta ni zapatos, siguieron su ejemplo. El bastón-florete del abogado, del que nunca se desprendía, le impedía nadar bien, pues lo llevaba sujeto al cinto.

En la parte anterior del puente hubo una algarabía de todos los diablos. Un segundo después, los dos animaluchos se arrojaban también al agua.

Los tres compañeros se alejaban del buque con toda la rapidez que les era posible. Diez minutos más tarde sintieron tras ellos una gran succión que les indicó el hundimiento total del petrolero.

Entonces sólo había la lluvia y la niebla, y una línea invisible que debía formar la playa a muchas millas de distancia y en una dirección que ninguno de los tres podía siquiera sospechar.

Los tres nadaban sin hablar. Todos eran nadadores excelentes. Pero la gravedad de la situación no podía ser más patente. Una ligera brisa se había levantado indicando que se aproximaba una tempestad. Y las tempestades en los Grandes Lagos podían ser peores que en el mar.

Hacía media hora que nadaban cuando apareció un avión en el cielo, que empezó a descender sobre ellos. Pasó cerca, por encima de sus cabezas.

Monk soltó un grito de alegría:

—¡Es Doc!

El anfibio de Doc Savage descendió, tomó contacto con el agua suavemente y acercóse a los tres compañeros. Un instante después apareció el gigante de bronce en una de sus alas. Y gritó a Monk:

—¡Ha sido una suerte que dejara este avión próximo al lugar donde encontré el mensaje!

Capítulo XV

HORROR EN EL ACERO

DOS horas más tarde, aquella mañana, Doc Savage, en compañía de Monk, Ham y el joven Tink O'Neil buscaban al muerto que encontraron en la parte lejana del muelle donde se hallaba la inmensa línea de petroleros amarrados.

Lo primero que hizo Doc fué, desde luego, salvar a los tres compañeros en el Lago Erie. Monk y Ham, que siempre llevaban un suministro suplementario en su aeroplano, pudieron ponerse zapatos y vestidos secos. Incluso encontraron vestidos para Tink O'Neil, aunque el joven pelirrojo casi no parecía tener manos ni pies, debido a la largura de aquéllos, aparte de que los zapatos le venían estrechos.

Doc refirió la pérdida de su avión con su valioso equipo. Volvieron al primer muelle donde Monk dejara los mensajes, con la esperanza de hallar indicios que le permitieran encontrar a Molly Mason o a Pat Savage y al rey del acero.

¡Pero sólo encontraron a aquel muerto en uno de los cobertizos del dique!

El hombre estaba bastante bien vestido, era corpulento y llevaba cabello negro.

Había muerto de un tiro en la espalda.

Doc examinó las ropas del muerto. Encontró un paquete de papeles que leyó rápidamente y pasó luego al abogado y a Tink O'Neil. Monk, curioso, metió la cabeza por encima del hombro de Ham y leyó también.

Doc comentó:

—Probablemente son memorias escritas por el difunto. Describen exactamente los movimientos, dentro de lo posible, de las

personas que poseen autoridad en las fábricas de acero de J. Henry Mason. Incluye a todos los parientes que ocupan puestos ejecutivos en los talleres.

—Sí-corroboró Tink O'Neil. —Todas las personas mencionadas tienen intereses en el negocio. Míster Mason procuró siempre que el control de su inmensa fábrica fuese asegurado por sus familiares.

Bruscamente, al recorrer sus ojos otro papel, Tink O'Neil exclamó, casi sin aliento:

—Mire. ¡Todos estos informes parecen corresponder a investigaciones llevadas a efecto por una sola persona! ¡Y esa persona es Willie Watt, superintendente de nuestra fábrica!

Doc asintió con la cabeza. Sus facciones metálicas denotaban calma.

—Así parece-repuso.

Con sus ojos grises grandemente abiertos, Tink O'Neil prosiguió:

—Esto significa que Willie Watt debe ser la persona que ha creado todo este misterio. Intenta apoderarse del T. 3. ¡Y hasta me atrevería a asegurar que ha introducido en la fórmula alteraciones capaces de provocar estos fallos en el nuevo acero!

El hombre de bronce no hizo comentario alguno, pero miró a sus dos ayudantes.

—Ham —dijo,— tú y Monk deberíais notificar al puesto de policía más próximo el asesinato de este hombre. Luego ponéos en comunicación conmigo en la fábrica de acero. Tal vez Renny se haya enterado de algo.

Doc explicó cómo había dejado a Renny en la fábrica, y luego añadió algo más muy significativo.

—Parece que la solución de este misterio se aproxima a grandes pasos. El verdadero bandido está destruyendo todo lo que pueda delatarle. A partir de ahora actuará con gran rapidez.

Tink O'Neil exclamó:

—¿Se refiere usted a Willie Watt?

Doc Savage negó con la cabeza.

—Willy Watt está muy lejos de ser el cerebro que dirige todo esto.

Monk parecía asombrado. Indicó los papeles que habían sido entregados al joven Tink O'Neil.

—¡Caramba! ¡Tiene que ser Willie Watt, querido Doc! Todos los

informes lo demuestran, como asimismo indican que Willie Watt está muy interesado en saber lo que cada uno de los demás parientes intenta hacer.

El velludo Monk señaló algo más que había en los papeles.

—Quienquiera que sea este muerto, ha firmado el mismo S. E. C.

Doc repuso:

—Creo que Renny va a tener algunos informes acerca de este S. E. C.

Sin más explicaciones, Doc se alejó deprisa. Momentos después, los ayudantes del hombre de bronce oyeron despegar al anfibio de un campo cercano.

Pero Doc Savage no volvió inmediatamente a la fábrica de acero situada al sur del Lago Erie. Aterrizó en un campo de pastos situado en las afueras de una pequeña ciudad, al oeste de Búffalo, y se dirigió al puesto de aprovisionamiento de gasolina más próximo. Desde allí llamó por teléfono a Nueva York.

Doc llamó a una sociedad que figuraba en el listín con el nombre de Brown & Brown. Se dio a conocer, e inmediatamente le pusieron en comunicación con un empleado. Este dijo:

—Míster Savage, podemos obtener esa información. Son los datos que pidió míster Renwick.

Durante varios momentos, el individuo de Nueva York habló con rapidez.

Los ojos de Doc se movían con interés mientras escuchaba. Finalmente dijo:

—Muchas gracias. Ha hecho usted un bonito trabajo.

Luego llamó a Renny, a quien había dejado en un laboratorio de la inmensa fábrica. Tuvo que esperar un poco antes de que pudiera ser localizada la importante organización. Entonces la voz sonora de Renny viajó a través del hilo.

—¡Doc, esto es un verdadero infierno! Diez obreros más se volvieron locos esta mañana. Se han tenido que cerrar cinco talleres, y a cada instante otros obreros abandonan el trabajo. Willie Watt, el superintendente, ha desaparecido. ¡Y todavía hay algo más!

—¿Qué? —inquirió Doc.

—He logrado descubrir el asunto. Puedo decirte quién lo dirige y cuál es la causa de la epidemia de locura. Hace un momento he sabido…

Doc Savage le interrumpió rápidamente.

—Espera a que yo llegue ahí. Tal vez no convenga mencionar nombres por teléfono. Estaré ahí dentro de diez o quince minutos.

Doc colgó el receptor y corrió hacia donde había dejado el avión. Un instante después despegaba en dirección a los bosquecillos situados en las afueras de la ciudad fabril.

Llegó, poco tiempo después, a una de las muchas entradas de la larga fábrica de acero. Gran parte del humo que comúnmente formaba una niebla oscura en el cielo había desaparecido ya. Era evidente que varios talleres estaban cerrados.

Pero otros continuaban funcionando, y el hombre de bronce vio salir humo de los hornos del taller número 5. También vio algo más: hombres que corrían hacia el taller de fundición. Algunos gritaban y llamaban a otros que engrosaban el grupo y seguían.

El hombre de bronce andaba rápidamente en la misma dirección. Detuvo a uno de ellos y le preguntó:

—¿Qué sucede?

El hombrón se volvió y miró a Doc Savage. Tenía la cara bañada en sudor a causa del intenso calor que hacía en uno de los hornos que funcionaban aún.

Contempló un momento al hombre de bronce y exclamó:

—Dígame, ¿no es usted Doc Savage?

Doc asintió con la cabeza.

El hombre miró a varios compañeros suyos con aire de duda. Luego volvió a mirar a Doc fijamente.

—Es que... se trata de Renwick. Creo que es un miembro de su organización. Pues bien, Renwick acaba de volverse loco. Lo han capturado en el número 5.

Durante un breve instante, Doc permaneció inmóvil. Tal vez estuviera pensando en lo que le había dicho Renny por teléfono unos minutos antes: ¡Que sabía cuál era la causa de los ataques de locura!

Sin decir palabra, el hombre de bronce se alejó de un salto de los otros y empezó a correr en dirección al inmenso taller de fundición. Penetró en el elevado edificio, lleno de humo y de vapor, en el preciso instante en que muchas gargantas de hombres exhalaban un grito de horror.

A través de la bruma causada por el calor espantoso del taller,

Doc Savage distinguió un inmenso crisol de diez toneladas situado en el suelo, en el mismo centro del vasto salón.

Los hombres se mantenían muy alejados de aquel crisol lleno de acero fundido observando, horrorizados, cómo un maquinista de la grúa lo volcaba, y se alejaron aún más cuando el acero enrojecido al fuego empezó a arrastrarse por el suelo cual venenosas culebras. Llamas y chispas de fuego se elevaban por doquier. El calor que se desprendía de aquella materia era intolerable.

El maquinista manipuló una palanca, y el crisol vacío volvió a elevarse. La grúa levantó el inmenso recipiente, lo trasladó a lo largo del taller y lo volvió a bajar. Y, una vez más, el maquinista lo volcó.

Los obreros se abalanzaron sobre el crisol vacío con largas perchas de acero en las manos y empezaren a golpearlo furiosamente.

Doc había rodeado ya el lugar donde se derramó el acero fundido. Llegó hasta el crisol vacío y preguntó a un obrero:

—¿Qué ha sucedido?

—Un obrero loco se metió en el crisol —explicó uno que llevaba una larga percha.— ¡No queda ni miaja de él!

—¡Un momento! —gritó otro.— ¡Mira, mira!

Con la pértiga, el obrero sacó algo del crisol vacío que arrojó sobre el suelo. Doc se inclinó para examinar el pequeño objeto. Era algo que había resistido el fuego al blanco del acero fundido. Era todo lo que quedaba de lo que había sido un hombre.

¡Era un diamante de forma especial procedente de un anillo que Renny, el ingeniero, llevaba puesto a veces!

Capítulo XVI

Y AHORA, ¡A MORIR!

DURANTE aquella tarde, el hombre de bronce anduvo por diferentes edificios de la fábrica. Estaba silencioso y grave, y no hizo ningún comentario sobre la muerte de Renny.

Los acontecimientos en la fábrica se sucedieron con velocidad desconcertante.

Otro centenar de hombres abandonó el trabajo... Un taller de laminado que se ocupaba en terminar un importante pedido del gobierno tuvo que cerrarse. Había algo que no funcionaba en aquella fórmula del T 3. El material de armamento resultaba deficiente.

Diez obreros más aparecieron con las motas rojas. No había falsedad en la expresión horrible de aquellos hombres. No formaban parte de una banda dispuestos a aprovecharse del pánico producido por la terrible enfermedad. Porque en realidad estaban locos, locos de atar.

Antes de ser capturados, mataron a dos docenas de obreros que trataron de impedir sus horribles hazañas en la calle principal de la ciudad. Sólo cuando los locos pudieron ser derribados a tiros cesó temporalmente el terror.

Pero dificultades de nuevo tipo surgieron bien pronto. Sucedió cuando el arrogante y dominador Leidenberg, director de la fábrica, cerró el resto de los talleres a las seis de aquella tarde.

Aunque centenares de hombres habían abandonado ya el trabajo por temor a la enfermedad de las motas y de la locura, otros querían continuar trabajando. No temían exponerse. Necesitaban dinero para mantener a sus familias.

Y por ello lucharon en las calles y asaltaron las puertas cerradas

de la inmensa fábrica. Al anochecer, una multitud rondaba por la ciudad blandiendo antorchas y mazas. Buscaban a los que estuvieran atacados por la enfermedad. Una tentativa desesperada, homicida, se llevaba a cabo para extirpar la aterradora amenaza.

A la ciudad llegó la noticia de que otra de las fábricas de J. Henry Mason, en Pennsylvania, había cerrado también sus puertas. De algún modo la epidemia se abatió también en aquella región. Era una fábrica en la que la fórmula T 3 estaba también en uso y en la que se estaban fabricando arcos para puentes construidos por el estado.

Cuando cayó la noche, Doc Savage se encontraba en las oficinas generales de la gran fábrica. Se celebraba un consejo en el salón de la presidencia, al que asistían todos los altos empleados y les parientes ejecutivos de J. Henry Mason.

Incluso el obeso Walter Mason, el primo perezoso e indiferente de la bella Molly Mason, estaba presente. Al parecer, el gordinflón consideró que era de su interés saber finalmente qué ocurría.

Pero fueron el pequeño y rudo Willie Watt y el gigantón de Leidenberg, director, con su cabello grisáceo, quienes llevaron toda la discusión. Los demás apenas dejaron oír una o dos palabras.

El arrojado Willie Watt daba fuertes puñetazos sobre la mesa y gritaba:

—¡Idos todos al diablo! ¡Tenemos que mantener las fábricas abiertas! ¡La compañía iría a la quiebra si no fuera así!

Leidenberg, el director, se irguió, arrogante:

—¡Claro, y así moriremos todos! Repito que debemos cerrar. Yo perderé tanto como vosotros… y quizá más. ¡Pero eso es preferible a permitir que la locura se apodere de nosotros!

Mientras se desarrollaba la acalorada batalla de palabras alrededor de la mesa del consejo, un botones penetró en el salón y se dirigió silenciosamente al lado de Doc.

—Le llaman por teléfono, míster Savage. Es en la antesala, en la cabina telefónica.

El gigante de bronce salió silenciosamente del salón. Penetró en un locutorio con ventanas de cristal, descolgó el receptor y preguntó:

—¿Quién es?

—¿Eres tú, Doc? Aquí Renny —contestó la voz sonora.

Aunque parezca extraño, Doc Savage no mostró sorpresa alguna, y repuso con toda tranquilidad:

—Me lo figuraba, Renny.

—Así lo creí-dijo Renny. —Esta mañana noté, en uno de mis laboratorios, que mi anillo había desaparecido del bolsillo de mi chaqueta. Más tarde, unos intrusos se apoderaron de mí y me hicieron beber un líquido. Querían volverme loco, y cuando vieron que fracasaban, narcotizaron a un individuo de mi talla, más o menos, e hicieron correr el rumor de que me había vuelto loco.

—Sí-contestó Doc. Y luego continuó: —Quizá te haya salvado la cápsula que te di. La droga que usan es rara, pero el antídoto que empleé surtió el efecto previsto.

—¿Entonces tú conoces la causa de la locura? —Sí.

—Pero...

Doc prosiguió, con rapidez.

—La revelación de este misterio se acerca con paso acelerado. Ocurrirá esta noche debido a que el verdadero bandido se ve obligado a borrar todas las huellas que ha dejado lo antes posible.

El hombre de bronce indicó el último paradero conocido de Ham, Monk y Tink O'Neil y el sitio en que se hallaba el avión.

—Tú podrías intentar encontrarlos y volver a la fábrica lo antes posible.

—Pero ¿por qué aquí? —inquirió Renny.

—Porque tengo razones para creer que Pat se encuentra en las proximidades de la fábrica —terminó Doc.

Luego colgó el receptor y volvió tranquilamente al salón de sesiones. Los asistentes se levantaban en aquel preciso momento. La asamblea terminó con un voto en favor del cierre de la fábrica por tiempo indefinido.

El obeso Walter Mason encontró a Doc cuando éste regresaba al salón.

—Tengo el coche fuera, Savage. Si puedo serle útil...

Doc aprovechó inmediatamente el ofrecimiento.

—Sí, en efecto-contestó llevándose a Walter Mason aparte. —Usted debe conocer bastante bien el plano de la fábrica, ¿verdad, Mason?— inquirió luego.

Walter asintió con la cabeza haciendo estremecer sus barbillas.

—Claro. He vivido aquí lo bastante para conocer todos los

rincones del lugar.

—En ese caso puede usted ser de gran ayuda-repuso Doc. —Comencemos enseguida.

Y salieron.

El coche de Walter estaba construido de acuerdo con las líneas de su propio físico. Era pesado. Pero era al propio tiempo la cosa más rápida que se moviera sobre ruedas.

Avenidas pavimentadas con cemento formaban vueltas y más vueltas a través de la extensa propiedad de la entonces silenciosa fábrica de acero. Pero lejos, más allá de los diversos talleres, un murmullo confuso llegaba a través de la oscuridad. Un resplandor rojizo se reflejaba en el cielo.

Walter daba explicaciones, mientras guiaba.

—La batalla continúa. Willie Watt quería a todo trance llamar esta noche a la policía para detener la agitación, pero le convencí que era preferible esperar hasta mañana. Le dije que usted podría aclarar este misterio esta misma noche.

Doc permaneció silencioso un momento, sin hacer comentarios. Luego preguntó:

—¿Dónde le parece a usted que pueda haber en las cercanías un escondite donde hayan podido encerrar a Pat Savage y a los demás?

Los ojillos brillantes de Walter Mason estaban pensativos en su rostro redondo como una luna. De repente castañeó los dedos.

—¡El río! —exclamó.— Es decir, en una de las gabarras de mineral atadas allí. Aquí abajo, en el extremo final de la fábrica, hay un río que parte del lago. Ha sido rastreado a bastante profundidad para que nuestras gabarras puedan casi penetrar en la fábrica. De este modo traemos la chatarra y las barras de hierro colado. Pero habiéndose cerrado los talleres, el hierro se ha acumulado, y varias de esas gabarras tuvieron que ser amarradas hace una semana. Sería el lugar lógico que ha pasado inadvertido.

Poco después el enorme coche franqueaba una puerta y penetraba, primeramente en la calle principal de la ciudad fabril y luego en otra calle que formaba el final de ésta. Siguió un camino desviado que conducía al pequeño río. Allí, cerca de la orilla, una línea de ferrocarril partía de las líneas principales y entraba en la fábrica misma.

Los dos hombres corrieron por encima de raíles y pasaron por

oscuros cobertizos y edificios pintados de rojo donde se guardaban pinturas y productos químicos inflamables.

Por fin se detuvieron al lado de una hilera de gabarras de madera amarradas a una inmensa plataforma de descarga.

Walter descendió resoplando a causa de su gordura.

—Espere-dijo. —Iré adelante para ver si hay algún guardián por aquí.

Doc esperó. En la noche, sus extraordinarios ojos dorados se movían con inquietud no acostumbrada.

Pasaron diez minutos. Entonces Doc avanzó en la misma dirección que tomara el obeso. Walter Mason, al separarse de Doc, se fué en dirección a la primera de las gabarras que formaban la hilera.

Hacia allí se encaminó Doc. Y en el preciso momento en que se aproximaba al extremo del dique de descarga, sus pies tropezaron con algo blando, que cedía. El hombre de bronce se agachó rápidamente.

¡Era el cuerpo de un hombre! Era Walter Mason! El joven obeso gemía y logró decir, sin aliento:

—¡Deprisa! Se han metido en ese cobertizo que se encuentra a nuestro lado. Aun puede que tengamos tiempo...

Doc se irguió, vio el vasto edificio de metal y corrió hacia él.

Una puerta que había en un lado del edificio estaba entreabierta. Al penetrar por ella sin hacer ruido, el gigante de bronce percibió la oscuridad y un olor de productos químicos y pinturas.

Doc avanzó cautelosamente, sin usar luz, guiándose sólo por sus agudos sentidos. Llegó a un espacio libre que vio en el centro del inmenso cobertizo. Distinguió los contornos vagos y voluminosos de tambores de acero y otros recipientes químicos apilados a gran altura.

Intuyendo presencias distintas de aquellos objetos inanimados, Doc concentró toda su atención.

Y la poderosa lámpara pendida del techo se alumbró derramando una luz brillante y cegadora sobre la forma del hombre de bronce. La luz estaba bastante baja para formar en torno a Doc un círculo de unos doce pies.

Doc Savage era el punto central de aquel círculo revelador.

Pero en la periferia del círculo se veían doce hombres armados

de pistolas, que encañonaban cuidadosamente al gigante de bronce. Una voz gritó:

—¡Muy bien, hombre de bronce! Empieza a quitarte la chaqueta y el chaleco. Colócalos cuidadosamente en el suelo. Cualquier tontería que hagas y...

El que hablaba tocó ligeramente su automática al terminar la frase.

Doc no veía más que las piernas de los hombres, sus cuerpos y sus amenazadoras pistolas. Sus caras, situadas fuera del círculo de luz, eran invisibles.

Lentamente, empezó a desprenderse de su chaqueta y su chaleco.

—¡Cuidado! —previno la misma voz dura.

Era evidente que aquellos pistoleros sabían algo de los dispositivos que el hombre de bronce llevaba en su misterioso chaleco, y por ello trataban de evitar que Doc sacara de sus bolsillos alguna pequeña bomba de gases y la hiciera explotar.

—¡Desnúdate hasta la cintura! —volvió a ordenar la voz.

Doc siguió las instrucciones. Al parecer, muy poca cosa podía hacer en aquella situación.

Cuando su amplio torso quedó desnudo, cuando los hombres que le rodeaban vieron que Doc no podía llevar ningún artefacto en las mangas o en los bolsillos, la voz anunció:

—¡Doc Savage, te encuentras en presencia del gran jefe! Se oyó un ruido de pies. Doc advirtió que los hombres retrocedían un poco para dejar abierto un lado del círculo.

Otra lámpara, mucho más pequeña, apareció suspendida del techo. Daba luz suficiente para revelar la figura sentada a la mesa. La distancia entre el hombre de bronce y la figura sentada tras la mesa era de unos doce pies. Doc notó que aun le encañonaban cuidadosamente unos doce pistoleros.

Su mirada volvió hacia la figura sentada bajo la luz. Era difícil precisar la talla de aquel personaje, pues llevaba una capa completamente negra, como negro era también el capucho que le cubría la cabeza y a través del cual brillaban un par de ojos intensos. Era el hombre de la máscara negra.

Capítulo XVII

UN ENEMIGO VESTIDO DE NEGRO

CASI en el mismo instante, un pequeño grupo de figuras torvas penetraba en la calle principal, al otro lado de la ciudad de obreros. Eran Monk, Ham, el pelirrojo Tink O'Neil y la bonita Molly Mason. La esbelta muchacha decía a Monk: —¡Santo cielo, qué suerte he tenido de escapar de esos bandidos y encontraros de nuevo! ¡Tal vez tengamos aún tiempo de detener este motín!

Y, en verdad, era un motín. Muchos hombres peleaban en la calle a la luz de las antorchas que permitían ver sus caras contraídas y amenazadoras. Las mazas golpeaban las cabezas, los ladrillos, volaban. Un hombre penetró por la ventana de cristales de un almacén. Molly señaló y exclamó: —¡Mirad! ¡Es el pequeñito Willie Watt! ¡El es la causa de toda esta agitación!

Los del grupo vieron cómo el delgaducho pigmeo dirigía a unos doce hombres: tipos fuertes que empuñaban mazas. Pero este grupo no se aproximaba a los que peleaban y causaban el motín, sino que se dirigía directamente hacia Monk, Ham y los demás.

Tink O'Neil se detuvo bruscamente y miró. Asió a Monk del musculoso brazo y explicó:

—Ese no es Willie Watt, el superintendente, sino un bandido llamado Wart. Y los que le acompañan...

Monk se volvió para informar a la muchacha.

¡Pero Molly Mason había desaparecido!

Un momento después Monk, Ham y Tink O'Neil fueron atacados por Wart y su banda.

Monk soltó una exclamación y de un salto se aproximó a los bandidos.

Los rostros de aquellos hombrones eran duros, llenos de

cicatrices. Tenían las orejas aplastadas. Parecían formar un grupo de gorilas que hubieran escapado del Jardín Zoológico de Nueva York.

Monk agarró de su poderoso brazo a uno de los más próximos y le dijo con ira:

—¡Tu no eres obrero!

El hombrón rugió:

—¡Hermano, ya has dicho bastante!

Y empezó a golpear a Monk en la cabeza con un trozo de cañería.

Ham sacó su florete. Tink O'Neil demostró que sabía emplear bien sus puños. La masa vacilante y confusa de agitadores atravesó la calle.

El flacucho diminuto Wart salió de entre los que peleaban y arrojó un pequeño objeto. Era una cápsula de cristal del tamaño de un huevo Se rompió bajo los pies de los hombres, y una nube de vapor, blanquecina, se desparramó en el aire. Empezaron a caer hombres al suelo.

Era una especie de gas que usaba Wart para adormecer a sus contrincantes.

Luego hizo señas a varios hombres que corrieron a protegerse en una entrada cercana, y les gritó:

—¿Tenéis todavía el camión?

—Sí —contestó uno de ellos.

—Entonces empezad a meter en él a estos idiotas —ordenó el flacucho Wart.

Más tarde, el camión partía con su carga de infelices víctimas, recorriendo la calle principal de la ciudad sin que nadie lo advirtiera a causa de las peleas de menor importancia que se originaban en distintos sitios de la misma.

Sentado al lado del chófer, Wart dijo a éste:

—Bien, esto me parece que quita de en medio a la organización de Doc Savage. El gran jefe ha capturado a Doc, y los demás cautivos se encuentran allí también. Así, pues, acerquémonos.

—Todo ha salido muy bien —repuso el chófer.

—Escucha —continuó Wart,— lo que vamos a hacer ahora saldrá mucho mejor. ¡Nos vamos a apoderar también del gran jefe!

—¡Vamos! —murmuró el chófer.

—¡Escucha-dijo Wart, —nuestra organización de Nueva York ha pagado al jefe un millón de dólares por la fórmula ¿No es verdad?

—Claro que es verdad.

—Además, nos apoderamos del millonario, de su hija Molly y de Pat Savage. Hicimos muchas cosas para que el gran patrón obtuviera lo que deseaba. Plantamos a los locos falsos en los talleres e introdujimos a otros en los talleres para que produjeran tipos de acero diferentes.

—De acuerdo, pero...

—Y en pago de todo esto se nos ofreció la fórmula T 3.

—Es verdad —asintió el chófer del camión.

—Pues bien —dijo con arrebato Wart,— no se nos ha dado la fórmula T 3. Se nos dio una fórmula falsa. Ese jefazo nos ha jugado una buena por su millón de dólares.

El chófer silbó entre dientes.

Haciendo cara al hombre enmascarado —el mismísimo jefazo,— en el cobertizo Doc Savage dijo tranquilamente:

—Así, pues, no fué usted inteligente. Su método de crear la enfermedad de la locura ha sido descubierto y destruido.

El enmascarado sonrió de satisfacción.

—Si-repuso, —me he enterado que usted halló las tabletas mezcladas con las tabletas de sal ordinarias, esta tarde, en las máquinas distribuidoras. Usted ordenó que se vaciasen todas las máquinas y que se destruyese su contenido.

El enmascarado rió:

—Pero va a morir ahora ¡y se emplearán otros métodos para que continúe la enfermedad de la locura si fuera preciso!

Doc permaneció observando al que hablaba, con todos sus sentidos en tensión.

El bandido enmascarado se refería a las máquinas distribuidoras colocadas en los diferentes talleres inundados de vapor, en las laminadoras, en las constructoras de alambres y otros edificios de la fábrica. Las máquinas distribuían una tableta de sal para uso de los obreros.

Los obreros que trabajaban bajo un calor horroroso tenían que usar constantemente la sal, debido a que el organismo pierde ésta rápidamente cuando está sometido a una transpiración continua y excesiva. Al principio, los obreros se proveían de la sal necesaria

con sólo agacharse y coger un poco de los recipientes colocados en sitios apropiados de la fábrica.

Pero las máquinas distribuidoras eran un adelanto, y fué en ellas donde, sustituyéndolas por las de sal común, se colocaron las tabletas que contenían la rara droga. Aquella droga provocaba la locura y contenía, además, algo que impedía la refracción del calor y determinaba, por consiguiente, en sus víctimas, aquella erupción de horripilantes granos rojos.

Doc había sospechado algo desde el principio. Renny hizo el análisis, y fué el resultado de éste lo que le explicó en una de sus conversaciones telefónicas.

Renny no fué afectado por ninguna droga. La cápsula que Doc dio al gran ingeniero era un antídoto preparado para anular los efectos de la droga.

Si escapaba con vida, Doc tenía la idea de emplear aquel antídoto en los trabajadores que hubiesen estado expuestos a la horrible amenaza.

Doc dijo, para ganar un poco más de tiempo:

—Usted no buscó la fórmula T 3. No la necesitaba. Lo que deseaba era cerrar la fábrica. Usted ha maniobrado de forma tal, que las acciones de la compañía han descendido a un precio insignificante. Y así, usted ha estado comprando acciones al precio que le ha dado la gana, para volver a abrir más tarde la fábrica y crearse una fortuna propia. Tuvo la habilidad de hacer comprar las acciones por mediación de una compañía inexistente, falsa y formada por un solo individuo: usted.

El enmascarado dio un fuerte puñetazo sobre la mesa. Incluso sus manos se escondían dentro de guantes negros.

—Es usted muy listo, Doc Savage —dijo rechinando los dientes. — Es una lástima que tenga que morir. Y ahora...

Una puerta se abrió tras el grupo de hombres que rodeaban al gigante de bronce, y una voz iracunda exclamó:

—¡Qué demonios!

Era la voz del diminuto y valiente Willie Watt. Una segunda voz retumbó:

—¡Doc!

Era Renny, el corpulento ingeniero. Con voz extraña Doc dijo algo ininteligible para les pistoleros. Hubiérase dicho un grito de

fastidio.

Pero las palabras pronunciadas por Doc pertenecían a una lengua ya muerta: ¡el maya! Era una lengua que Doc y sus hombres usaban en momentos en que no querían ser comprendidos por los demás.

Las palabras que Doc dirigió a Renny querían decir: "dispara contra el cinto".

Y el hombre de bronce se quitó el cinto y lo arrojó al aire. Renny disparó desde atrás.

La explosión produjo un resplandor deslumbrante que dejó a todos momentáneamente aturdidos.

Renny, oculto en la oscuridad comprendió las palabras del hombre de bronce.

Los forros del ancho cinto de Doc contenía cierto número de bolitas que explotaban por efecto de un choque fuerte. Renny había empleado una pistola especial que llevaban siempre los ayudantes de Doc. En cuanto a Doc, rara vez llevaba pistola. Pero Renny, tirador extraordinario, alcanzó al cinto en el aire con puntería rápida y certera. Por eso se produjo la explosión.

La fuerza de la explosión destrozó las dos lámparas suspendidas del techo. Los hombres forcejaban en el suelo tratando de ponerse de pie. Momentáneamente no podían vez. Además, la oscuridad completa los envolvía.

La confusión reinó por consiguiente, y, aprovechándola, el hombre de máscara y capa negras pudo moverse con relativa seguridad. Hubo gritos y peleas cuando Renny y el valiente hombrecito Willie Watt entraron en el aposento.

Casi inmediatamente, otras voces gritaron y otros hombres entraron en la contienda. Eran los que llegaban con el pigmeo de Wart y su carga de bandidos aturdidos, como asimismo Monk, Ham y Tink O'Neil.

Un bramido semejante al que diera un toro dominó toda aquella algarabía. Procedía del mismo camión. Luego se oyó un gran estruendo, las puertas del camión quedaron hechas astillas y apareció Monk seguido de Ham y Tink O'Neil.

Los hombres habían vuelto en sí, incluso los bandidos noqueados. El flacucho pigmeo de Wart chilló:

—¡A muerte con la banda de Doc Savage! ¡Detened al

enmascarado!…

Las pistolas tronaron. Una bala penetró en un tambor químico y un memento después las llamas se apoderaban de otros suministros almacenados en el cobertizo. Pinturas y otros ingredientes inflamables ardieron rápidamente. Un resplandor rojizo iluminó aquel grupo confuso de hombres que peleaban.

Y en medio del mismo, Monk se divertía de lo lindo fracturando cráneos. Ham y Tink O'Neil se hallaban a su lado.

Blandiendo su florete, Ham gritó irritado:

—¿Dónde está Doc? ¿Y a dónde ha ido el enmascarado que acaban de nombrar?

Pero Doc Savage había desaparecido… ¡y también el verdadero bandido que buscaba!

Capítulo XVIII

LA LOCURA DE UN HOMBRE

CORRIENDO con tremenda velocidad a través de la noche, Doc se alejó de los hombres que peleaban. Por una pequeña ventana del cobertizo de mercancías salían llamas rojas. Un hombre salió con violencia de la ventana. Otro le siguió. Se oyó el grito alegre de Monk en el interior del edificio.

Doc siguió, no obstante, lo que parecía una sombra oscura y veloz. La figura parecía dirigirse hacia un remolcador amarrado cerca de las gabarras llenas de mineral atracadas a lo largo del río.

Y, repentinamente, el hombre de bronce se dió cuenta de que había sido engañado por la figura negra y de que la había perdido en la noche.

Con cautela el hombre de bronce empezó a desplazarse a lo largo del dique. Invirtió diez minutos en la búsqueda del enmascarado.

Tras él, todo el cobertizo era presa de las llamas. Una brisa ligera arrastraba las llamas hacia el agua y hacia el remolcador atracado en la cercanía.

El grito sofocado de una chica salió del remolcador.

Doc Savage saltó del dique sobre la estrecha cubierta que encuadraba la pequeña cabina del pesado remolcador. Ya las llamas procedentes del cobertizo incendiado se abrían camino a través de las planchas secas que se hallaban tras el hombre de bronce.

Doc se acercó de un salto a la cabina, y abrió las puertas del aposento de la tripulación dispuesto a lo largo de la estrecha cubierta. Se introdujo por una puerta abierta y bajó por una corta escalera de hierro al cuarto de máquinas.

Pálida por la angustia de permanecer tantas horas atada de pies

y manos, cubierta su boca con una mordaza, la hermosa Pat Savage yacía sobre un banco.

Doc actuó con rapidez. Le quitó la mordaza, deshizo sus ligaduras, y le frotó las muñecas para activar la circulación de la sangre en sus entumecidos miembros.

Pat exclamó:

—¡Doc!, Walter Mason encontró aquí a Molly Mason hace unos momentos. Estaba herido, pero consiguió llevársela. Estaba amordazada, como yo, y no pudo decirle que yo también estaba aquí.

—¡No hay que perder el tiempo en palabras! —repuso Doc con rapidez.

Ayudó a su hermosa prima a salir del remolcador. Las amenazadoras llamas estaban ya muy próximas. El cobertizo de mercancías no era más que una inmensa bola de fuego. Ya empezaba a derrumbarse.

Por los lados del edificio corrían hombres arrastrando un carro de incendio de dos ruedas. Quizá lograran detener el desarrollo del fuego impidiendo que se comunicara a todo el dique.

Doc, con Pat a su lado, corrió hacia el inmenso camión que quedó estacionado cerca del edifico. Un hombre se sentaba ya tras el volante.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Doc.

El corpulento individuo era un obrero de la fábrica de acero que vio Doc en uno de los talleres. No pertenecía a la banda de Wart.

—¡Les indicaron que el enmascarado se dirigía hacia el taller de fundición! —explicó el hombre.— Todos los bandidos se encaminan hacia allí, incluso sus hombres, míster Savage.

Doc ordenó:

—¡Adelante! —y asió el volante. Pat y el trabajador se sentaron detrás de él.

El hombre de bronce guió velozmente a lo largo de la calle principal. Vieron a muchos obreros que corrían en la misma dirección.

—¡Al número cinco! ¡El enmascarado va al número cinco! —gritaban.

Doc Savage se detuvo al lado del largo y elevado taller de fundición, varias manzanas más allá del lugar por donde corrían los

obreros de la fábrica. Otro coche se había estacionado delante del de Doc. Era el imponente auto del obeso Walter Mason. Este se apeaba en aquel preciso instante.

Corrió hacia Doc y díjole:

—He encontrado a mi prima. Está en el auto. Pero he tenido que venir corriendo hasta aquí. ¡Dicen que el enmascarado se ha metido en el taller número cinco!

Walter corrió de nuevo hacia su inmenso coche. Ambos hombres levantaron del asiento a una muchacha alta y elegante, y le desataron los pies y las manos y le quitaron la mordaza.

Molly Mason vaciló un momento. Parecía que iba a desmayarse. Sin embargo, sus hermosos ojos azules contemplaron de nuevo al hombre de bronce y luego se posaron en su amiga Pat Savage.

Molly se arrojó a los brazos de su amiga y dejó escapar un sollozo. Era tan alta y elegante como Pat.

Walter decía, apurado:

—¡Venga, Savage!

Entró en el taller seguido de Doc. Uno de los lados del edificio estaba ocupado, en toda su longitud, por grandes hornos.

Los ayudantes de Doc y otros hombres se hallaban de pie, en el suelo, contemplando un pasillo situado a lo largo de los hornos gigantescos, en la altura. Los otros hombres eran obreros y empleados de la fábrica. Entre ellos contábase cierto número de bandidos traídos por Wart.

Aunque parezca extraño, los bandidos no agredían ya a los ayudantes de Doc. Todos observaban, absortos, la forma con máscara y capa negras que se movía a lo largo del pasillo situado frente a los hornos cargados de materia en fundición.

Ham distinguió a Pat Savage y a la hermosa Molly Mason. De un salto se colocó al lado de las dos muchachas. El abogado exclamó:

—¡Molly! ¿A dónde fué hace un momento?

Molly Mason miró fijamente a Ham. —No comprendo...— empezó a decir. Doc interrumpió:

—Monk, sube al final de ese pasillo, ¡pronto!

El mismo hombre de bronce se dirigió hacia la escalera que conducía a la plataforma superior instalada frente a la línea de los grandes hornos.

Pero en aquel instante, un grito partió de detrás de la multitud

que observaba a la figura enmascarada detenida entonces en el centro del largo pasillo. Alguien gritó:

—Esa multitud de obreros locos casi está ya aquí. Van a destrozar la...

Fué Willie Watt, que se hallaba al lado de Renny, quien gritó:

—¡Que alguien de vosotros vaya corriendo y cierre las puertas! ¡Y con llave, si fuera necesario! ¡No vamos a dejar escapar ahora al enmascarado!

Todos, excepto Doc Savage, se volvieron cuando Willie Watt dio la orden. Cuando volvieron los rostros hacia la hilera de hornos, un grito de horror escapó de sus gargantas.

Pues no era la figura enmascarada la que Doc perseguía. ¡Perseguía a la forma inmensa, obesa de Walter Mason!

A pesar de ser tan voluminoso, Walter Mason subió por la escalera con sorprendente velocidad. Corría por el pasillo de los hornos, mas allá del sitio en que se hallaba el hombre de bronce.

Pero en el preciso instante en que Doc Savage cerraba el paso a Walter Mason, éste asía la primera palanca de control de los inmensos hornos.

—¡Atrás, todos atrás! —gritó Doc.

Pero Walter Mason había manipulado ya una palanca que controlaba la salida del material fundido en los grandes hornos. Y el acero, acero fundido, a una elevadísima temperatura, empezó a bajar por las canalizaciones que terminaban en el aire, suspendidas sobre las cabezas de los que observaban.

Normalmente, los crisoles de diez toneladas transportados por grúas movibles, se colocaban al extremo de las canalizaciones para recibir el metal fundido.

Pero ahora no había nada.

Nada que impidiera caer el mineral fundido sobre las cabezas de los de abajo, o si estos podían evitarlo saltando de un lado a otro, sobre el suelo para tomar mil direcciones distintas y atrapar los pies de los que se hallaban encerrados en el taller de fundición.

¡Soltando una horrible carcajada, Walter saltó sobre los rieles y se dirigió hacia otra serie de palancas y hacia otro horno!

El metal fundido que circulaba ya por la canalización del primer horno detuvo el avance del hombre de bronce, pues de la misma se levantaban llamas y chispas que formaban una cortina imposible de

atravesar.

Doc se detuvo sólo un instante. Luego su brazo se movió con la velocidad de un relámpago en el resplandor rojo. Un objeto, un pedazo de hierro fundido que el hombre de bronce cogió al subir por la escalera, silbó en el aire, como una bala.

La pesada pieza metálica golpeó a Mason en la espalda, entre los dos hombros, haciéndole caer de bruces sobre la misma canalización de metal fundido en movimiento que él mismo había hecho salir momentos antes del primer horno.

La cara de Walter se hundió en aquella especie de gotera de acero derretido. Sus manos se levantaron y golpearon agitadamente a los lados de su cuerpo durante momentos de horror indescriptible. Luego, el movimiento de su voluminoso cuerpo y de sus manos cesó.

Doc Savage manipuló inmediatamente unas palancas que cerraren la salida al acero derretido. Los que se hallaban abajo retrocedían y se apretujaban contra la pared del fondo de la fábrica para evitar la corriente de materia que se había derramado por el suelo.

Cuidadosamente, el hombre de bronce logró llegar al sitio donde cayera el obeso Walter Mason. Levantó el horripilante cadáver y lo depositó abajo, en el suelo.

Se hizo un profundo silencio, turbado por un grito de alegría de Monk que venía desde el fondo del taller con el enmascarado en brazos.

Colocó su carga en el suelo y arrancándole la máscara gritó:

—¡Santo Dios, Doc! ¡Fíjate en lo que te traigo! Es una dama y...

Bruscamente se detuvo el químico, y su mirada fué de Molly Masón, que aún se hallaba al lado de Pat, a la muchacha que acababa de desenmascarar.

Molly Mason miró también curiosamente a su aparente gemela.

Pero la que asía Monk se deshizo de sus brazos y dijo con voz dura y nasal.

—¡Está bien, mono, quítame las patas de encima!

Doc intervino.

—Tal vez Wart pueda explicarnos lo ocurrido.

Cuando todos miraban al diminuto jefe de la banda, Doc hizo señas con la cabeza a Tink O'Neil y a Willie Watt. Estos se

agacharon y alejaron del grupo a la figura cubierta que había sido Walter Mason.

El pigmeo de Wart miraba a Doc con ojos descontentos.

—Escuche —exclamó enseguida;— hablaré... pero no permita que la multitud que espera afuera penetre en este taller.

—No es necesario que hables-repuso Doc. —Sabemos qué ha sucedido.

Monk se rascaba la cabeza.

—Pero, Doc —protestó,— encontramos al hombre muerto al lado del lago con los informes para Willie Watt. Y yo pensaba que Willie Watt era el...

Tú pensaste que las iniciales del muerto eran S. E. C.

Monk asintió, meneando la cabeza, al recordar la declaración que hizo.

Doc explicó: —Esas iniciales quieren decir Comisión de Accionistas de la Bolsa. El muerto era un investigador de Nueva York empleado por la insistencia de Willie Watt en manipulaciones extrañas que tenían lugar con las acciones de esta compañía de aceros.

Doc señaló la figura inerte que se hallaba a un lado del inmenso taller.

—Walter compraba las acciones a precios irrisorios. No necesitaba para nada la fórmula T 3. Necesitaba la fábrica.

La mirada tranquila del hombre de bronce se posó de nuevo en el diminuto y flacucho Wart.

—Y tú y tu banda erais los encargados de provocar la baja. Vuestra organización de Nueva York pagó a Walter un millón y... obtuvo una fórmula falsa.

El hombre de bronce señaló con un movimiento de cabeza las enormes puertas cerradas, y luego habló a los hombres de Wart.

—¿Qué preferís, el arresto... o aquello? Wart y los demás de su banda extendieron las manos pidiendo clemencia.

—Muy bien —anunció Wart en nombre de sus asociados y en el suyo propio,— preferimos el presidio a ser despedazados por esa multitud.

Poco después, Doc Savage hablaba a la multitud furiosa compuesta por obreros de la fábrica que esperaba a la puerta. Les explicó de manera breve y clara el verdadero misterio de la

epidemia de locura y el papel desempeñado por Walter Mason.

El tono vibrante de su voz calmó a los obreros. Escucharon y consintieron en seguir las instrucciones de Doc.

A los bandidos de Wart los sacaron inmediatamente uno por uno para ser entregados a la policía.

Pero Monk se cansaba ya de la muchacha que tenía entre las manos. Aun la sujetaba cuando regresó el hombre de bronce.

—Una magnífica actriz empleada por Wart para hacerle perder el rastro —explicó el hombre de bronce.

Doc hizo mención de las facciones algo duras de la muchacha, más fácilmente perceptibles bajo la brillante luz del taller, e indicó el color de su cabello.

—Un poco de tinte y un buen maquillaje pueden transformar completamente a una mujer.

Miró a Tink O'Neil, que rodeaba con sus brazos a la verdadera Molly Mason. Juntas las dos muchachas, podía verse cuan más delicadas eran las facciones de Molly Mason comparadas con las de su impostora.

Doc preguntó a Tink:

—Usted sospechó, me parece, que esta joven no era la verdadera Molly Mason.

El joven pelirrojo asintió con la cabeza.

—Sí, pero hice el papel de tonto, sin decir nada a Monk ni a Ham con la esperanza de conseguir una pista que me indicara el paradero de J. Henry Mason y...

Monk dio un salto.

—¡Dime! —exclamó.— ¿Dónde está Mason?

Doc indicó a su hermosa prima Pat. —Pregúntaselo— contestó tranquilamente.

Pat parecía cansada. Pero sonrió y declaró:

—Cuando desapareció J. Henry Mason por primera vez, lo llevaron al sitio donde nos tenían cautivas a Molly y a mí. Tuve la suerte de hablar con él un momento a solas. Le dije que si podía escapar debía presentarse inmediatamente en los cuarteles de Doc, en Nueva York y permanecer en seguridad hasta que Doc descubriera este misterio. Y así lo hizo. Logró alejarse de los bandidos aunque estábamos encerrados.

Doc añadió:

—He llamado a Nueva York. J. Henry Mason está en seguridad con Long Tom y Johnny.

El corpulento Renny interrumpió.

—¡Pero, por todos los santos, Doc! He examinado los documentos relativos a la fórmula otra vez en la bóveda… y veo que son falsos. No lo noté al principio…

Doc miró a Pat.

—Tal vez tú puedas explicarlo.

Pat se sonrojó ligeramente, introdujo su mano en el escote de su arrugado traje y sacó un lío de papeles, que entregó a Doc. Pat explicó:

—J. Henry Mason me los deslizó cuando lo trajeron al primer escondite, próximo al lago. Nadie hubiera sospechado que yo guardaba la fórmula T 3.

Todos, a excepción de Doc, miraron asombrados. Luego alguien se volvió y contempló el silencioso cadáver cubierto de Walter Mason tendido en el suelo del taller. Otros ojos siguieron a los primeros, y fué Ham quien preguntó:

—Doc, ¿cómo supiste?…

El hombre de bronce respondió:

—Walter debió perseguirme y empecé a sospechar de él al revelar una fotografía. La foto fué tomada por una cámara especial instalada en una de mis cajas de equipo vacías.

Doc continuó:

—El muchacho se inclinó sobre la caja, la tocó e hizo funcionar así un dispositivo que tomó la foto. Obtuve una fotografía perfecta del hombre enmascarado.

—Pero si llevaba una máscara… —objetó Ham.

Doc terminó su explicación:

—Walter usaba un anillo grande con un solitario en el dedo anular de su mano izquierda. Al tocar la caja de equipo, quedó impreso en la instantánea. Más tarde vi que llevaba puesta la sortija cuando le visité en su casa.

Doc miró a Molly Mason.

—¿Walter tenía un aeroplano negro?

La hermosa y alta joven asintió inmediatamente.

—Sí. Lo guardaba a una milla de distancia de su casa, en un pequeño garaje.

Doc meneó la cabeza.

—En todo tiempo, Walter podía ir y venir cuando se le antojaba. A nadie se le hubiera ocurrido controlar sus movimientos. Por ello realizaba sus rápidos viajes en su avión cada vez que venía la oportunidad de eliminar a los que le estorbaban.

La muchacha que Monk tenía fuertemente asida, soltó una carcajada nerviosa.

—¡El muy granuja! —exclamó encolerizada.— Me obligó a ponerme la máscara y la capa después de escapar de usted cuando se hallaban en el cobertizo. Me aseguró que me daría mucho dinero si lograba alejar de él al resto de vosotros. ¡Pero el condenado quería matarnos a todos!

Doc Savage explicó con calma: —Nuestra única equivocación fué no tener presente que Walter podía desplazarse velozmente cuando lo consideraba necesario. Casi me engañó, aunque yo conocía su identidad tras la máscara que llevaba y no cejé hasta que se descubrió él mismo esta noche. Alguien observó:

—Pero, sin embargo, fué usted, Doc, quien lo detuvo.

Doc Savage no dijo nada. Avanzó hacia la única persona que significaba tanto para él: hacia Pat Savage.

Y condujo a la joven fuera del lugar, pues en sus ojos había una expresión que indicaba claramente que con las emociones recibidas tendría para bastante tiempo.

La muchacha que sujetaba Monk empezó a pellizcar y a arañar la grave cara del químico. Monk lanzó un grito:

—¡Ham! —chilló, asustado.— ¡Dame una mano!

El elegante abogado permaneció a un lado sonriendo fríamente a su compañero.

—Creía —dijo con voz glacial,— que sabías manejar a las mujeres... ¡especie de alcornoque!

Una vez más conjurado el peligro que les amenazara, sus eternas pendencias volvían a tomar un cariz serio. Agarrando con una mano a la muchacha que continuaba propinándole terribles zarpazos, Monk dirigió a su compañero, con la otra, un soberbio puñetazo.

FIN

The spotted men

Marzo de 1940